



AÑO 13.

NUM. 146.

LA



ESPAÑA MODERNA



Director: JOSE LAZARO

—
FEBRERO, 1901
—

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

EN VANO

NOVELA

SEGUNDA PARTE (1)

VI

P PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
MUSEO BARCELONÉS

Mientras tanto, Augustinovitch se había instalado definitivamente en casa de Schwarz y llevaba una vida muy diferente de la anterior. Nunca tuvo un albergue decente, y Schwarz se lo había procurado; no tuvo cama ni mantas, y Schwarz se las compró; carecía de traje presentable, y Schwarz se lo dió; sufrió constantemente hambre, y en la actualidad Schwarz compartía con él el alimento. De esta suerte, abrigado, bien nutrido, con traje decente, lavado, peinado, con la barba afeitada, el estudiante se había convertido en otro hombre.

Como ya se ha podido adivinar, Augustinovitch era un carácter débil, el producto lógico de las circunstancias de su existencia. Así, bajo la austera disciplina de Schwarz, se operaba en él una transformación tan radical, que estaba desconocido. Comenzaba á gustar de la vida honrada y arreglada; y así como antes era refractario á todo sentimiento de vergüenza, avergonzábbase ahora de todo lo que chocase con la elegancia del traje y de los guantes. Lo que le costaba mayor sacrificio era renunciar á la bebida; pero Schwarz, que lo cuidaba como á la niña de sus ojos, apartaba de su paso todas las

(1) Véase la primera parte en el número de Enero.

ocasiones de caída, y no lo perdía de vista ni un solo momento. Procuraba no dejarle dinero en el bolsillo, y de cuando en cuando le ofrecía un traguito de aguardiente.

Imposible es expresar la impaciencia con que Augustinovitch esperaba que su amigo abriera el armario y le diese el deseado trago. Evocaba en su imaginación el sabor del aguardiente, soñaba, en el verdadero sentido de la palabra, que lo paladeaba, que le corría por la garganta, y experimentaba, por último, su ardor en el estómago... Casi siempre Schwarz bebía también con su compañero, para quitar á su obsequio cierto carácter de humillación.

Andando el tiempo, Schwarz llegó á tratar á Augustinovitch con mayor confianza, á ponerle al corriente de sus intereses privados, de sus asuntos en la Universidad, y por último, de sus ideas, de sus pensamientos y de sus sentimientos. Augustinovitch—inútil será tal vez decirlo—hacía suyas y se asimilaba las ideas de Schwarz; y cuando la ocasión se presentaba, las repetía, empezando con esta frase: «Yo sería de opinión que...» En fin, nadie hubiera podido reconocer en él al Augustinovitch de antes. El que antes no se asustaba de nada, apresurábase ahora á cortar cualquier conversación en cuanto se dirigía por un terreno resbaladizo: «Señores, perdónenme, pero ante todo respetemos el decoro.» Los estudiantes se reían; á veces sonreía hasta el mismo Schwarz; pero éste hallábase satisfecho de su obra. Como los dos estaban matriculados en la Facultad de Medicina—aunque esto no había necesidad de decirlo—estudiaban juntos por las noches; y de este modo, tuvo ocasión Schwarz de conocer y de apreciar la potencia intelectual de Augustinovitch, cuya mente no hallaba diferencia entre lo fácil y lo difícil, en el cual ocupaba el lugar de la reflexión una intuición verdaderamente maravillosa, y cuya memoria poco sólida, pero muy capaz, suplía la falta de constancia en el trabajo.

El más asiduo en casa de Schwarz y Augustinovitch era Vassilkevitch. Al principio iba con Karvovsky; después, poco

á poco, adquirió la costumbre de ir diariamente solo á una hora fija; y sus discusiones con Schwarz, discusiones que entrañaban los asuntos más sustanciales de la ciencia y de la vida, revestían siempre un sello de ingenuidad. Los dos jóvenes apreciaban recíprocamente su propio mérito, y cada uno adivinaba la capacidad intelectual y la energía de la voluntad del otro: tratábase, en suma, de una amistad basada en la estimación recíproca, y que prometía ser sólida y duradera. Tanto el uno como el otro tenían en sus manos las riendas de todos aquellos jóvenes que estudiaban en la Universidad; toda iniciativa que se refiriese al interés común partía de ellos; y como ambos estaban siempre de acuerdo, también procedía todo de acuerdo en la Universidad. Y esto redundaba en beneficio de los estudios y de la vida en colectividad.

—Dime—preguntó una vez Schwarz á Vassilkevitch;— ¿qué es lo que se dice de mi conducta con Augustinovitch?

—Unos te ensalzan hasta las nubes; otros te ponen en caricatura—respondió Vassilkevitch.—Precisamente ayer me ví con uno de tus contrincantes para tratar de un asunto referente á la biblioteca; asistí á una especie de reunión, en la que el tema de la discusión lo constituíais tú y Augustinovitch. Pero imagínate quién era el que tomaba tu defensa con mayor calor.

—¿Quién?

—Adivínalo.

—¿Carlos Karvovsky?

—No.

—Entonces no acierto.....

—¡Gustavo!

—¿Gustavo?

—Sí, Gustavo. Les dijo tales cosas á los que se burlaban de ti, que te aseguro no se les ha de olvidar tan pronto..... Ya conoces tú su modo de hablar..... ¡Era cosa de oírle! Parecía que les quería hacer trizas.

—No me lo hubiera esperado.

—¿Por qué? ¿Hace mucho tiempo que no le ves.....? ¡Pobrecillo! Le ha perdido ese amor desgraciado..... Lo siento de veras, porque ha sido siempre un buen muchacho. Tú que debes entender de estas cosas, ¿crees que esté enfermo de cuidado?

—Tal creo.

—Pero, ¿qué enfermedad tiene? ¿Asma?

—Asma..... Exceso de trabajo.....—respondió Schwarz con un gesto indefinido.—¡Qué lástima! ¡Pobrecillo!

De repente se oyó en la escalera el ruido de pasos apresurados; se abrió la puerta, y en el umbral apareció Gustavo tan cambiado, que casi era imposible reconocerlo. Se le veían los huesos, sus labios estaban blancos, su frente tenía color terroso, y los cabellos, la barba y los bigotes, crecidos de un modo inculto, parecían de un negro más intenso por el contraste con la extrema palidez de la cara. De aquel pobre recuerdo de hombre desprendíase un frío cadavérico; se hubiera dicho que salía de una enfermedad gravísima; y en su rostro se leía la consciencia de su estado y una resignación desesperada.

Estupefacto, atónito, Schwarz no fue capaz de hacer un movimiento, ni de proferir una palabra. Pero el mismo Gustavo vino en su ayuda, diciéndole:

—Schwarz, tengo que dirigirte un ruego. Me prometiste en una ocasión no volver á casa de la Potkansky; pues bien; retira tu promesa.....

—No tengo costumbre de faltar á mi palabra—respondió Schwarz.

Gustavo no se turbó y replicó con calma:

—Estoy convencido de ello. Pero ahora se trata de algo que tiene muchísima importancia..... Si, por ejemplo, llegase yo á morir..... no había de subsistir tu promesa... Pues bien, estoy enfermo... muy enfermo, y ella tiene necesidad de una protección poderosa... Yo no puedo... Carezco de medios para protegerla..... necesito descansar, permanecer en la cama..... porque me encuentro sin fuerzas.... Y además, mejor es que

tú sepas toda la verdad..... ella te ama, tú la amas, y yo, que venía á ser un obstáculo entre vosotros dos, me retiro... ¡Oh! No creas que lo haga por espíritu de sacrificio..... la necesidad me obliga á ello.... La he amado mucho, y siempre alimenté la esperanza de que algún día correspondiese á mi cariño..... No ha sido más que un sueño...—Gustavo bajó la voz.—Jamás me ha querido ninguna mujer... Mi existencia se ha deslizado en medio de una tristeza continua, infinita... ¡He sufrido mucho en estos últimos tiempos!... Todo ha acabado ya. Lo que me atormenta ahora es la idea de que permanezca sola, abandonada..... Hubiera debido ser para ella nada más que un tutor... pero no he tenido el valor del sacrificio... Tú, Schwarz, podrías serlo en mi lugar; tú eres rico, tienes energía... y ella te ama... créelo, tu suerte será muy diferente de la mía.... ¡Qué pocas alegrías he tenido en mi vida! Pero no es esto de lo que quería hablarte... La amo aún, y no quiero que por culpa de mi amor sufra contrariedades..... no quiero que mi amor sea la causa de que se quede sin apoyo en la tierra..... Schwarz, hay circunstancias en las que nada se puede negar á un hombre que ruega..... ¡Vuelve al lado de ella!..... Hubo un tiempo en que vivimos juntos, en que compartimos nuestros dolores..... ¡Vuelve á su lado!..... Estás en el deber de hacerlo por mí, porque, te lo repito, estoy enfermo, y quizás es la última vez que te hablo, quizás no podré volver á verla.

Cuando acabó Gustavo, se levantó Vassilkevitch y, dirigiéndose á Schwarz, con los ojos llenos de lágrimas, exclamó:

—Debes hacer todo lo que te pide Gustavo.

—Sí, iré á casa de la Potkansky, te lo prometo—respondió Schwarz con resolución. La tomaré bajo mi amparo de hombre honrado; os doy mi palabra á vosotros que me escucháis.

Gustavo lanzó un suspiro y exclamó:

—¡Gracias! Y ahora vete.....

Pocos instantes después Gustavo y Vassilkevitch se quedaron solos en el cuarto. Reinó un momento de silencio solem-

ne; después el lituano, que á duras penas reprimía los latidos de su corazón, prorrumpió con acento de profunda compasión:

—¡Pobre Gustavo! ¡Cómo debes sufrir en este momento!

Gustavo no replicó; pero su respiración era fatigosa; sus dientes castañeteaban, su rostro se contraía convulsivamente. Después comenzó á sollozar con desconsuelo... y parecía desvanecerse.....

*
* *

Tres días después, Schwarz y Vassilkevitch rodeaban el lecho de Gustavo, moribundo. Era una noche serena, y los rayos de la luna penetraban formando haces de luz al través de la ventana. Vista así, aquella cabeza de agonizante, con las mejillas hundidas, el rostro descarnado, consumido por largos dolores y sufrimientos, parecía hermosa; una mano diáfana pendía fuera de la cama, y la otra reposaba sobre el corazón. Junto al lecho, una vela iluminaba con débil resplandor rojizo aquella víctima propiciatoria, dejando el lado opuesto de la habitación en una triste penumbra. Gustavo no había perdido aún el conocimiento, y se esforzaba en describir minuciosamente las circunstancias de la viuda de Potkansky. De cuando en cuando dirigía con trabajo la palabra, unas veces á Schwarz, otras á Vassilkevitch, los cuales, á la cabecera del enfermo, enjugaban el sudor de su frente con un pañuelo.

—Escuchadme con atención...—decía Gustavo.—Sus parientes la envían dos mil *gulden* polacos anualmente... el gasto de su casa es de cinco á seis mil... Yo procuraba suplir el resto... Traed pronto la luz, y humedecedme los labios... Me privaba del sustento... no dormía... He pasado días enteros sin un pedazo de pan... Levantadme un poco la cabeza... ponedme más altas las almohadas... no puedo hablar ya... Allí... en aquel cajón... encontraréis aún... treinta rublos... ¡Son para ella!... Se me nublan los ojos... tengo necesidad... de reposo.

Siguieron unos instantes de silencio. En un ángulo de la

habitación roía un ratón un pedazo de papel... La muerte llegaba...

—Hubiera querido que nuestro asunto... hubiese terminado—volvió á decir Gustavo.—Os recomiendo que no se pleitee... ¡Tengo miedo!... ¡Quién sabe si es verdad que existe un cielo y un infierno!... Sin embargo... no he rezado nunca...

Vassilkevitch se inclinó hacia el moribundo, y le preguntó:

—Gustavo, ¿crees en la inmortalidad?

Gustavo no pudo responder, pero inclinó la cabeza á manera de respuesta afirmativa. Entonces pareció como si en la estancia resonase el eco de una música celeste. Formada por los suaves rayos de la luna, una estela de ángeles descendía del cielo hasta la tierra, flotando aquéllos con sus alas de oro, rosadas, multicolores; se elevaban por los aires, se juntaban en torno del mísero paciente, agitando las alas como bandada de aves juguetonas... parecía oírse el roce de las plumas... Y pronto, en medio de aquel coro celeste y silencioso, voló el alma de Gustavo.

Los funerales se celebraron con extraordinaria pompa, y todo el cuerpo escolar acompañó al féretro. Solamente entonces empezó á hablarse del profundo saber del muerto, y de su pasión por los estudios, y de su fuerza de voluntad. Resultaba, en efecto, hecha la cuenta de sus ingresos, á la que Schwarz dió publicidad, que Gustavo ganaba cerca de cuatro mil *gulden* al año; sin embargo, llevaba una vida miserable, de perro, y todo lo empleaba en socorrer á la viuda. Y el heroísmo de tan noble sacrificio, voluntario y velado á los demás, había de constituirle un recuerdo imperecedero en el corazón de sus compañeros. Solamente entonces se descubrieron trabajos literarios del difunto, que revelaban una erudición científica y un talento nada vulgares. Se encontró entre sus papeles un diario, escrito en estilo llano y, en algunos pasajes, rudo casi: una revelación de los aspectos sombríos de una vida deslizada entre desventuras, la apología de la florecencia juvenil de la pasión, una confesión de dolores imaginarios y, no obstante,

sentidos, de luchas, de sufrimientos, de borrascas íntimas, de manifestaciones externas. Lo característico de una naturaleza pronta al entusiasmo, aparecía en aquellas páginas con toda su sombría grandeza. El diario, verdadero libro de memorias, fue leído en alta voz delante de todos por Vassilkevitch, y hubo quien propuso que se imprimiera; pero la proposición no tardó en ser abandonada.

En cambio, Augustinovitch escribió una cariñosa necrología de Gustavo, en la que con mucha habilidad exponía la vida del mismo. Le presentaba feliz aún en los primeros años de la infancia; y la evocación de esta primavera de la vida estaba hecha con tanta gracia y tanta delicadeza, que se hubiera dicho que Meissonnier había inspirado al escritor. Después comenzaban á obscurecerse las alegres tintas del cuadro: Gustavo abandonaba el hogar paterno, seguido por las miradas del perro, viejo y leal servidor... Las tintas se obscurecían todavía más: la vida se había apoderado de él, lo maltrataba, lo arrojaba de un lado á otro como sacudido por las olas de un mar borrascoso... Pero de nuevo brillaba un rayo de luz: entre las nubes amontonadas se le aparecía la viuda como una estrella aureolada por los rayos del iris... Y él extendió la mano hacia aquella estrella... «El resto os es conocido—terminaba diciendo Augustinovitch.—¡Ah! ¡Ojalá que al menos pueda dormir en paz y sueñe constantemente con ella! La alondra repetirá cantando el nombre sobre la tumba... ¡Descansa en paz!... El fuego se ha extinguido y desapareció el misterio...»

Pero siempre sucede lo mismo. Cuando muere una persona llega la hora de las alabanzas, aunque en vida se la maltratará. Dejemos, pues, que Gustavo repose en la calma del sepulcro, y sigamos á nuestros héroes, especialmente á Schwarz, protagonista de nuestra relación.

Schwarz seguía haciendo la misma vida; solamente mostrábase melancólico y más taciturno desde que de nuevo había entablado relaciones con la viuda. En cuanto á Augustinovitch, cada vez se amoldaba más á su nueva posición. Seguían

celebrándose fiestas en casa del General; los niños del Inge-
niero continuaban martillando en el piano todo el santo día,
y la condesita cantaba por las noches. Los inquilinos se ha-
bían aumentado con un zapatero, su mujer, dos niños escro-
fulosos y la miseria por añadidura; de suerte que, bajo el mis-
mo techo donde se albergaban las ideas y los pensamientos de
aquella noble inteligencia, oíanse también las palabras soeces
del zapatero y el ruido de la lezna y el tirapié.

Elena no conocía aún la muerte de Gustavo; Schwarz se la
había ocultado cuidadosamente, temiendo que sufriese una
violenta conmoción. Sin embargo, más adelante pudo obser-
var, y no sin extrañeza, que la funesta noticia le produjo
cierta tristeza, pero sin que le causara un dolor profundo.
Acerca de esto tenemos mucho que decir, y lo dejamos para el
capítulo siguiente.

VII

P PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
AYUNTAMIENTO DE BARCELONA

Según prometió á Gustavo, Schwarz fué á casa de Elena,
y á la segunda visita salió completamente enamorado. Aquella
noche, cuando regresó á su casa, era ya tarde. Era una noche
espléndida: las estrellas brillaban límpidas en el cielo, y de las
márgenes del Dnieper venía una brisa suave y vivificante,
mientras anchas bandas de vapor flotaban como débil neblina
hacia el Oriente. Resonaba en el espacio una música grata, y
una música grata repercutía también en el alma de Schwarz...
¡Amaba! Parecíale que la luminosa noche festejaba sus despo-
sorios con la felicidad.

La felicidad inefable está compuesta de recuerdos y de es-
peranzas... Schwarz sentía aún en sus manos la delicada mano
de Elena; *recordaba* aquel instante dichoso, pensaba en las ca-
ricias del día siguiente, y *esperaba*. Al despedirle, ella le había
murmurado: «¡Acuérdate!» ¿Y quién puede olvidarse de la fe-
licidad cuando todo nos sonríe en torno nuestro?... Sentía

amor. Arrebatado por sus sentimientos y por el encanto de aquella noche serena, por aquellas estrellas titilantes, por aquellos vapores oscuros y majestuosos, Schwarz abrazó con mirada ardiente la celeste bóveda hasta los extremos límites del horizonte, y sus trémulos labios se entreabrieron en una exclamación de júbilo:

—¡Si existes, eres grande, eres bueno!

A pesar de la premisa, semejante exclamación era ya mucho para Gustavo. Reconocía la grandeza y la bondad de Dios; decía: «Si existes.» Y con esta frase venía á admitir implícitamente la existencia; era como si dijese: «¡Existes!»... No nos extrañamos de esto los que conocemos el positivismo del joven. Los labios que pronunciaban tales palabras habían libado poco antes en la copa del éxtasis.

Cuando Schwarz se retiró á sus habitaciones, Augustinovitch dormía ya con profundo sueño, y sus ronquidos se oían hasta en la escalera. Era un ronquido regular, casi armónico, que á veces terminaba en un soplido y otras en un silbido; ya era breve, ya prolongado, ora débil, ora fuerte. Schwarz se acercó al durmiente y le despertó; experimentaba la necesidad de comunicarse con alguien.

Sobresaltado, Augustinovitch miró á su compañero con ojos de sueño, y comenzó á gritar:

—Vete á...

Schwarz se echó á reír.

—¡Buenas noches!—murmuró Augustinovitch.—Mañana te diré de dónde vienes. Por ahora prefiero dormir. Buenas noches.

Al día siguiente era domingo. Schwarz, que se había levantado temprano, se servía el té, mientras que Augustinovitch, en la cama aún, fumaba en su pipa reflexionando. Ninguno de los dos hablaba, absortos ambos en los pensamientos de la noche anterior; por fin, Augustinovitch rompió el silencio.

—¿Sabes lo que se me ocurre, Schwarz?

—Desde luego que no.

—Te lo diré en cuatro palabras. No vale la pena de que se sacrifique la vida por una mujer, así sea la mejor que se encuentre sobre la tierra... ¡No, en verdad! No vale la pena. Hacer otra cosa es darles un valor muy superior al que tienen.

—¿Y de dónde has sacado tan preciosa máxima?

—Del fondo de la pipa, directamente. El hombre se aferra á una idea, se entrega á ella por completo, encuéntrase, por fin, con un obstáculo, y ¡se acabó! De tantos hermosos castillos en el aire, queda lo que queda de este humo que acabo de expeler.

Y Augustinovitch lanzó una gran bocanada de humo, que se elevó hacia el techo y se esparció después en todas direcciones. La conversación languideció un momento, pero Augustinovitch la reanudó.

—Dime, Schwarz: ¿has estado enamorado antes de conocer á Gustavo y la Potkansky?

—¿Si he estado alguna vez en-a-mo-ra-do?—respondió Schwarz, entregado á sus pensamientos, con los ojos fijos en la taza en que humeaba el té.—Sí... Sí he amado alguna vez... Sí, alguna vez he experimentado cierto vértigo... pero jamás he alterado mi sistema de vida, jamás han dejado de sucederse mis días con regularidad... No, francamente hablando, no he amado nunca.

Augustinovitch alzó la pipa y comenzó á declamar en tono dramático:

«¡Mujer, débil humo!

¡Pluma lanzada al viento!»

—¿Y á qué viene eso?—preguntó Schwarz con una sonrisa.

—Pertenece al mundo de mis recuerdos... No siempre he sido lo que soy. También yo he estado alguna vez á punto de enamorarme en serio como un imbécil. Una hubo que pudo hacer de mí un hombre arreglado, á pesar de mi miseria... ¡vana empresa!... ¡Sin embargo, me vi tentado!

—¿Y cómo concluyó la cosa?

—De la manera más prosaica que se pueda imaginar. Iba yo á dar lecciones á casa de un propietario, padre de dos hijos: un muchachito y una joven ya formada; no sé lo que enseñaba al primero, y en cuanto á la segunda, habíame enamorado de ella completamente. Una noche me declaré con lágrimas en los ojos, y ella acogió mi declaración con una carcajada estrepitosa... Tal vez mi declaración fue algo incoherente; pero no puedes figurarte el deplorable efecto que me produjo aquella carcajada. Porque ella comprendía el esfuerzo que me habían costado mis palabras, y porque además ella misma me animó al principio. Después fué á quejarse á su mamá.

—¿Y la mamá?

—¿La mamá?... Empezó por decirme que era un miserable, á lo que nada respondí; después me intimó á que me largase, y por último, me arrojó cinco rublos que me apresuré á embolsar, puesto que los había ganado. Y con ese dinero me emborraché aquella misma noche y á la mañana siguiente.

—¿Y después?

—Después me emborraché también al otro día.

—¿Y así sucesivamente?

—No. Al cuarto día me entregué á un llanto desesperado. Más adelante, cuando estuve curado, del amor, se entiende, que no de la embriaguez, me dediqué á enamorarme de la primera que pasaba. Vamos, amores al vuelo.

—¿De manera que no tienes fe alguna en el amor?

Augustinovitch reflexionó algunos momentos y después contestó:

—Tanto como fe tuve en las mujeres, tanto como las amé y las consideré como la mayor recompensa que se pueda dar al trabajo y á los afanes, tanto me apasiono ahora de ellas... ¿comprendes? Pero este sentimiento no tiene que ver con el amor.

—Ni tampoco con la felicidad.

—De eso no hay que hablar. Precisamente por eso fumo

cuando experimento el deseo de llorar; precisamente por eso envidio...

—¿El qué?—preguntó Schwarz, dirigiendo una rápida mirada á Augustinovitch.

—Tus relaciones con Elena... Es inútil que bajes la cabeza; no te extrañe que yo lo sepa todo... ¡También tengo yo un poco de experiencia!... Por lo demás, te aseguro que también yo me hubiera enamorado de la Potkansky... una mujer semejante se encuentra en un nivel superior á las demás... y sin embargo... Dí, ¿no te pesará algún día?

—Habla.

—Yo hubiera tenido miedo de enamorarme de ella... Sin duda es un sér desgraciado... Pero ¡qué diantre! ¿A mí qué me importa?... Sin embargo, esa mujer me parece algo así como un legado testamentario, que pasa de mano en mano... Quien se acerca á ella se embarca para otro mundo. ¡Brrr! Mi palabra de honor que no quisiera ser yo el depositario de semejante legado, ni siquiera para servir á un amigo.

Schwarz dejó en la mesa la taza llena aún hasta la mitad, y después dijo á su compañero con glacial acento:

—Tal vez tengas razón; pero como soy yo el depositario, te ruego que hables del legado con mayor respeto.

—Sea. Te hablo con toda la seriedad posible, si no de la Potkansky, de ti y de lo que debes hacer. Ningún interés me guía; antes bien, hablo contra mis propios intereses. Tales son los hechos.—Augustinovitch se había sentado en la cama.—Te conozco y conozco á Elena... ella es la que te abre los brazos... Así, pues, la iniciativa parte de la mujer. Pero esto es lo de menos. Es preciso saber conquistarse el amor... Dentro de un mes estarás aburrido; empezarás por molestarla y concluirás por enviarla al diablo... Sabes, Schwarz, que te quiero bien; por esto es por lo que te digo: cástate con Elena, mientras que aún sea tiempo.

Schwarz frunció todavía más el ceño, y respondió secamente:

—Haré cuanto crea oportuno hacer.

En realidad, nunca se le había ocurrido la idea del matrimonio. Cuando besaba las blancas manos de Elena, no había pensado nunca en las consecuencias de aquellos besos..... Experimentaba una ira sorda contra sí mismo, y su cólera aumentaba cuando alguien le recordaba sus deberes de hombre honrado. Cierto era que él mismo no hubiera tardado en acordarse de ellos; pero el hecho de que el recuerdo procediese de una persona extraña, quitaba á la idea el atractivo de su espontaneidad. ¡Pobre del amor cuando se le empieza á considerar como un acto obligatorio!

Aquella misma tarde, Augustinovitch se encontró con Wassilkevitch, y le interpeló así:

—¿Sabes que Schwarz va frecuentemente á ver á la Potkansky?

—¿Y qué?

—Pues que ella está locamente enamorada de él..... Piensa en esto, reflexiona, y dime luego lo que puede suceder, lo que debe hacer Schwarz.

Con su habitual franqueza, Wassilkevitch respondió sin vacilar:

—Debe corresponderla.

—Está bien; ¿y después?

—Después, ellos sabrán lo que deban hacer.

Augustinovitch hizo un gesto de impaciencia.

—Una pregunta aún. ¿Qué hubieras hecho tú en las circunstancias de Schwarz?

—¿Amando á la Potkansky, quieres decir?

—Sí.

—Me hubiera casado con ella sin pensarlo tanto.

Esto es lo que buscaba Augustinovitch, el cual, deteniendo á su compañero, que se disponía á despedirse, y con la mano puesta en el corazón, le dijo con acento de profunda convicción:

—Yo debo mucho á Schwarz..... y tú sabes los motivos.

Por esto quisiera serle útil, aunque no fuese más que con un buen consejo. Encuéntrase en la actualidad en unas circunstancias, que podríamos llamar difíciles. Hay ciertos límites, ciertas leyes de honor, contra las que no se puede ir..... Ya me comprendes. No quiero que nadie tenga derecho á encararse con Schwarz, diciéndole: «no te has conducido como hombre honrado.» Lo declaro con franqueza; no lo quisiera..... Y tú puedes hacer mucho en este asunto; tú ejerces sobre él un gran ascendiente.

Pero en lugar de darse por convencido, Vassilkevitch montó en cólera:

—¡Hombre! ¿Con qué fin quieres meterte en lo que no te importa.....? Deja que Schwarz haga lo que mejor le parezca..... Además, no son tantos los días que lleva de frecuentar la casa de la Potkansky. Me parece, Augustinovitch, que tus palabras no son sinceras. Si no te fuese indiferente Elena, podría presumirse..... Siempre tienes la monomanía de inmiscuirte en todo; buscas todas las ocasiones de lanzarte á los espacios, de salir de lo que te incumbe..... ¡Vaya, vaya, no vengas á representarme una comedia.....! Sí; lo que dices tiene toda la apariencia de un sacrificio, porque, si hoy toma mujer Schwarz, te quedas tú sin casa; pero en el fondo no es más que una superchería. Sin embargo, tú mismo sabes distinguir perfectamente cuándo te dicen la verdad y cuándo te engañan..... Respecto de Schwarz, no tengas miedo. ¡Ojalá le imitases tú en todas las acciones! ¿Qué te importa que vaya á casa de la Potkansky.....? Nada que valga un *kopek*.

—¡Guárdate tus lecciones! ¿De suerte que no quieres intervenir?

—Claro es que si sus relaciones mal definidas llevasen camino de durar indefinidamente, yo sería el primero en hablar á Schwarz, y hasta en hacer que se casase; pero ahora, en el estado en que están las cosas, mi intervención sería una verdadera tontería.

Y se alejó, dejando á Augustinovitch solo y perplejo. Y, no

obstante, la conciencia le decía que el lituano tenía razón, y que lo que le había impulsado á hablar era un sentimiento de presunción unido á la monomanía de representar un papel.

VIII

Transcurrieron algunos meses. Terminado el invierno, y pasada también la primavera, llegó el verano; pero las cosas seguían lo mismo. Schwarz amaba á Elena, era correspondido, y los días se deslizaban sin un pensamiento para el porvenir. Pero entre los dos interponíase una sombra, suscitada por un acontecimiento fortuito.

Un domingo Elena, atadas bajo la barba las bridas del sombrerito, y con una ligera talma de verano sobre los hombros, salió á paseo del brazo de Schwarz. Brillaba aún el sol en lo alto del horizonte, flotaba en el aire un polvillo dorado, y aunque eran ya las seis de la tarde, hacía un calor intenso que se reflejaba en todos los rostros. Circulaba por la ciudad una gran muchedumbre. Varias personas saludaban al paso amistosamente á Schwarz, y algunas volvían la cabeza admirando la pareja. Schwarz había crecido, y su barba elegante y ligeramente rizada contribuía á darle un aspecto más viril; le prestaba al rostro una expresión de dignidad y hasta de conciencia de sí mismo. Elena conservaba aún el aspecto de esposa; los lazos y las cintas azules del sombrero flotaban agitados por el viento, el cual, jugueteando con el blanco traje de la dama, levantaba la ligera manteleta, dibujando el delicado perfil de su busto. Apoyábase con gracia en el brazo de Schwarz, y su alma rebosaba de alegría por sí, por él, por la atmósfera pura y serena, por todo lo creado; parecía haber renacido á nueva luz.

Y Schwarz admiraba más á ella sola que á todo el mundo que le rodeaba. No intentamos reproducir aquí su conversación, ese dulce murmullo de corazones jóvenes y enamorados,

tan vacío para los extraños y tan lleno de encanto y de poesía para ellos. Por lo demás, también hablaba de cosas tristes. Elena había rogado á Schwarz que la condujese á la tumba del marido.

—En verano — decía ella — extiéndese una densa sombra por los caminos del cementerio; ¡hace tanto tiempo que no voy! Sin embargo, no debo olvidarle... Tú, José mío, has ocupado su puesto en mi corazón; por lo tanto, me debes llevar á que ruegue por él algunas veces.

Schwarz no tenía aún celos del pasado de Elena; por lo tanto, con afectuosa sonrisa de indulgencia, respondió al punto:

—Desde luego, querida mía. Piensa en tu difunto, pero acuérdate también del amor de los vivos.

E inclinó hacia ella la cabeza.

Por toda respuesta Elena estrechó contra su pecho el brazo de Schwarz, le miró á los ojos sonriente, y se puso colorada como una niña. Schwarz cogió la delicada manecita que se abandonaba en su brazo... Ambos sentían que la felicidad circulaba por sus venas.

En el camino que conducía al camposanto encontráronse con Augustinovitch, el cual, fumando, acompañaba á dos señoras, madre é hija. La hija iba del brazo de su acompañante, y la madre les seguía á cierta distancia, molestada por sus carnes y por el calor. Evidentemente, Augustinovitch le decía cosas muy graciosas, porque la joven reía de todo corazón. Al pasar al lado de Schwarz, Augustinovitch le saludó con el mayor afecto, signo evidente de que en aquel momento se hallaba satisfecho de la vida y de sus asuntos.

—¿Conoces á Augustinovitch?—preguntó Schwarz á Elena.

—Sí, le conozco; sin embargo, su nombre me suena á nuevo. Recuerdo haberle visto á mi lado cuando murió Casimiro. Después no he vuelto á saber de él.

—Es uno de los perdidos más inteligentes que haya conocido nunca—observó Schwarz.—Y además, me han dicho que también él te hizo el amor.

—¿Por qué me dices eso?

--Sencillamente, sin intención ninguna... Es extraña la irresistible fascinación que ejerces sobre todos.

—Es el único dón, José querido, que me ha concedido la Naturaleza... ¡Oh! Como ignoras la historia de mi vida, no puedes figurarte las amarguras que han acompañado á mi infancia... Cuando niña fuí criada en el seno de una familia distinguida, y el anciano amo de la casa me quería mucho, y me atendía con tanto esmero como si fuera una hija. Pero cuando murió fueron tantos los vejámenes y las insolencias que hube de soportar, que, por fin, me ví obligada á huir, y vine á Kieff. Aquí, al principio, recibí hospitalidad en casa de un señor de mucha edad y muy bueno, el cual me trataba también como una hija y me llamaba su Elenucha... Pero tampoco tardó en morir, sin dejarme ningún medio de vida... Poco después conocí á Casimiro. Te asombrarás tal vez de que yo frecuentase el Círculo de los estudiantes... Créemelo, José mío, la primera vez que abrí aquella puerta, que franqueé su umbral, creí morir de vergüenza... Pero me impulsaba el hambre, un hambre atroz; hacía dos días que ayunaba, se me iba la cabeza, no podía reflexionar... No pensaba en las consecuencias de mi acción... Y me encontré al lado de Casimiro... ¡Oh! entonces no me agradó. Reía, bromeaba alegremente, y á mí se me nublaban los ojos... Después me preguntó si quería irme con él, y yo accedí. En el exterior, al aire libre, temblaba de frío, y él me envolvió por completo en su pelliza y me condujo á su casa como en un sueño. Al llegar allí, la suave temperatura de la habitación me devolvió la razón; allí comprendí lo que había hecho; y al verme sola en casa de un hombre, abandonada á su poder, me invadió una vergüenza inmensa y rompí en llanto amargo y angustioso. El pareció asombrarse de mi llanto; al cabo de un rato, sentado á mi lado, y cuando lo volví á mirar, ví que tenía los ojos llenos de lágrimas, y en su rostro se notaba una nueva expresión. Me dió un beso en la mano, y trató de tranquilizarme por todos los medios; yo fuí sincera

con él, se lo conté todo, y él me prometió atenderme como á una hermana... ¿Verdad que fue muy bueno? Desde aquel instante, ya no carecí de nada... Cuando después de haberle contado mi historia me dejó sola, volvió á besarme la mano. También yo quise besarle la mano... pero el corazón se me saltaba del pecho, y oprimiendo sus manos, lloré largo rato. ¡Cuánto empecé á amarle desde entonces! ¡Cuánto le amaba!

Y al decir estas palabras, Elena alzó al cielo sus hermosos ojos, en los que brillaban lágrimas de infinito reconocimiento. Estaba bellísima; parecía una santa en los transportes del éxtasis. Schwarz, por el contrario, permanecía sombrío, con expresión de gravedad en el semblante y fruncido el entrecejo. ¡Así, pues, debía el amor de aquella mujer á una pura casualidad, á una semejanza accidental! Y este pensamiento le entristecía. ¡De manera muy diferente había conquistado Potkansky! Tal comparación le molestaba; y las palabras de Augustinovitch volvieron á su memoria, mientras marchaba en silencio al lado de Elena.

Llegaron así al cementerio. Al través de la frondosidad de los árboles aparecían mármoles, mausoleos, cruces, míseros túmulos de tierra. La ciudad de los muertos dormía con profundo sueño á la sombra del verde follaje, en religioso silencio; algunos visitantes cruzaban entre las tumbas; aquí y allí oíase en algún árbol la melodía triste y tierna lanzada al aire por algún pajarillo. De cuando en cuando deslizábase la sombra de un sepulturero.

No le costó trabajo á Elena llegar á la tumba de Potkansky. Era un vasto túmulo, rodeado de una verja de hierro y adornado con floridos tiestos; al lado había otro túmulo pequeño, cubierto de hierba, y sobre el que crecía la reseda. El lugar estaba muy bien cuidado, y acusaba ser obra de una mano solícita. Allí dormían el sueño eterno el marido y el hijo de Elena. Schwarz llamó á un guarda, hizo abrir la verja, y Elena se arrodilló en el suelo, con la oración en los labios y las lágrimas en los ojos.

—¿Quién cuida esta sepultura? — preguntó Schwarz al guarda.

—Al principio venía aquella señora que está arrodillada; después vino un señor de cabellos largos; pero hace algún tiempo que no le veo. El fue el que mandó poner esta verja y quien pagaba las flores.

—También él mora aquí; hace ya cerca de un año que fue enterrado—respondió Schwarz.

El guarda no dijo ninguna palabra de compasión; pero hizo un gesto que parecía decir: «También tú tendrás que venir á este lugar.»

—¿Y qué otra cosa hay—dijo después—que valga la pena? Allí, en la ciudad, dolores, enfermedades, inquietudes, molestias; aquí, en cambio, una tranquilidad absoluta. Yo me pregunto á menudo: ¿deberá sufrir también el alma humana en la otra vida, como si no bastase con los sufrimientos de ésta?...

Algunos minutos después concluyó Elena su oración. Schwarz le ofreció el brazo y, fuese casualidad, fuese propósito deliberado, tomó otra dirección. No hablaba, como si le oprimiese un peso el corazón; de repente, cerca ya de la puerta de salida, se detuvo ante una tumba reciente, y exclamó con acento extraño, glacial:

—Mira, Elena; este hombre te amó en vida, con un amor más grande tal vez que el de Potkansky... Y sin embargo, ¿no te acuerdas de él!

El sol se aproximaba á su ocaso... Elena dirigió una mirada hacia el lugar que le indicaba Schwarz; de una tumba sin adornos salía una cruz negra de madera con algunos caracteres trazados en blanco:

«Gustavo..... murió..... en el año.....»

Y los rayos del sol poniente dibujaban sobre el sencillo epitafio un reflejo de sangre.

—Vámonos... se hace de noche.....—murmuró Elena, estrechando el brazo de Schwarz.

Llegaron á la ciudad cuando ya era completamente de noche. Al otro lado del Dnieper, el disco de la luna, grande y rojizo, asomábase por el horizonte; en el parque del castillo resonaban pasos, entre los árboles frondosos; de un pabellón cercano, al través de la ventana abierta, salía una voz infantil que cantaba una romanza de Schubert, acompañándose al piano; y aquellas notas apasionadas vibraban en el aire con un vago trémolo; allá, á lo lejos, en la inmensidad sonora de la esfera, repercutía el cuerno de la posta.

—¡Qué noche tan hermosa!—exclamó Elena.—¿Por qué, pues, estás tan triste, José?

—Descansemos un momento—respondió Schwarz;—me siento fatigado.

Sentáronse el uno al lado del otro, y se sumieron en profundas meditaciones. De repente, les estremeció una voz. Era una voz juvenil, sonora, que decía:

—Tienes razón, Carlos; la mayor felicidad que se puede alcanzar, es el amor puro de una mujer, cuando no es más que el eco de la voz que habla en un alma verdaderamente viril.

Paseando del brazo, los dos jóvenes cruzaron ante el banco en que estaban sentados Elena y Schwarz.

—¡Buenas noches!—dijeron, quitándose el sombrero.

Eran Vassilkevitch y Carlos Karvovsky.

Al despedirse de Elena, Schwarz le dió un prolongado beso en las manos, y volvió tarde á su casa, conmovido y agitado.

IX

Sin embargo, á la mañana siguiente, después de un buen sueño, Schwarz estaba completamente tranquilo, y se reía de sus pensamientos y de su agitación.

—¡Bah!—se decía.—¡Son tantas las frases hermosas que se lanzan fuera..... pero tan escasas las que tienen un lado práctico.....! Solamente un tonto puede cerrar las puertas á la feli-

ciudad..... Gustavo es una demostración palpable de las consecuencias de una pasión no correspondida. Se paga con la vida..... y yo me encuentro con pocas aptitudes para desempeñar el papel de héroe de tragedia..... Y, por lo demás, ¿qué importa á nadie que fuera yo el que ame á Elena sin ser correspondido.....? ¡Agustinovitch, farsante, muévete de la cama! ¿Está aquí el demonio de cien lenguas que ayer trastornó la cabeza á una señorita de sombrilla vaporosa.....? ¡Dí, responde.....!

—¿Le viste la cara?—preguntó el interrogado, haciendo esfuerzos para lanzar un suspiro.

—Ya lo creo que la ví, y te aseguro que me hizo el efecto de un pollo acabado de salir del cascarón..... La madre parecía una vejiga de manteca..... Y..... ¡te has enamorado, querido amigo!

—Vayamos con calma; por de pronto, son riquísimas.

—¿Las dos? ¿Qué dote tiene la hija?

—¿Y quién puede calcular semejante suma? Pero no es esto sólo. ¡Todavía ha de ser más rica!

—¿Más rica.....? ¿Tiene tal vez un marido aquella marmota?

—No, no es eso..... La madre ha venido á la ciudad para entablar un pleito..... ¿Sabes contra quién? Contra nuestro vecino el Conde, que le debe algunos miles de florines.

—¿Y quién te ha dado esas noticias? ¿Conocías tal vez hace tiempo á esas damas?

—Las conozco de ayer nada más..... y por una casualidad. Paseaba yo tranquilamente, cuando se me acercaron rogándome que les indicase un camino. Juro que también á mí me era desconocido...pero obtuve pronto el permiso de acompañarlas un rato, alabé lo espléndido del día, y hablé de otra porción de cosas...Te aseguro que la vieja es una habladora sempiterna; no me costó trabajo saber quiénes eran, á qué habían venido, y otra porción de detalles. Me preguntaron si conocía al Conde. Respondí al pronto que iba á su casa casi todos los

días, y que estaba en condiciones de ejercer cierta influencia para inducirlo á que pagase su deuda. Les dije también que soy Doctor en Medicina, en Teología, y en una porción de ciencias y artes, que en Kieff tengo un mundo de relaciones. Entonces la vieja comenzó á relatarme al oído confidencialmente una serie interminable de enfermedades padecidas tanto por ella como por su hija, y yo prometí solemnemente ir á su casa é interesarme en sus asuntos.

—¡Admirable! ¿Y la hija?

—La hija se puso muy encarnada. Y la mamá sacudió ruidosamente sus perifollos, mientras invocaba á todos los santos del Paraíso, y me recomendaba á su protección para el día del juicio final... Ya ves, por consiguiente, que es una partida ganada.

—Sí, eres muy ingenioso.

—Y hoy mismo voy á su casa.

—¿A la de los santos?

—No. A la de mis conocidas, y les daré un prudente consejo: una buena boda.....

—¿Entre la hija y tú?

—Desde luego, querido. ¡Qué se ha de hacer!... Poco á poco se hace uno viejo y... Por lo demás, espero que también á tí tendremos que felicitarte pronto.

—Me parece haberte rogado ya en una ocasión que no te metieras en mis relaciones con Elena.

—Tienes razón. Te diré solamente que es una hermosísima mujer.

—¿Sí?—exclamó Schwarz, que no pudo reprimir un gesto de satisfacción.

En este momento se abrió la puerta y entró Vassilkevitch.

—No he querido pasar por tu casa sin subir—dijo en cuanto entró. Carlos me espera abajo: vamos juntos al campo. Schwarz, tengo que decirte una cosa. A pesar de las instancias de Augustinovitch, me he negado siempre á mezclarme en tus amores con Elena. Pero la cosa va prolongándose ex-

cesivamente, y es preciso llegar á una solución. Dime, pues, lo que piensas hacer con la Potkansky.

Con ademán de ira Schwarz tiró á un rincón la pipa que tenía en la mano; después miró á Vassilkevitch con arrogancia y exclamó:

—¡Sea! ¡Pregunta por pregunta! ¿Tienes que ver tú algo en el asunto?

Vassilkevitch arrugó la frente: en su alma se desencadenaba una violenta tempestad; pero sostuvo la mirada de su interlocutor, y respondió con calma:

—Te lo pregunto como un amigo se lo pregunta á otro. Elena no pertenece al número de esas mujeres á las que hoy se ama y mañana se las olvida. Y, en todo caso, el solo recuerdo de Potkansky basta para dar á todo amigo suyo el derecho de hacer pregunta semejante, y de pretender una respuesta.

Schwarz saltó de la silla; sus ojos relampagueaban de ira.

—¿Y si yo no quisiera responderte?—exclamó con voz de trueno.—¿Si yo no quisiera darte una respuesta? ¿Quién puede alegar derechos sobre Elena? ¿Y quién se cree capaz de interponerse entre ella y yo?

Esta vez también Vassilkevitch contestó con ímpetu:

—¿Y has supuesto tú, imprudente y presuntuoso, que nosotros pudiéramos consentir que jugases con una pobre mujer abandonada, sin que te preguntáramos cuáles eran tus intenciones?... ¡Antes te lleve el diablo! Tú estás obligado á responder ante nosotros todos del honor de la viuda de Potkansky, y no seré yo el único que venga á recordártelo.

Permanecieron así un instante en pie, frente á frente, mirándose, sombríos, siniestros, prontos á emprender la lucha. Después Schwarz se dominó, y rompió el silencio con la voz temblona aún por el despecho:

—Vassilkevitch, si otro se hubiera atrevido á hablarme como tú lo has hecho, le hubiese arrojado de mi casa. De nadie sufro imposiciones; no acierto á comprender por qué motivo

quieres entrometerte en asuntos que no te conciernen; sea el que sea, es cosa que me ofende. Y á ti y á todos los que se creen en el deber de constituirse en paladines del honor de Elena, respondo que no debo dar cuenta de mis actos sino á mí mismo, y que no reconozco á nadie el derecho de fiscalizar mi conducta; y que, si tú y tus compañeros os obstináis en traspasar los límites, cometeréis una ridiculez estúpida, brutal y perjudicial tal vez á la Potkansky. He concluído y me voy, y te dejo tiempo para que reflexiones acerca de cuanto has dicho.

Vassilkevitch se quedó solo con Augustinovitch.

—¡Eh!—dijo el último.—Esto se llama un rapapolvo; si no me equivoco.

—Cierto.

—¡Ah! ¿Declaras, pues, que te ha soltado un rapapolvo?

—Evidente.

—¡Ya me lo figuraba yo! Te has portado como un tonto. Con él se necesita andar con tiento. Es muy enérgico.

Mientras tanto Schwarz, presa de una gran excitación, se encaminaba á casa de Elena. No llegaba á explicarse el entrometimiento de Vassilkevitch, pero comprendía que la intervención de extraños alejaba de él á la mujer, en vez de aproximarla. Cuando llegó á la casa, la puerta de la alcoba estaba cerrada, y como la criada no supiese decirle la causa, no tardó él en averiguarla. Con la cabeza apoyada en el respaldo de una butaca Elena dormía. Inmóvil, Schwarz la contempló algún rato, mientras su frente se obscurecía. Ella seguía durmiendo, y la respiración le levantaba el turgente pecho con movimiento lento y uniforme. Nada puede igualar el dulce encanto que produce un seno de una mujer agitado por la respiración. Parece como si se moviera en una cuna ó en una barquilla mecida por rizadas ondas; sus movimientos poseen una gracia infinita, y se parecen al aleteo de las alas de los ángeles. Todo lo endulza y tranquiliza, desde el llanto del niño hasta las preocupaciones del sabio; y la cabeza del sabio,

descansando en el seno de una mujer, simboliza el triunfo más alto del amor. Tales eran, sin duda, los pensamientos de Schwarz, porque al contemplar á Elena se disipaban sus angustias, como desaparece la noche al nacer la aurora. Se inclinó poco á poco hacia ella y le besó suavemente las manos. La joven se despertó sobresaltada, abrió mucho los ojos y sonrió con la ingenua sonrisa de un niño que se despierta por el materno beso, suave como el terciopelo. Hasta entonces no se había permitido Schwarz aquella íntima caricia; de ordinario sus relaciones tenían un carácter, si no severo, serio por lo menos; pero en esta ocasión venía Schwarz á depositar á los pies de Elena sus propias angustias, venía á pedirle el olvido del disgusto que la disputa con Vassilkevitch había dejado en su alma; y poco á poco sentíase dominado por ese maravilloso poder de la mujer que disipa el fondo tétrico de todo sentimiento. Sin embargo, su excitación había sido demasiado grande para que no se reflejase en sus palabras la amargura del disgusto que acababa de sufrir. Levantó la cabeza, fijó su vista en los negros ojos de la Potkansky, y exclamó:

—Elena, yo creo amarte lealmente. Pero la estulticia humana me subleva, me hiere, me punza el amor propio. En tí sola pretendo adquirir una nueva fuerza para las luchas de la vida. Ten confianza en mí, Elena, y corresponde á mi amor.

—No te entiendo, José.

Schwarz tomó entre las suyas las manos de la jóven y comenzó á hablar con dulzura.

—Y sin embargo, deberías comprenderme. La idea de que tanto en el amor que te profeso, como en lo que trabajo para tu felicidad, sigo las huellas de Potkansky, me enorgullece; pero entre él y yo existe un obstáculo, una gran diferencia. El, hijo de un magnate, podía ofrecerte con su mano el fausto de las riquezas; yo en cambio, hijo de un obrero, necesito trabajar mucho todavía para lograr nuestra felicidad. Yo no te abandonaré jamás; pero me asalta la idea de que, una vez que

seas mi mujer, tengas que volver á la triste realidad de la miseria, de la cual él te había arrancado. Por esto es por lo que te pido que tengas confianza en mi cariño... Responde, Elena...

La jóven no dijo una palabra; pero acercándose á Schwarz apoyó la cabeza en el pecho de aquél, y lo miró dulcemente con sus hermosos ojos de niña, llenos de confianza.

—He aquí ahora mi respuesta, tesoro mío, — exclamó Schwarz. Y unió sus labios un tierno beso. — Tal vez será un egoísmo por mi parte, — continuó diciendo; — pero perdóname. Yo no te he conquistado ni con méritos ni con sufrimientos; yo no he hecho por tí ningún sacrificio. Por una parte el fantasma de la riqueza, con el que Potkansky te había rodeado, y por otra el ardiente amor de Gustavo, llevado hasta el sacrificio, vendrían constantemente á interponerse entre los dos. Deja, Elena, que tenga la satisfacción de haberte merecido; no me faltará el valor en el camino, no carezco de energía, jamás seré capaz de engañarte.

Al hablar así, Schwarz tenía la convicción de ser sincero. Pero quien examine la vida que entonces llevaba Elena, comprenderá fácilmente la parte que el amor propio ofendido tenía en aquellas palabras. Conviene advertir que Schwarz cumplía escrupulosamente con la palabra que dió á Gustavo, de suerte, que la joven viuda no conocía en nada la falta del segundo. Al casarse con Elena, Schwarz no hubiera modificado en gran cosa las condiciones de vida, y en todo caso no en la parte económica, puesto que, al compartir su casa con ella, se hubiera librado de Agustinowitch y de otros gastos, y Elena hubiera continuado llevando la misma vida que hasta entonces disfrutaba. Por lo tanto, solamente eran verdad á medias sus protestas de orgullo y de ambición. El móvil principal de su conducta era el deseo de afrentar á sus adversarios, de arrojarles el guante de desafío.

Había también otra razón que le impulsaba á dar largas á su matrimonio con Elena; y era su deseo de no cambiar el carácter de sus relaciones con la jóven, aquel trato continuo y

harto confiado, que da mayor derecho á las caricias y á los besos. El cáliz del amor estaba gustado á medias. La unión legítima hubiera quitado á aquellos besos y á aquellas caricias el atractivo del fruto prohibido, sin añadir, en cambio, nada nuevo. En realidad Augustinovitch no andaba descaminado en el fondo de sus pensamientos, y tal vez á Shwarz le repugnaba convenir en que, si rechazaba con tanto calor la idea de una transformación en sus relaciones con la jóven, era solamente porque le agradaba que continuasen las que ya existían.

¿No amaba, pues, á Elena? Sí, la amaba, porque de otro modo no hubiera acudido todos los días á su casa, no la hubiera besado en las manos, en la frente, en la boca. La amaba. Pero no nos olvidemos de que los besos y las caricias no satisfacen sino á medias los deseos que bajo otra forma extinguimos en el altar. La cualidad de novia se asemeja á un velo mágico y transparente que encubre una mujer desnuda; nos acercamos al altar para descorrerlo, pero con el velo desaparece también todo encanto. El afecto sustituye á la pasión; cuando también falta el afecto se le reemplaza con algo ménos bello todavía, con la costumbre.... Y mientras tanto la vida sigue su camino.... Schwarz había corrido una punta del velo; para descorrerlo por completo se ofrecían dos caminos: el altar, ó.... el olvido momentáneo de sí mismo, el triunfo del instinto sobre el honor, camino poco razonable cuando no irrazonable por completo, pero, sin embargo, breve y atractivo siempre. El primero se presentaba arduo; en el segundo se hallaba á cada paso una tentación, un deseo en cada beso: el primero era el camino de la honradez, el segundo el del deshonor. Schwarz se hallaba en la bifurcación.

Cierto que en teoría no debe vacilar un hombre honrado; pero siempre es lícito preguntarse cómo obraría un hombre honrado, cuando la tentación es capaz de hacer vacilar aun al más santo. Elena, que amaba á Schwarz, respondía á sus besos con otros besos apasionados; la práctica del pasado no podía servirle de norma, y la falta de experiencia turbaba en

ella aquel equilibrio, que en Schwarz conservaban la honradez y el sentimiento del honor.

¡Amor! Palabra mágica que á menudo lleva en sí grandes y pequeñas tempestades, dolores y penas sin fin. Es como un torbellino que gira en rededor; rumores de alas, susurros y alegres tintineos, que juega con los corazones como con una pluma, lanzándoles unas veces á lo alto hasta tocar con las estrellas y arrojándoles otras al abismo. Abrense entonces los antros más recónditos del alma, aquellos cuya existencia nos era desconocida. Los siete pecados con todas las virtudes danzan en corro, en cuyo centro llega uno á considerarse otro distinto del que se figuraba; cesa uno de tener confianza en sí mismo, vacila al dar un paso, y pierde por completo el dominio de su yo. Brotan desde lo profundo de la existencia las llamas de la pasión que vagan errantes como fuegos fatuos sobre la superficie de un pantano; se acercan furtivamente, se agitan, arden, se disipan. Ante los reflejos de su resplandor se iluminan las tinieblas del espíritu sombrío, y en medio de la irradiación de los colores vivos se ve uno á sí mismo en la intimidad de su alma. Conviértese uno entonces en actor, en vidente, llega á ser uno como una barca desprovista de remos y abandonada sobre las hirvientes olas... Después, de repente, estalla un trueno y se concluye todo.... se extinguen los fuegos fatuos.... queda uno solo, y se sueña como el Dante, con el cielo y con el profundo abismo. ¡Oh, qué triste es el despertar, tanto más triste, cuanto que en nada se encuentra una compensación al dolor sufrido! Vuelve poco á poco la calma, pero la felicidad perdida no vuelve nunca. Al que le cortan un brazo cesa de dolerle, pero no le vuelve á crecer.

Tal vez Augustinovitch no dejaba de tener razón al afirmar que no vale la pena de comprometer la vida por un afecto. Sobre nuestra cabeza, en torno de nosotros, se agita un mundo inmeso é infinito; en él se concentran bramando las procelosas olas de la humanidad entera.... ¿No sería tal vez mejor levar anclas, apartar la nave de la orilla y bogar hacia

lugares desconocidos, hacia el porvenir, sin felicidad, pero con la satisfacción del trabajo, sin ideales, pero sostenidos por el pensamiento?.... Antes de haber experimentado la prueba del fuego, nadie puede salir fiador de los metales de que se compone, por decirlo así, el alma humana.

Este era el caso de Schwarz. Sabemos ya cómo estaba sujeto á las tentaciones: hagamos constar también que las resistía con todas sus fuerzas. Pronto sabremos cuál fue el resultado de la lucha, de quién fue el triunfo, si de él ó de la pasión.

ENRIQUE SIENKIEWICZ.

(Se continuará.)

VIAJE DE LA EMBAJADA ESPAÑOLA

Á LA CORTE DEL SULTÁN DE MARRUECOS

MARRAKESH - EL - AMHRA (1)

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEU BARCELONÉS

Dar Muley Ali, 2 de Mayo.

He dicho, y me ratifico en mi opinión, que el hermoso palacio que habitamos — Casa de Muley Ali — es una especie de Alhambra en bruto. Seguramente, si hubiera sido edificado en épocas lejanas, sus constructores hubieran derrochado en su adorno y embellecimiento todas las galas de su rica fantasía decorativa, pero levantado en tiempos de miseria y decadencia, sólo conserva los rasgos primitivos, el sello característico y las líneas primordiales de la arquitectura morisca. Bajo una apariencia burda y grosera pueden observarse marcadas reminiscencias de elegancia y buen gusto, y el patio principal no deja de tener cierta grandeza y majestad.

Conforme á la costumbre oriental, el exterior no presenta absolutamente ningún interés; altas paredes encaladas, en las que no se abre ni la menor ventana, como si se quisiera ocultar cuidadosamente al transeunte el interior del edificio. Pasados los primeros muros, se encuentra un hermoso jardín poblado de olivos y naranjos, y ya cerca de la casa una hilera

(1) *Marruecos la Roja*, nombre que dan los árabes á esta ciudad por el color rojizo de sus murallas.

de cipreses, paralela á sus murallas. El conjunto, con sus elevadas tapias, que sólo dejan ver el cielo y la hermosa torre de la *Kotubia*, con su arbolado umbroso y sus largos paseos, recuerda el huerto de un convento de monjas, y aún la impresión fuera más exacta á no existir en el centro cierto pabellón de forma extraña y original, con no sé qué restos de estilo chino, que ha sido ocupado por nuestro simpático *Kaid-er-Rha*. A su alrededor acampa nuestra escolta antigua, y un nuevo destacamento de askaris que el Sultán ha puesto á nuestras órdenes con el preciso encargo de que sus miembros nos sirvan de acompañantes y guías por la ciudad. Inútil es intentar esquivar su vigilancia, que acaba por ser molesta; no se puede dar un paso sin ser seguido por uno de aquellos individuos, que no se aparta de uno más que la sombra del cuerpo. Y aun menos mal nosotros los simples mortales, que uno solo de aquellos guardianes acompaña; que la persona del *Bashador*, según la etiqueta magrebina, no puede moverse sin llevar tras ella siquiera media docena. Por más que se quiera, no puede uno acostumbrarse á esta compañía desagradable, que cohibe y fastidia, aunque es preciso reconocer que los pobres cumplen con su deber perfectamente y obedecen con fidelidad y respeto, tratando de prestar cuantos servicios estén á su alcance. Viven pobremente en sus tiendas de campaña, mezclados con los oficiales que les mandan, á quienes tratan con absoluta confianza, discutiendo libremente con ellos aun cuando estén haciendo el ejercicio, operación que ejecutan todos los días con la misma formalidad de los niños cuando juegan á los soldados.

Una vez atravesado el huerto, dejando á un lado una puerta que da paso á un gran patio, donde al aire libre y únicamente sujetos por los brazos á cuerdas retenidas por dos cuñas clavadas en el suelo, se recogen nuestros caballos y mulas; se penetra por un estrecho pasadizo en la casa de Muley Ali. Lo primero que se encuentra es un pequeño recinto, que comunica con un corredor dividido en dos partes: una que debía estar cubierta por cristales que hoy no existen, y otra á la intem-

perie, que termina en una puerta tapiada que se abría sobre la fachada lateral de la vecina mezquita. En este recinto, decorado con gran riqueza, aunque con bastante mal gusto, con pinturas de varios colores y dibujos geométricos, existe una especie de alcoba ó alhami elevada del suelo, que debía ser el diván ó estrado en que el príncipe Muley Ali, próximo pariente del Emperador Sidi Mohamed, abuelo del actual, se sentaría para recibir á sus amigos y clientes; porque este poderoso Príncipe fue el constructor del palacio que por herencia pertenece hoy al mismísimo emir de los creyentes. Junto al patio cubierto, hay otra estancia, también decorada con festones y alicatados de yeso pintarrajado de colorines, que nosotros hemos elegido para comedor. Estas eran sin duda las habitaciones destinadas para la vida pública, cuando la casa era habitada por musulmanes, puesto que pasado el corredor se penetra por una puerta pequeña y disimulada en el recinto interior del edificio: el *harem* antiguo. Que los árabes saben hacer en extremo agradable los lugares destinados al esparcimiento de la vida íntima, pruébanlo sobradamente los dos grandes patios reservados. El primero es un lindo jardín, sobre el que da la fachada de la casa, precedida de un pórtico de dos pisos, formado con altos pilares encalados que sostienen vigas pintadas de azul. Este jardín ofrece la particularidad deliciosa de que sus paseos están en alto, es decir, elevados más de un metro del suelo donde crecen las plantas, de manera que al caminar puede uno pisar las rosas que tocan el pavimento, y dar con la cabeza en las ramas de los árboles, naranjos y limoneros cargados de fruto ó de flores, y mirtos cubiertos de hojas aromosas, en los que anidan innumerables parejas de aves canoras de todas especies, que forman un concierto inimitable. Contribuyen á realzar el encanto de tal jardín sus altas murallas, que le separan por completo del mundo exterior, y una fuente murmuradora que mana agua cristalina, que se difunde por todas partes. Jamás he visto lugar más apacible y seductor, ni que invite más á la vida tranquila y voluptuosa. Los

variados pájaros con sus cantos y las plantas con sus diversos perfumes, forman una doble sinfonía de aromas y melodías que embriagan los sentidos, y allí quisiera uno pasarse la vida sin hacer nada, absolutamente nada, más que soñar con los goces del paraíso mahometano.

Tienen los árabes gran cariño á los naranjos y limoneros; y esto no es sólo por la belleza de tales árboles ni por la bondad de sus frutos, sino por cierta poética leyenda que aquí me han contado. Según parece, cuando el gran profeta Mahoma era aún muy niño, tres ángeles le llevaron cierta noche á la cumbre de una alta montaña, donde uno de ellos le abrió el pecho, y bajando después su cuerpo á las mansas orillas de un río, le lavó las entrañas, mientras que el segundo ángel le partía el corazón, sacando de él un grano negro, que era la culpa original, y que el tercero, con solícito cuidado, le curaba y sanaba las heridas. Terminada la mágica operación, volviéronse los ángeles al cielo, dejando al elegido de Dios abandonado. Unos devotos peregrinos que acertaron á pasar por aquellos lugares desiertos hallaron á Mahoma llorando, no se sabe si por el sentimiento de la deviceración ó si por melancolía de la soledad, y pudieron observar que las lágrimas que derramaba se convertían en flores de naranjos y limoneros, por cuyo piadoso misterio es la flor de azahar muy estimada por los musulmanes.

El segundo patio está rodeado por una galería cubierta, formada por pilares de mampostería que sostienen arcos, sobre los que se sustenta, formando terrazas descubiertas, la galería correspondiente al segundo piso. En tres de los lados de este patio, lo mismo en una que en otra altura, se encuentran habitaciones, largas y estrechas, que sólo reciben luz por la puerta. Este es el estilo típico y característico de la arquitectura marroquí, que exige en todas las construcciones el mismo patio, rodeado de columnas ó pilares, sosteniendo arcos y formando corredores altos y bajos, por los que se entra á las piezas contiguas. Nuestras habitaciones tienen las condiciones

establecidas: largas, estrechas y muy altas. El techo, generalmente, es de tablas que forman un tosco artesonado, sin ornamento alguno, salvo en las habitaciones de aparato, donde el techo, las puertas y los arcos que dan al patio están adornados con arabescos en relieve pintados de todos colores. El mobiliario suministrado por el Gobierno marroquí para nuestro uso no puede ser más sencillo: inmensas camas (una á cada extremo de la habitación) de hierro dorado con columnas, de esas que entre nosotros se llaman vulgarmente imperiales; sillas de madera curvada y alguna que otra mesa de pino blanco, cubierta con un tapete de bayeta de color vistoso, generalmente rojo ó azul brillante. Hasta mitad de su altura, las paredes están cubiertas por esos tapices llamados *Jaitis*, hechos de recortes de paño de diversos colores, superpuestos, formando dibujos simétricos, casi siempre arcos moriscos; y sobre los suelos se extienden alfombras de moqueta alemana, que los elegantes marroquíes (en todas partes cuecen habas) tienen el mal gusto de preferir á los hermosos tejidos de Rabat. ¡Que siempre la humanidad ha de hallar mejor lo malo ajeno que lo bueno de casa!

La escalera estrecha, obscura, tortuosa y excusada, con escalones altos y desiguales, conduce á la amplia azotea que corona nuestra vivienda y que, rodeada por una muralla almenada, no deja ver el exterior, excepción hecha de un pequeño terrado más elevado, desde el que se puede contemplar toda la ciudad y el hermoso panorama del valle del Tensif y la cordillera del Atlas. Desde esta altura, la capital de Marruecos presenta un aspecto singularmente original y fantástico, por más que esto sea sólo apariencia. La gran cantidad de jardines, cubiertos de árboles frondosos, comprendidos dentro del recinto de las murallas, y que se extienden en todos sentidos; las azoteas de las casas, formando una serie de planos que se superponen caprichosamente; los casquetes esféricos de las innumerables kubbas; los tejados verdes de los santuarios; los minaretes de las mezquitas, elegantes y esbeltos, todo constituye

un conjunto en extremo pintoresco, y haría creer en una ciudad de hadas si, al observar los detalles y penetrar en la realidad, no se viese que todo aquello no era, en verdad, más que un montón de ruinas, escombros y basuras. ¡Cuántas tardes me gusta pasar en este lugar apartado contemplando á mis plantas la misteriosa ciudad, de la que no surge el más leve ruido, á no ser el que arman los clarines y tambores del ejército, estudiando con entusiasmo sus tocatas, allá en las inmensas llanuras desiertas que rodean la gran mezquita de *la Kotubia*, de cuya torre maravillosa, joya de la arquitectura árabe, suele bajar una melodía triste y quejumbrosa, entonada por el almuedano que á la puesta del sol llama á los fieles á la oración! A su canto contestan sus compañeros desde los otros minaretes, y en el aire se forma un concierto de voces plañideras que parecen llorar la ruina de la ciudad y de la raza, mientras que los que transitan por las calles y plazas solitarias se detienen y comienzan á hacer sus devociones, sin que nada les distraiga de tan piadoso deber. Mientras tanto, el sol declina lentamente, envolviendo en sus últimos rayos á la ciudad, más que dormida, muerta, y los edificios toman, dorándose con aquella luz suave, esos tonos rojizos que han hecho llamarla *la roja*. A los terrados de las casas salen las mujeres, envueltas en sus largas vestiduras blancas, que flotan al aire y las hacen aparecer desde lejos fantasmas creados por la fantasía. ¡Cuántas bellezas admirables habrá entre ellas! A la débil luz del crepúsculo se las ve charlar animadamente y pasar saltando las murallas de una casa á otra, pero á tanta distancia, que apenas se las entrevé ligeramente; y esto dura hasta que las sombras confunden todos los términos y la visión desaparece por completo.

Horas llenas de misterio y de inefable encanto, acrecentado por la melancólica poesía del pasado, que nunca olvidaré. He oído decir que hubo un famoso príncipe musulmán, poderoso kalifa de Córdoba, que se dió el extraño placer de llorar el día de su coronación, cuando, rodeado de fausto y de gran-

dezas, tras revistar sus tropas y recibir el homenaje de los magnates que besaban sus plantas, llegó á contemplar la turba de innumerables mujeres de singular belleza que para su harem le presentaban, pensando que lo mismo aquellas gentiles doncellas, que los apuestos guerreros de su ejército, que el esplendor de su corona, su gloria, sus riquezas y poderío, sus palacios y ciudades, todo en una palabra, todo, había de desaparecer para siempre sin que, dada la imposibilidad de detener un instante la sensación fugitiva y pasajera, hubiera podido disfrutar toda la cantidad de goce que contenía. ¡Qué no hubiera probado aquel príncipe, de tan exquisita sensibilidad dotado, que sabía mezclar voluptuosamente el extremo placer con el dolor, si hubiera podido ver su sentimiento realizado en esta extravagante mezcla de muerte y vida; y aquellas visiones femeninas, charlando alegremente en las azoteas de las casas arruinadas, indiferentes á la civilización decadente y á los monumentos derruídos que las rodean, lo mismo que á esta naturaleza virgen y vigorosa, ansiosa de vivir, que invita á aprovechar tanta cantidad de belleza derrochada, tanta fuente de placer y emoción perdida inútilmente, sin que nadie sea capaz de gozar y disfrutar de ella!

4 de Mayo.

En la plaza que se halla junto á Dar Muley Ali, se levanta la hermosa mezquita de la *Kotubia* ó de los librerios, con su famosa torre, modelo de esbeltez y de elegancia. Según refiere el historiador marroquí el Xiej Ahmed ben Jaled (1) fue mandada edificar por Abd-el-Múmen ben Ali el Cúmi, con objeto de encerrar en ella un libro muy estimado que había mandado traer de Córdoba, y era fama había pertenecido al Kalifa Omar. La construcción del magnífico *Mihrab* se comenzó

(1) Vide su obra ya citada: *Kitab el istikza bi ajbar Dul el Magreb el Akza.*

el año 553 de la Hegira (1175), y en él se colocó el apreciable libro que el Emir Almohade hizo encerrar en una magnífica caja, hecha de maderas finas, forrada con chapas de oro y adornada con multitud de piedras preciosas. Es casi seguro que en el mismo lugar se encontrará aún hoy día.

Respecto al bellissimo minarete, los árabes le atribuyen un origen tan extravagante como fantástico. Aunque la leyenda no es desconocida, no quiero dejar de transcribirla en estos apuntes. Según parece, en la *Zawia Tamilelt*, santuario muy venerado vecino á la ciudad, se conservan los restos de unos gigantes que en tiempos remotos llegaron al pie del Atlas, y complaciéndoles la colosal altura de estas montañas se establecieron en el valle del Tensif, desde donde comerciaban con *Timbuctu*. Desde las llanuras de Marrakesh á la lejana capital de los desconocidos territorios del *Takroun*, llegaban los gigantes con tanta velocidad á causa de su extraordinario tamaño, que no necesitaban llevar agua para atravesar el desierto del Sahara, y si por casualidad tenían sed, hallaban el precioso elemento en la cabeza de su jefe, la que por su elevación siempre estaba cubierta de nieve. Al regresar de una de aquellas expediciones, tuvieron los gigantes, á excepción de uno, la dolorosa sorpresa de hallar que sus mujeres habían muerto por los picotazos que recibieran de una descomunal bandada de cuervos que había invadido dichos campos; y tal fue el sentimiento que de ellos se apoderó, que al poco tiempo todos murieron, salvo aquel que no había perdido á su compañera. Los difuntos fueron enterrados en la *Zawia Tamilelt*, y el gigante que sobrevivió á la catástrofe, en unión de su esposa, fueron quienes construyeron la *Kotubia*. Ella cortaba las piedras en un monte distante dos kilómetros de la ciudad, y él, de pie, y sin moverse del lugar donde se encuentra la mezquita, cogía las piedras de manos de su esposa con sólo alargar el brazo, y las colocaba en su lugar correspondiente hasta terminar la grandiosa obra que debía perpetuar la memoria de su raza. Como prueba fehaciente de la veracidad

de esta leyenda, aseguran que las innumerables piedras que se encuentran en las vertientes del *Guiliz* en rededor de la *Kubba* de Sidi Bel Abbés, son de las que cortó la gigante y sobraron de la fábrica de la torre. Dejando á un lado leyendas y consejas más ó menos fantásticas, lo cierto es que el famoso Emir Yacub Almanzur, después de haber derrotado las huestes castellanas en la fatal batalla de Alarcos (1195), al mismo tiempo que mandaba terminar las obras de la gran aljama de Sevilla y construir el célebre minarete que llamamos hoy día la *Giralda*, hizo edificar esta hermosa obra bajo los planos del mismo arquitecto encargado de dirigir aquellas otras construcciones, un moro sevillano, apellidado Guever ó Hever, que fue quien algunos años después trazó la planta de la torre de Hassan, en Rabat, que ha quedado sin concluir. Según se ha podido observar, los tres edificios presentan grandes semejanzas, y tienen no sólo idéntica forma, sino el mismo número de tramos é iguales proporciones. Como la torre de Hassan, que debía ser la mejor de las tres, no fue terminada, y la *Giralda* ha sido modificada en parte por artífices cristianos, resulta que la *Kotubia* representa en el presente el verdadero ideal del notable alarife árabe, que debió ser sin duda alguna un artista de singular talento y ciencia.

Es imposible imaginar nada más gracioso, airoso, esbelto y elegante que esta deliciosa obra, que vendrá á tener, conforme á nuestros cálculos, unos 60 metros de altura. Toda ella es de piedra de cantería, labrada, sin simetría alguna, en sillares desiguales, diferenciándose en esto de la torre de Sevilla, construída únicamente con ladrillos. Cada una de sus cuatro fachadas, aunque simétricas y ordenadas, presenta un aspecto distinto, exceptuando el último cuerpo, igual en todas, y adornado por una serie de arquitos apuntados y lobulados, sostenidos por pequeñas columnas, que se cruzan y enlazan caprichosamente, formando cuatro huecos; dos hornacinas en los extremos, y dos abiertos en el centro, que hacen un lindo ajimez en cada uno de los frentes. Una ancha faja de ladrillos

esmaltados, verdes y blancos, dispuestos en dibujos geométricos, constituye el entablamento sobre el que reposan unas almenas de piedra que tienen la forma de trapecios dentellados, que terminan la construcción, coronada por una especie de linterna que reproduce en pequeño la misma traza de la torre, adornada con ajimeces y primorosos alicatados de exquisito gusto, con un pequeño friso de ladrillos esmaltados que hace de entablamento, con una serie de almenas idénticas á las inferiores, y cubierta por una cupulilla estriada, revestida de azulejos verdes, que rematan tres bolas de cobre dorado, de diferentes tamaños, superpuestas y sostenidas por una aguda punta de metal. Allí se encuentra también el mástil donde se enarbolan las diversas banderas que señalan las distintas ceremonias del culto.

Cada fachada tiene distintos huecos, situados á diferentes alturas, siguiendo indudablemente la progresión ascendente de la rampa interior que sirve para subir á la terraza. Dichos huecos están inscritos en arcos de variadas trazas, ya apuntados, ya multilobulares, primorosamente exornados con festones y dibujos caprichosos, que no sólo demuestran la mayor riqueza y fantasía decorativa, sino que el monumento pertenece á ese estilo del arte árabe, propiamente llamado morisco ó africano, en que, separándose de todas las influencias románicas ó bizantinas que sufriera durante la primera fase de su florecimiento, se muestra, gracias á los resultados inmediatos de otra civilización, completamente transformado por el uso de elementos nuevos que dan á la arquitectura árabe un carácter particular y muy diferente del que mostró durante su primera época. Buena muestra de este estilo tan característico es la inimitable capilla de Villaviciosa, de la admirable mezquita de Córdoba, con cuyos adornos los de la *Kotubia* presentan bastante semejanza. Realza la extraordinaria belleza de esta torre, que causa la admiración de cuantos la contemplan, el delicioso color dorado que los años y las ardientes caricias del sol han dado á las piedras de esas murallas; y por la tarde,

cuando el sol se oculta tras ella, se presenta en toda su singular hermosura, luciendo sus esbeltas y delicadas formas.

El exterior de la gran mezquita que á sus pies se extiende es bien pobre y miserable. No tiene nada de particular, salvo las ventanas abiertas ó simuladas, situadas á bastante altura, cerradas por tablas de piedra ó estuco, esculpidas de manera que hagan un enrejado que deje pasar la luz. El edificio está completamente aislado en el centro de un inmenso espacio desierto. En las fachadas que miran al Norte y Mediodía se abren las puertas que comunican con el interior: son cuadradas, y están rodeadas por grandes arcos lobulados separados por pilastras. Por dichas puertas puede vislumbrarse algo del interior del templo, es decir, largas naves divididas por pilares que sostienen arcos apuntados, algunos adornados con arabescos, pero todo lamentablemente blanqueado. Presumo que si fuera posible quitar la espesa capa de cal que cubre las murallas, sería más que probable que aparecieran vestigios de la primitiva decoración que, según el testimonio de antiguos escritores, se distinguía por su esplendor y riqueza. En medio de las naves hay un patio con una fuente para las abluciones, y en el extremo que forman las fachadas del Sud y Poniente, pudimos vislumbrar, siempre desde la puerta y con grandes precauciones, pues es sabido el gran recelo con que los musulmanes miran á los cristianos aproximarse á sus santuarios, una especie de capilla en que termina la última nave, cuyo pavimento está revestido con azulejos de esmalte de diversos colores. Nos chocó bastante semejante anomalía, y pudimos averiguar que aquel lujo era en honor de *nueve valientes* allí sepultados, sin que nos fuera posible, á pesar de nuestras indagaciones, saber nada más sobre el particular. La parte superior que cubre el edificio en el exterior forma pequeñas separaciones tejadas, que señalan claramente la división de las naves que, conforme á esta indicación, deben ser nueve en dirección de Oriente á Poniente. También marcan la situación de las capillas. En el interior, la techumbre consiste

en vigas y tablas enlazadas que forman artesonados, decorados con labores y pinturas; algunos escritores aseguran que aquellas maderas son de *arar*, especie sumamente apreciada por su suave perfume y grandes condiciones de resistencia. Precisamente al pie de la torre subsisten los restos de un lindísimo pórtico, constituido por tres arcos multilobulados, hoy tapiados, de dibujo sumamente original. Los tres, así como los pilares en que se apoyan, están contruídos con ladrillos y en el más desastroso estado, siendo próximo el día en que poco ó nada quedará de tan elegante construcción. Debía constituir el ingreso de una galería cubierta que precedería á la mezquita por la parte de Poniente, según puede colegirse por los restos que allí se encuentran.

Antiguamente existían en Marrakesh muy ricas y numerosas bibliotecas, asegurándose que en 1526 pasaban de ciento. La principal de ellas se hallaba precisamente custodiada en esta mezquita, que recibe el nombre de *Kotubia*—librería—por esta causa. También se dice que en una de las grandes cámaras del mismo santuario se conservaba una colección de retratos de muchos de los sultanes magrebinos, y que el Sultán Muley Solimán hizo destruirla, en atención al precepto del Alkorán, que prohíbe terminantemente reproducir nada que viva, y más especialmente el sér humano.

Los vastísimos terrenos que rodean la *Kotubia* están abandonados por completo, siendo un vaciadero de inmundicias, por el que cruzan algunas acequias que forman charcas, á las que los magnates de la corte envían á bañar sus caballos y mulas. Generalmente aquellos lugares están solitarios, á no ser por la tarde, en que los jóvenes trompeteros y tambores del ejército, muchachuelos de doce á catorce años, se congregan allí para estudiar sus tocatas, armando un ruido ensordecedor. La fachada oriental de la mezquita, en la que existe un pabellón que sirve de entrada á la tribuna reservada que ocupa el Sultán cuando asiste á las ceremonias religiosas que allí se celebran, cierra uno de los lados de una plaza, que lí-

mitan por otra parte las murallas del *Dar Muley Alí*, que sólo separa del templo una pequeña calle. Los otros dos frentes de la dicha plaza son formados por tapias de otros jardines y huerta. En una de ellas el propietario permite la entrada—mediante un tanto por el ingreso—á los judíos que allí se reúnen para festejar el Sábado, y entregarse al paseo y esparcimiento, alejados de los árabes, que los tratan con tanto odio como desprecio, sin que les merezcan consideración alguna. Es verdad que las condiciones peculiares de esta raza, su falta de nobleza y valentía, hace á sus individuos en extremo antipáticos. Su amor ilimitado por el lucro, la práctica despiadada de la usura, el servilismo de que hacen gala, les hace incompatibles con gentes tan generosas y arrojadas como son en general los árabes, que les obligan á vivir en lugares reservados dentro de sus ciudades.

Véanse los días de fiesta, en el jardín de que antes hablara, los tipos más innobles y degradados que puedan imaginarse, contribuyendo á aumentar su repugnante aspecto el traje negro y sucio, los cabellos desgredados, la apariéncia sórdida y miserable, la poca nobleza y dignidad de movimientos, y sobre todo el pañuelo á la cabeza que llevan los hombres y que los árabes les precisan á ponerse en señal de menosprecio. Allí tienen su paseo los jóvenes elegantes de afeminada presencia, los viejos sucios y asquerosos y las mujeres guapas, por lo general, con sus grandes ojos negros y rasgados, la nariz aguileña, la tez morena y la fisonomía falta de expresión. En todos ellos se observa fácilmente el grado de abyección y rebajamiento en que viven, inspirando su vista más bien repulsión que simpatía.

Desde las primeras veces que paseé por la dicha plaza, me llamó la atención una puertecita de arco de herradura abierta en una de las murallas que la rodean, y por la que se podía ver una vetusta tumba. Mi interés creció cuando supe que aquel era un lugar sumamente respetado por los habitantes de Marrakesh, por ser aquella tumba la del Sultán Yusef Ben

Taxefin, fundador de la ciudad. El ilustre caudillo que estableció en el trono la dinastía de los Almoravides y engrandeció los dominios del *Emir-al-Mumenin*, quiso ser enterrado modestamente al aire libre, y que el cielo cobijase su sepulcro y los árboles le diesen sombra. No hay allí más que un simple sarcófago de piedra blanca, sin adornos ni inscripciones de ninguna clase, elevado por dos ó tres escalones del suelo, y situado en medio de un pequeño recinto rodeado de murallas. El conjunto no puede ser más austero y sobrio. Impresiona por su misma sencillez, y resulta digno de un hombre que, elevado á la cúspide de las grandezas humanas, supo despreciarlas y anonadarse ante la terrible majestad de la muerte. No quiso conmemorar su recuerdo erigiéndose una tumba fastuosa, como lo hicieron muchos de sus sucesores, que levantaron los monumentos hoy derruidos y abandonados de *Xella* (1), sino fiarlo á la memoria de sus súbditos, á quienes colmó de beneficios elevando su Imperio al mayor grado de esplendor. Si la devoción oficial de los magnates magrebinos ha olvidado este lugar, no ha sucedido lo mismo al pueblo, y todas las mañanas muchas pobres mujeres se reúnen á hacer sus preces junto al humilde y solitario sepulcro del que fuera un guerrero poderoso y temido; extienden ante la puerta una manta en que recogen las limosnas que les arrojan los transeuntes, y arrodilladas junto al sarcófago ó acurrucadas cerca de la puerta, envueltas en inmensos paños blancos y la cara cubierta con un pañuelo que no deja ver más que los ojos, se pasan las horas recitando una especie de rosario, en cada una de cuyas cuentas repiten una invocación á Allah, saludándole con una de sus infinitas cualidades ó atributos.

Siguiendo por la calle donde se halla el sepulcro del fundador de Marrakesh, se llega á la *Mamunia*, casa de recreo de los emperadores, rodeada de jardines, donde es costumbre que

(1) Ciudad vecina á Rabat, hoy arruinada, donde están las tumbas de los califas Almohades, y entre ellas la de Yusef Almanzur.

se alojen las Embajadas extranjeras que visitan la corte, y donde hoy habita la Misión italiana que preside mi antiguo amigo el Excmo. Sr. Malmusi, Ministro de S. M. Humberto I en Tánger. Para nosotros ha sido una verdadera fortuna encontrarnos aquí con tan excelente y simpático colega, que acompañan su hijo Carlos (buenísimo compañero mío) y otros funcionarios. Como nos unen vínculos de amistad y mutuo aprecio, nos reunimos todos los días y pasamos largos ratos conversando alegremente, paseándonos por las frondosas alamedas de naranjos y olivos, que son el principal encanto de la *Mamunia*, ó haciendo excursiones á caballo por las afueras de la población, que Carlos conoce á las mil maravillas. Los enviados italianos llevan seis meses de residencia en la capital magrebina, y no sólo han recorrido toda la ciudad y sus contornos, sino que ya están cansados de la vida aislada y monótona, y de la lucha sostenida con la pasividad de los altos funcionarios marroquíes, que tanto dificulta las negociaciones diplomáticas.

Si la casa de Muley Ali es mucho más hermosa que los tres pabellones que componen las habitaciones de la *Mamunia*, los jardines de ésta son incomparablemente mejores y más extensos. Forman un admirable bosque, que riegan infinitos arroyuelos, y en cuyos árboles anidan innumerables pájaros de todas clases que alegran la umbría con sus variados cantos. La disposición del edificio principal es idéntica á la del interior de Muley Ali, aunque todo es más pequeño. Presenta el mismo patio, rodeado de galerías formadas por arcos apuntados que sostienen pilares de mampostería, con una fuente en el centro y tres estancias largas y estrechas en tres de sus lados. Otro edificio aislado que tiene un gran aposento, al que se sube por una escalera tortuosa, sirvió de habitación al General Martínez Campos cuando vino de Embajador á poner término á los asuntos de Melilla. Estas dos construcciones, que separa un gran estanque, pues la *Mamunia* está ricamente dotada de aguas corrientes, se hallan situadas junto á las murallas de la

ciudad, en la que se abre una poterna que da libre paso á las afueras á los que en ella residen, y desde sus terrazas se disfruta de un panorama encantador, sobre la cordillera del Atlas y la fertilísima vega del Tensif. El tercer pabellón, á que antes aludí, debía ser un lugar de reposo, y está perdido en medio de los jardines. Le llaman vulgarmente pabellón de la Sultana, aunque ignoro á qué deba semejante apelación.

Naturalmente, el principal tema de nuestras conversaciones apenas nos reunimos italianos y españoles, ya en la *Mamunia*, ya en *Muley Ali*, es el asunto que tanto nos preocupa, la enfermedad del Gran Visir, que impide que la Embajada italiana termine sus asuntos, y que la nuestra comience sus negociaciones. Desgraciadamente todas las noticias que sobre el particular recibimos, son bastante graves. El médico español, Dr. Cerdeyra, que nos acompaña, ha sido llamado para asistir al ilustre enfermo, y después de haber celebrado una consulta con sus colegas el Dr. Linares, agente de Francia en la corte sheriffiana, y el inglés Dr. Verdún, facultativo de los ejércitos imperiales, nos dice que es de esperar un desenlace funesto; que aunque la enfermedad que actualmente padece es una simple *grippe* común, la avanzada edad del paciente y las dolencias crónicas (entre ellas la albuminuria), que combaten cruelmente su gastado organismo, dificultan sobremedida una curación que, para afirmarse, necesitaría una larga convalecencia, y un cambio completo y radical en el régimen de vida del poderoso magnate, incompatible con su carácter impetuoso, apasionado y vehemente.

Ba-Ahmed es hombre de grandes bríos y energías nada comunes. Postrado en el lecho, sufriendo los ataques de cruel enfermedad, dirige, sin embargo, la administración del Estado, haciéndose temer y respetar, de manera que mientras aliente, es seguro que cuidará celosamente de que nadie trate de usurpar su omnímodo poderío. Ha asumido en sí todas las funciones del Gobierno, sujetando el monarca á su tutela, é inspirando pavor á todo el mundo, incluso al mismo Sobera-

no, por lo que nadie se atreve á intervenir en nada y arrostrar las consecuencias de su enojo. Por una extraña coincidencia, en estos días ha fallecido uno de sus hermanos; lo que unido á la muerte acaecida no hace mucho tiempo de otro de ellos, Si-Said, que desempeñaba el puesto de Ministro de la Guerra, y á la enfermedad que él mismo padece, hace que el pueblo murmure y llegue á decir, comentando tales sucesos, que los difuntos perecieron envenenados, víctimas de una odiosa maquinación tramada por los enemigos del valido, á quien aguarda también semejante fin; lo que todos verían con singular placer, pues lo mismo el pueblo que los magnates, detestan al que con sin igual tenacidad les impone su voluntad y les somete á sus caprichos. Con todo esto, el despacho de los asuntos oficiales ha sido aplazado y nuestra recepción pública por el Sultán, que, conforme á lo de antiguo establecido por la etiqueta magrebina, debió haberse verificado al tercer día de nuestro ingreso solemne en la ciudad, retrasada indefinidamente; no siendo de esperar que el joven monarca, que para todo cuenta con el auxilio de su Visir, que es quien verdaderamente gobierna, se decida á tomar una resolución que termine esta situación anómala y extraña, incomprensible en absoluto para las Cancillerías europeas, y que aquí no causa el menor asombro. Todos la aceptan con resignación completa, como lógica y fatal consecuencia de la prepotencia del famoso Ba-Ahmed-ben-Musa, que todos se ven precisados á acatar, y como prueba patente y manifiesta de la omnipotente voluntad de Alláh, ante la cual se estrellan los afanes humanos en general, y más especialmente las aspiraciones y vehementes impaciencias de los odiados *rumis* ó cristianos.

5 de Mayo.

La situación no se ha modificado en nada. El Gran Visir, sigue sufriendo alternativas de gravedad ó mejoría, sin que el curso de su enfermedad tome un rumbo definitivo; y los

asuntos oficiales, sobre todo los de orden exterior, continúan aplazados hasta Dios sabe cuando, pues es conocida la despreocupación innata de los musulmanes. Como en Europa nadie puede explicarse lo que aquí ocurre, y á todo el mundo sorprenden tales anomalías, las imaginaciones se han echado á volar, y vista la carencia de noticias, algunos periódicos ingleses (ingleses habían de ser) se han permitido decir, faltando á la verdad en absoluto, que la Embajada española había fracasado, puesto que el Emperador de Marruecos se negaba á recibirla. El deseo de hacer daño y perjudicar á España se manifiesta claramente, ya que no existe ni el menor fundamento para propalar semejante aserto. La verdad es que la dolencia que aqueja á Ba-Ahmed es un gran contratiempo fatal y desagradable, que lo mismo afecta á la Embajada italiana que á la española. La primera tiene todos sus asuntos resueltos, faltando sólo que el Gran Visir firme los protocolos definitivos, y nosotros esperamos que mejore un tanto para poder comenzar las negociaciones, en las que necesariamente tiene que intervenir, por ser también Ministro de Relaciones exteriores. Pero ciertamente no es posible continuar como hasta hoy, y teniendo en cuenta los falsos y mal intencionados rumores que aviesamente corren por Europa, es preciso hacer comprender á S. M. Abdul-Aziz, que es de todo punto necesario que, asistido ó no por su Gran Visir, se resuelva cuanto antes á recibirnos en audiencia pública; y desde luego nuestro Jefe ha entablado negociaciones directas con el *Maghzen* ó sea el Gobierno, para poner fin á semejante estado de cosas. Es de esperar que en breve obtendremos la realización de nuestro justísimo y legítimo deseo.

Mientras tanto, yo, por mi parte, continúo visitando la ciudad y sus interesantes monumentos. Hoy he dirigido mis pasos á la *Kasbah* ó palacio del Emperador, situado en la parte sud, y fuera de Marrakesh. Es inmenso, y lo componen varios grupos de construcciones y vastísimos jardines; porque allí residen no sólo el Sultán, su familia y la legión de mujeres

que le pertenece, sino también muchos personajes de la corte, y numerosos servidores y guardias. Hay también dos mezquitas é inmensos patios, verdaderas plazas, donde el Soberano da sus *meshuares* ó audiencias públicas, y dentro del mismo recinto se encuentran todas las oficinas del Estado. Tantos edificios forman un laberinto de calles, y como otra ciudad, cuya circunferencia exterior podrá tener unos cinco kilómetros, rodeada toda de muñallas, construídas con lo que llaman *tabbi* ó sea una especie de mortero hecho con tierra, arena y cal que apisonan entre dos tablas aplicadas á ambos lados de la pared, que van levantando poco á poco y rellenando por el mismo procedimiento. Dichas murallas están guarnecidas en el interior con torres y contrafuertes á manera de fortaleza que domina la ciudad.

Lo que desde el exterior puede verse, recorriendo las plazas y calles de la *Kasbah*, bien poco interés presenta, todo está ruinoso y desmantelado y nada revela la residencia de un poderoso monarca. Algunos techos cubiertos de tejas barnizadas de verde, rematadas por las consabidas tres bolas de metal dorado, señalan las habitaciones del Sultán y la mezquita reservada que fue mandada construir por Muley Abd-Allah, padre de Sidi Mohammed. Aseguran los moros, que las tres bolas que terminan la techumbre de este santuario, son de oro macizo, y Lempriere, en su curioso *Diario de viaje de Tánger á Tarudant* (1789-90), dice que su origen es el siguiente: una de las mujeres del glorioso Emperador Yacub-Almanzur, hábil maga muy entendida en las ciencias ocultas, al ver que su esposo embellecía tanto á la ciudad de Marraskesh, no quiso dejar á la posteridad menos recuerdo que él, y con el fin de que su memoria pasase gloriosa á las generaciones venideras, vendió todas sus alhajas de oro y plata, y las muchas piedras preciosas que poseía, y con el producto que reunió mandó fundir las referidas bolas, asistiendo ella misma á la operación y recitando mientras tanto misteriosos conjuros que unían á ellas los destinos de la ciudad. Después dijo que las colocaran

en la mezquita reservada de palacio, donde se custodian cuidadosamente, pues de su conservación creen los árabes que depende la felicidad é independencia del Imperio. Es imposible comprobar si hay algún fundamento que autorice este dicho, y creer bajo la fe de su palabra lo que pretenden los moros.

Ali-Bey, que según relata en su curioso libro (1)—uno de los mejores que se han escrito sobre Marruecos—le fue dado penetrar varias veces en el interior del palacio imperial, nada refiere acerca de dichas bolas y de su curiosa historia. Describiendo lo que pudo ver, dice que, después de pasar la puerta que comunica con la plaza del *Meshuar*, hay que atravesar un patio destinado á los guardias, y llegar luego á otro en cuyo centro se encuentra una pequeña *kubba* ó casita cuadrada, elevada algunos pies del suelo, cuyo interior está cubierto de tapices y guarnecido con algunas almohadas. En este lugar se sientan los ministros y altos dignatarios de la corte aguardando las órdenes del Soberano, sirviéndose comida, cena y refrescos á los que allí permanecen. Dejando atrás esta especie de antecámara y el patio en que se halla, se entra en un vestíbulo donde se sitúa otra guardia y los pajes de servicio, y, finalmente, en un jardín en el que hay dos pequeñas *kubbas* de madera, en una de las cuales recibe de ordinario Su Majestad Scheriffiana. Este jardín es de forma regular, hermoso y bien cuidado, está plantado de naranjos y bien provisto de flores y plantas aromáticas: en su centro hay un cuadrante solar. Según prosigue refiriendo el erudito general español—que en todo este pasaje transcribo—en el interior del palacio existen hermosas habitaciones construídas á la europea, con grandes balcones que dan al jardín, y un bellissimo salón cuadrado primorosamente adornado y con algunos tapices por todo mueblaje. Esta habitación se halla en el primer piso, y da lás-

(1) VIDE: *Viajes de Ali-Bey el Abbasi* (D. Domingo Badía Lebich) por Africa y Asia durante los años 1803, 4, 5, 6 y 7.—París, librería de los señores Salvá é hijo, 1836.

tima ver la escalera tan mal colocada, tan obscura y sobre todo tan mezquina que á ella conduce.

Creo firmemente cuanto dice Ali Bey, que gozando de la amistad del Emperador Muley Soliman, debió visitar varias veces la parte reservada de palacio, en la que ninguno de nosotros ha de penetrar. Además, hé podido comprobar la veracidad y exactitud de muchas de sus descripciones, pues como en Marruecos los edificios y costumbres se mantienen indefinidamente, casi todo se halla del mismo modo que á principio de siglo, época en que el intrépido viajero recorrió la Mauritania.

Nosotros hemos llegado hasta la Plaza de Armas, ó sea el *Meshuar*, donde se verificará la audiencia pública. El salón del trono de los Sultanes magrebinos no puede ser más sencillo. Un inmenso paralelógramo, rodeado de murallas, que limitan por dos partes los jardines del *Agudal*. En uno de sus frentes hay un pequeño pabellón denominado *Kubba Suera*, que tiene en su piso superior un gran balcón, desde donde el Emperador presencia la *fantasia* ó juegos de correr la pólvora que se ejecutan para celebrar las solemnidades de las grandes pascuas del carnero y *Mulud*. Al lado contrario, después que la muralla lateral ha hecho un codo, estrechando bastante la superficie, se forma otro patio más pequeño, cerrado por tres lados por soportales, en que se instalan las oficinas del Gobierno, y precisamente en su fondo se abre la puerta principal, que comunica con el interior, puerta modesta, de arquitectura sencilla y arco de herradura, simplemente blanqueada y sin adornos de ninguna clase. Unicamente la flanquean dos torreones, dándole aspecto de entrada de fortaleza más bien que de palacio.

La muralla de la parte Sud tiene otra puerta que da paso á una nueva plaza más reducida y también rodeada de muros; esta otra puerta tiene mayores pretensiones arquitectónicas, con un arco de herradura, inscrito en otro de medio punto lobulado, sus dos columnas de mampostería con capiteles figu-

rados, que sostienen un entablamento, y su coronamiento almenado con dos linternones en los extremos, que hacen de ella uno de los monumentos más pintorescos de Marrakesh, aunque toda su traza y la calidad de sus groseros adornos de yeso, pintarrajados con colores crudos y vistosos, revelan una época de absoluta decadencia y mal gusto. Lo demás de la plaza, con su gran estanque, recuerda más bien el corralón de una granja que otra cosa. Como por la tarde recibe S. M. Sherifiana á los kaides y gobernadores de las kábilas del Imperio, ante la puerta del Palacio hay gran cantidad de sirvientes que manteniendo del diestro hermosas mulas, ricamente enjaezadas, aguardan la salida de sus amos. No tarda mucho en terminar la audiencia, y podemos ver á los magnates montar sobre sus caballerías y emprender la marcha formando la más gallarda y soberbia comitiva que pueda darse. Caminan pausadamente, dejándose llevar por el paso suave de sus monturas, arrellanados en las altas sillas de montar morunas, los piés engargantados en ricos estribos dorados y damasquinados, sujetos muy alto, las piernas recogidas, y cabalgando de ese modo característico africano que nuestros antepasados llamaban á *la jineta*. Casi todos visten con elegancia suma el *jaique*, esa prenda tan airosa, que rodea dos ó tres veces sus cuerpos, envolviéndolos por completo y cubriendo sus cabezas, que ciñe el turbante con numerosas vueltas, á manera de capucha ó cogulla; y llevan por encima el *albornoz*, especie de capa de paño blanco, que forma pliegues caprichosos y les da majestuoso aspecto. Sus figuras son por lo general hermosas y viriles, lo mismo los mancebos gallardos y distinguidos, de gentil continente y apostura, que los viejos venerables de luenga barba cana y patriarcal presencia. A cada lado de la mula que montan, marchan por lo menos uno ó dos criados, y su mayor número demuestra la mayor posición y riqueza del jinete, que poseído de su dignidad y grandeza, tiende una mirada indiferente sobre cuanto le rodea, y ni siquiera se fija en los pobres plebeyos que se apartan respetuosamente á su paso,

contemplando quizá con envidia tanto fausto y opulencia, sin pensar que bien poco tienen que envidiar á los magnates marroquíes, expuestos á ser víctimas de los caprichos de un Soberano despótico, que puede desposeerlos, sin el menor fundamento y ante la más leve sospecha, de la noche á la mañana, de todas sus riquezas y poderío, y encerrarlos en una triste y fétida prisión, donde padecerán olvidados y abandonados por todos el poco tiempo que puedan soportar una vida miserable y abyecta, como ocurrió precisamente—citando este caso entre otros muchos—á *Mohammed el Zeguer*, Ministro de la Guerra del difunto Sultán Muley Hassan, que recibió con el mayor esplendor en ese hermoso palacio de Muley Ali, que hoy habitamos, entonces su vivienda, al General Martínez Campos y á su séquito, obsequiándoles con fastuoso banquete, y que al poco tiempo, privado de sus grandezas, iba á parar á una obscura y lóbrega mazmorra de Tetuán, donde sigue y seguirá encerrado hasta que un nuevo capricho de su señor, el *Emir-al-Mumenin*, haga rodar su cabeza ó le devuelva con exceso sus perdidos bienes, que todo es posible en este extravagante y curioso país, en que le parece á uno vivir hace ocho siglos, en plena Edad Media.

Fuí siguiendo de lejos la lucida cabalgada, admirando su pintoresco aspecto y la noble postura de los caballeros que la formaban, y tras ella salí del *Meshuar*, recorriendo en su compañía un laberinto de calles estrechas y tortuosas, llenas de polvo y basura, y bordeadas por casuchas inmundas, ruinosas ó miserables, en las que habitan los numerosos esclavos del Sultán, hasta desembocar en una encrucijada donde se levanta la mezquita de Muley Yazid, hermoso edificio cuya fachada presenta líneas regulares, bien ordenadas y bellas, en medio de su marcada sencillez. Fórmala un solo cuerpo no muy elevado, dividido en partes iguales por pilastras, en cuyos intervalos se dibujan elegantes arcos apuntados, ya cerrados por el muro, ya dando paso al interior. Sobre las pilastras se apoya un cornisón bien trazado, con alicatados de

estuco, un friso, y una línea de almenas dentelladas que disimulan la techumbre. Desde la puerta puede verse que el interior afecta la forma de un claustro rectangular, con galerías laterales que circundan un patio con una fuente en el centro, notándose desde luego el mismo defecto que se observa en la *Kotubia*, es decir, que la altura general del edificio no está proporcionada con su extensión, defecto peculiar á la arquitectura árabe, del que no se escapa ni la maravillosa mezquita cordobesa.

En uno de los ángulos de la mezquita de Muley-Yazid, que fue edificada, conforme á datos fehacientes, por el famoso Yacub Almanzur, es decir, en la época de mayor esplendor del arte morisco, se alza un minarete que, en sus reducidas dimensiones, es una preciosidad. Aseméjase mucho en su hechura á la famosa torre que construyó el arquitecto sevillano Hever, de la que antes me ocupé y continuamente admiro; y está toda revestida con azulejos esmaltados de brillante color verde, sobre los que se extiende una red de caprichosos ornamentos formados por ladrillos de su color natural. Dan luz á su interior preciosos ajimeces lindamente decorados, y su conjunto, rematado por las consabidas almenas dentelladas y su correspondiente linterna, resulta tan elegante como graciosa muestra de ese estilo del arte árabe, llamado africano, que se distingue por sus adornos de estuco y ladrillos vidriados. Una ancha grieta, abierta en una de sus fachadas, testifica el hecho narrado por el Xiej Ahmed-ben-Yaled (1) de que, corriendo el año 981 de la Hegira (1603), los cristianos cautivos que estaban detenidos en la Alcazaba de Marrakesh pretendieron hacer saltar por medio de varias minas cargadas de pólvora esta mezquita fundada por Almanzur, un viernes, á la hora en que allí se hallase el Sultán Muley-ex-Xiej con toda su corte, haciendo sus oraciones; no pudiendo llegar á conse-

(1) VIDE, su obra ya citada: *Kitab-el-istilca li ajbar Dul al Magreb el Akza*.

guir su objeto por haberse apagado una de las mechas, aunque de resultas de la explosión parcial se rasgó la torre y se quebrantó bastante el edificio.

Lo referido por el historiador marroquí me hace suponer que las derruídas casitas y el confuso laberinto de callejuelas, muchas de ellas sin salida, que rodean por tres de sus lados á la mezquita de Muley-Yazid, debían formar parte antiguamente de la *Sagena* ó barrio que habitaban los cautivos cristianos, que según múltiples testimonios, se hallaba situado dentro del recinto murado de la *Kasbah*, de donde se sale por esta parte atravesando la bellísima puerta de *Aguinao*, el mejor monumento arquitectónico de Marrakesh, después de la admirable y nunca bien ponderada torre de la *Kotubia*.

Esta hermosa puerta, construída también por orden del ilustre Yacub Almanzur, á quien se deben los más bellos edificios que se conservan en la capital del Imperio y en la ciudad de Rabat, que llenó de magníficos monumentos, es toda de piedra dura; pareciendo mentira que un pueblo que en el siglo XII daba pruebas de tan exquisito gusto artístico, haya caído en el grado de postración y embrutecimiento en que se encuentra hoy día. La magnífica puerta de *Aguinao*, con sus delicadas labores, tan elegantes como variadas, no desmerecería lo más mínimo colocada al lado de las geniales construcciones árabes similares que embellecen á Toledo y á Granada. Y conste una vez más que hablo de *motu proprio*, por simple impresión de artista estudioso, que goza con analizar sus sensaciones y compararlas, sin pretender imponer á nadie las conclusiones á que llega.

He de tratar de dar una idea, siquiera sea ligera, de tan bella construcción, que yo juzgo superior á la celebrada puerta del Sol, gala de la imperial Toledo. Imaginémosnos tres arcos de herradura superpuestos, inscritos en otro cuarto de medio punto, los primeros lobulados y caprichosamente exornados con delicados arabescos, el último, compuesto por sillares dispuestos simétricamente, con salientes alternadas que for-

man estrías, y este conjunto inscrito en un cuadrilátero terminado por una orla también trabajada con verdadero derroche. Pero donde los artífices medioevales hicieron ostentación de su exuberante ingenio fue en ambos tímpanos, cubiertos por follajes, hojarascas y arabescos, ejecutados primorosamente en relieve sobre la piedra dura. Limitan tan bella traza dos elegantes pilares de sillería, terminados por esbeltos linternones casi destruídos, rematando la obra un cornisón con su correspondiente friso, sobre el cual debían asentarse las consabidas almenas dentelladas, de forma trapezoidal, que coronan por lo general toda construcción árabe. Lástima que la parte superior de esta primorosa joya del arte morisco esté abandonada á las cigüeñas, que allí construyen sus nidos y que seguramente acabarán por arrancar poco á poco los sillares de su lugar correspondiente. Esta puerta, que comunica la *Kasbah* con la ciudad, sería digna de dar entrada al más suntuoso palacio del mundo.

Como la excursión del día ha sido larga, la noche me sorprende en la estensa plaza que precede á la puerta de *Aguinao*, que he contemplado durante largo rato, admirando los tonos dorados suavísimos con que el sol poniente embellecía la piedra roja de sus murallas. La brillante cabalgata de los magnates marroquíes se había dispersado por las distintas callejuelas internándose en la ciudad; por mi parte creí conveniente regresar á *Dac Muley Ali*, pues á más de no encontrar prudente pasearme por aquellos lugares después de anochecido, deseaba saber si durante mi ausencia se habían recibido noticias del *Maghzen*, si las gestiones entabladas por el Ministro habían dado los resultados apetecidos, y si al fin se sabía la fecha de la audiencia solemne.

Al llegar á casa supe con verdadero placer que S. M. *Abdulaziz*, comprendiendo lo justo y razonado de nuestras pretensiones, se había determinado á recibir la Embajada de España cuanto antes, fuese cual fuese el estado de su valido, hecho verdaderamente extraordinario en la vida del joven *Sobé-*

rano, que hasta ahora jamás se atrevió á ejecutar ningún acto sin contar con la autorización de su obligado tutor Ba-Hamed.

No obstante, aun no se sabe con certeza la fecha en que seremos recibidos.

6 de Mayo.

En atención á las noticias recibidas ayer, hemos pasado el día ultimando los detalles de la audiencia pública que habrá de celebrarse cuanto antes. A pesar de que todo estaba convenientemente dispuesto, ha habido necesidad de convenir la forma en que serán entregados los regalos á S. M. Sheriffiana, habiéndose establecido que horas antes de la fijada para la recepción serán transportados en acémilas del Sultán, á la plaza del *Meshuar*, y que figurarán allí durante el tiempo que dure la audiencia. El discurso que en el solemne acto deberá leer el Representante de S. M. Don Alfonso XIII, ha sido convenientemente traducido al árabe, sacándose las copias de estilo que habrán de entregarse al Soberano. Como en este país todo es extraño y anómalo, sabemos que la recepción se celebrará cuanto antes, quizás mañana, pero ignoramos datos concretos, es decir, el día y la hora, sin que nadie pueda suponer si Ba-Hamed asistirá á la ceremonia, ejerciendo sus funciones de Gran Visir, ó será representado por algún otro personaje. Según los doctores, el enfermo sigue grave, pero su robusta naturaleza le presta inusitados bríos.

Ya anocheado, seguíamos en el mismo estado de indecisión. Por último, á las diez de la noche han venido á avisarnos que mañana á las siete y media de la mañana pasará á recogernos el *Kaid el Mashuar*, Introdutor de Embajadores, para presentarnos á su Señor, el Sultán de Marruecos. Hemos recibido el anuncio con júbilo, y cada cual se ha retirado á su habitación un tanto impresionado, al pensar en el solemne acto que presenciaremos mañana.

RAFAEL MITJANA.

(Continuará.)

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
AYUNTAMIENTO DE BARCELONA

FIESTAS NUPCIALES DE LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

Han reinado en España, desde que con el matrimonio de los herederos de las Coronas de Castilla y Aragón y las conquistas de los Estados peninsulares que quedaban independientes, formóse la confederación y unidad de la Monarquía española, diez y seis monarcas, cuyos fastos familiares se han confundido con las emociones más íntimas de toda la nación. Fue la antigua Monarquía en todos los Estados de la Península, hasta las transformaciones del siglo XIX, la misma Monarquía patrimonial y de derecho divino que aún subsiste, con sus históricos caracteres, en Rusia, en Alemania, en Austria, á pesar de los nuevos signos que imprime á estas dos últimas el influjo de las instituciones representativas, y en la misma Inglaterra, á pesar de sus revoluciones y del influjo secular que en ella alcanza su inmemorial Parlamento. Con todo, al llegar los Estados peninsulares á su feliz concentración, perdieron el sello que desde sus primeras constituciones, al emprender la reconquista juntamente, les imprimió el feudo eclesiástico y el feudo señorial, y todas las instituciones que vivieron dentro del Estado se sometieron ya á la absoluta y suprema regalía de la Corona. Las fiestas nupciales de los Príncipes tomaron desde entonces el tinte de fiestas enteramente nacionales, é, indiscutible la elección soberana de los monarcas, nadie se atrevió á poner la menor frase de censura en lo que hacía inviolable la propia indemnidad del Trono.

Bajo monarcas como los Reyes Católicos, D. Fernando y Doña Isabel, Carlos V y aun Felipe II, el norte de todos los enlaces regios lo dirigió un pensamiento político en armonía con los nobles principios de nacional engrandecimiento, que canonizaron los actos de todos estos monarcas. Los Reyes Católicos, con la mira perpetuamente puesta en la idea de la preponderancia que para su cetro conquistaron en toda la política del universo, fueron los que en la elección de consortes para su hijos con mayor celo atendieron á la dirección fundamental de esta política. No sólo á su primogénito Don Juan lo enlazaron en aquella casa de Borgoña, que asentada, por una parte, en la frontera septentrional de Francia, y por otra contando con derechos de predilección á la elección del Imperio, contenía por un lado la tradicional inquietud de las ambiciones francesas y mantenían por otro la fuerza del poder preponderante en todo el mecanismo político del corazón del continente, sino que, para hacer más sólida la alianza que buscaban, dieron al heredero de los Estados Condales de la Baja Alemania, en quien había además de recaer *in jure* la corona del Sacro Romano Imperio, la segunda de sus hijas, aquella Doña Juana de Aragón, espíritu delicado, en quien la cultura de la inteligencia era tan superior como la exquisita sensibilidad de su alma, y á quien el exceso de los afectos íntimos llegó á desequilibrar tristemente las nobles facultades de aquella naturaleza tan distinguida.

Después de la alianza con Alemania, los Reyes Católicos pensaron, con la misma solicitud, en la alianza con Inglaterra; de modo que, así como en el centro del continente procuraban hacer pesar su influjo, que les aseguraba la completa indemnidad de sus Estados peninsulares con los vínculos estrechos que nacían de aquellos matrimonios, de la misma manera la alianza con Inglaterra, sostenida por el enlace de la Infanta Doña Catalina, primero con el Príncipe Arturo y después, por la muerte prematura de éste, con su hermano Enrique VIII, les aseguraba la misma preponderancia en el mar.

que por España y Colón se abría al curso de la civilización, y que por los matrimonios de Don Juan y Doña Juana dejaban determinada también la otra parte de las fronteras que limitaban la Galia Bélgica y Holanda, hasta tocar con las vertientes de los Alpes. Nada temían por esta parte, ni por la navegación del Mediterráneo, de las inquietudes tradicionales de su rival. La posesión de las grandes islas del mar de Italia y las conquistas encomendadas á la espada del gran Gonzalo Fernández de Córdoba, en las opulentas provincias de Nápoles, prestaban á su poder político y militar posiciones demasiado inexpugnables para poder desarrollar en toda su vasta esfera el plan grandioso de sus empresas civilizadoras.

No se propusieron los Reyes Católicos intentar contra Portugal ningún género de arranques como los que, después de la muerte de la Reina Isabel, llevó á cabo Fernando V contra la Monarquía de Navarra, feudataria de Francia, y aun contra la Monarquía de Luis XII, quitándole el Rosellón, que, para la seguridad de nuestra propia integridad en la Península, nos es tan necesario como la posesión de Orán para nuestra dilatación comercial en el Mediterráneo, la neutralidad del Atlas para nuestro perfecto reposo por el lado del Sur y la amistad del Rhin para nuestra total independencia; por el contrario, en lugar de pensar en conquistas, para lo que les hubieran dado pretexto las hostilidades que quedaron desarmadas y vencidas en la batalla de Toro, sólo trataron de estrechar, por medio de alianzas matrimoniales, aquella feliz inteligencia que, con origen, intereses y destinos comunes, debieran fundir en un solo espíritu y en una sola dirección las dos nacionalidades hermanas. Así ofrecieron la mano de su primogénita, doña Isabel, al Príncipe heredero de la otra Monarquía peninsular, y muerto dolorosamente el Príncipe Don Alfonso de la caída de un caballo, en Santarem, volvieron á enlazar á su viuda con el Duque de Beja, Don Manuel, declarado heredero de su solio por su tío el Rey Don Juan II. Viudo el Rey Don Manuel de nuestra augusta Infanta doña Isabel,

todavía opusieronle en segundo matrimonio la mano de su hija menor Doña María, los Reyes Católicos. No fueron estos los últimos matrimonios políticos discernidos entre las dos coronas peninsulares, en su anhelo persistente de fundirse por el amor, como se habían fundido las coronas de Aragón y Castilla. Segunda vez viudo de la Infanta Doña María el Rey Don Manuel de Portugal, tomó tercera mujer en la Infanta Doña Leonor, hija de Felipe el *Hermoso* y de la Reina Doña Juana, sus cuñados; en tanto que el Rey-Emperador Carlos V se casaba á la vez con la hija de Don Manuel de Portugal y de Doña María de Aragón, con aquella Emperatriz Doña Isabel, de cuya hermosura y virtudes la imaginación romántica del pueblo construyó la leyenda de la conversión del ilustre Duque de Gandía, San Francisco de Borja.

Todavía otra hija de Felipe *el Hermoso* y Doña Juana *la Loca*, la Infanta Doña Catalina, hermana de Carlos V, estuvo casada con el Rey D. Juan III, mientras que, perseverando siempre en la hermosa idea de la aproximación conyugal, Carlos V casaba á su primogénito, Felipe II, con la Infanta Doña María, hija de aquel Rey lusitano, á la par que al primogénito de éste, el Príncipe Don Juan, le consagraba el tálamo de su hija la Princesa Doña Juana, padres del Rey aventurero Don Sebastián. En todos estos enlaces sólo se advierte una dirección política tan tenaz como determinada, que todavía, en realidad, no se hallaba en estado de perfecta madurez, cuando el lamentable fracaso de las empresas africanas de este último monarca portugués cerca de Arcila, impelió al Rey Felipe II á la incorporación de aquel Estado á sus colosales dominios. No se frustró, sin embargo, aquella empresa ni por las hostilidades á que influencias rivales de Felipe II de España impulsaron al Prior de Ocrato, ni por la resistencia que ofreció la rebelión de las islas Terceras; y el reconocimiento de las Cortes de Tomar hubiera establecido á perpetuidad el mismo estado jurídico permanente é indisoluble entre Portugal y Castilla que se estableció entre Castilla y Aragón con el

patrimonio de los Reyes Católicos, si ya después de la segunda viudez de Felipe II la dirección marcada por sus augustos antecesores no se hubiera interrumpido. Asedió Francia perpetuamente á España, viéndose, por consecuencia de la política de los Reyes Católicos en los casamientos de sus hijos, rodeada del poder de España por una y otra frontera marítima y por una y otra frontera terrestre de la cintura de hierro en que el astuto y constante Fernando V logró encerrarla con sus conquistas y con sus alianzas. En aras de la paz, Carlos V, después de Pavía y de la prisión de Francisco I en Madrid, transigió en los puntos cardinales de la política de su Augusto abuelo, el Rey de Aragón, dando en gaje de la humillación sufrida al Rey francés la mano de su hermana doña Leonor, viuda del Rey Don Manuel de Portugal. Esta transacción, por lo pronto, no perturbó el giro de la política heredada del monarca aragonés; pero su sucesor, que en sus dos primeros matrimonios con la Infanta doña María de Portugal y con la Reina de Inglaterra, María Tudor, había proseguido las acertadas inspiraciones del fundador glorioso de aquella política de alianzas, al contraer su tercer matrimonio con doña Isabel de Valois, todo lo sacrificó á los intereses momentáneos de la paz; pudiéndose decir que en aquel enlace recibió su herida más profunda la política de Fernando el Católico, que, encadenando á la Francia, había asegurado para dos siglos la preponderancia de España en el mundo.

Puede también sostenerse que desde el matrimonio de Felipe II con doña Isabel de Valois, los enlaces de nuestros Príncipes perdieron para siempre el carácter que imprimieron á los de sus hijos los Reyes Católicos. Estos fundaron en ellos una fuerza defensiva, no sólo de conservación, sino de incesante progreso, para el continuo é indefinido progreso de su Imperio. Después del matrimonio de Doña Isabel de Valois, los que posteriormente se han contraído, así bajo los demás reinados de los Monarcas de la casa de Austria, como en los de la casa de Borbón, ó han sido meramente enlaces de familia, ó

enlaces de transacción ó enlaces del acaso, pero de ningún modo matrimonios inspirados por la dirección fundamental y perenne de una política nacional. El mismo Felipe II lo sufrió con sus propias hijas. El matrimonio de la Infanta Doña Catalina con el Duque de Saboya Carlos Manuel *el Grande*, no le conquistó siquiera en Italia un aliado permanente, y con ser tan hermosa, tan discreta y tan elegante la Infanta Doña Isabel Clara Eugenia—la primer dama de Europa en su siglo,—ya en las horas de su agonía, concertó el Rey Felipe su matrimonio con el Archiduque Alberto, que, mediante bula pontificia, tuvo que desnudarse de la dignidad cardenalicia con que había sido purpurado, para poder gobernar, por el Rey de España, los Estados de Portugal y de Flandes; porque de no haber sido así habría tenido que parar aún su doncelléz en los claustros de las Descalzas Reales. El cuarto matrimonio de Felipe II con doña Ana de Austria y el de su heredero Felipe III con la Archiduquesa Doña Margarita, fueron sólo expedientes de familia, sin representar siquiera ni una fusión de la sangre, ni una fusión de intereses. Bajo el nombre común de la casa de Austria, las coaliciones de Europa hostilizaban sin descanso á la casa Imperial de Inspruck y á la casa Real de Madrid; pero contra los Austrias del Imperio luchaban los protestantes de todas las comuniones por conquistar las libertades que apetecían, y contra los Austrias de España Francia restauraba las luchas seculares que había sostenido aquella Corona con la de Aragón, proponiéndose, como al fin lo obtuvo, no sólo desceñirse de la cintura de hierro en que la encerró la política de Fernando V, sino arrojarnos primero del corazón del continente, después de Italia, y por último de todas las riberas mediterráneas que conquistó y guarneció nuestro poder. La política de Francia, para obtener estos resultados, valióse de los mismos medios de que Fernando V se había valido para alcanzar su preponderancia: es decir, de la política de los matrimonios regios, pero con la diferencia de que, así como los matrimonios que los Reyes Ca-

tólicos concertaron para sus hijos les dió por resultado aquel haz de alianzas en que pudieron fundar los cimientos robustos de su poder y de su influjo en el continente, los matrimonios recabados por Francia para sus Príncipes ó con sus Príncipes en el hogar de la Corona española, llevaron por punto de dirección introducirse en el seno de aquel poder para minarlo y desarmarlo. Si esto no se empezó á realizar enteramente en el matrimonio de Felipe II con doña Isabel de Valois, tuvo ya todo su completo colorido en los dobles matrimonios de Francia y España, así para dotar de cónyuges recíprocos los tálamos de Luis XIII y de Felipe IV, como para crear la familia de Luis XIV. Todos estos matrimonios se hicieron por España por prendas momentáneas de los intereses de la paz. Todos se concertaron mediante la cláusula expresa de la absoluta imposibilidad de la incorporación de coronas, renunciando los contrayentes sus derechos hereditarios en el hogar que dejaban. Realmente la incorporación nunca se llevó á efecto. Pero el advenimiento del Duque de Anjou á la sucesión de Carlos II, fue la negación palmaria de aquellos pactos solemnes. Ni el matrimonio de Felipe IV con Doña Isabel de Borbón, ni el de Luis XIII con Doña Ana de Austria, aseguraron la paz entre las dos Monarquías. El de Luis XIV con la Infanta María Teresa, no impidió los continuos despojos de que los ejércitos de este Rey hizo víctima á España en todos sus dominios continentales, y la sucesión de uno de sus nietos en el solio español sólo nos produjo las desmembraciones espantosas del Tratado de Utrecht.

Desde la proclamación de Felipe V ninguno de los matrimonios de nuestros Monarcas y Príncipes puede ser considerado como matrimonio político, hasta que á la muerte de Fernando VII se planteó el de la Reina Doña Isabel II y el de su augusta hermana la Princesa de Asturias, Doña María Luisa Fernanda. Aquel matrimonio dió lugar á los celos de la influencia que se disputaban en España, desde la muerte del Rey y la protesta de su hermano el Infante D. Carlos María

Isidro, Francia é Inglaterra, que habían celebrado con España y Portugal el tratado de la cuádruple alianza, á fin de salvar estas dos últimas naciones, en situación política parecida, de caer en el régimen de la Monarquía del derecho patrimonial. Francia, en cuya Monarquía reinaba Luis Felipe de Orleans, rodeado de ilustres estadistas, logró imponerse á las soluciones de concordia que, en nombre de la política de la Santa Sede, elocuentemente defendía en la prensa española el insigne filósofo cristiano D. Jaime Balmes, y á las soluciones que la Gran Bretaña estimulaba, apoyando mansamente un matrimonio que arrancara á España del yugo secular de su vecina. Luis Felipe despertó la política de Luis XIV, la política del *pacto de familia*, la política de Napoleón con su hermano el Rey José, la política de la Monarquía restaurada con su intervención armada de 1823, y ya que no le fue permitido poner en el trono de Príncipe consorte uno de los miembros de su familia, se satisfizo con anular las soluciones nacionales y las soluciones británicas, apoyando el casamiento de la Reina Doña Isabel con uno de los hijos del Infante Don Francisco de Paula Antonio, y el de la Princesa doña María Luisa Fernanda con el Príncipe D. Antonio de Orleans, Duque de Montpensier. La intervención que Francia tuvo en estos matrimonios y la que después se arrogó sobre el Gobierno de España, hasta el punto de que uno de nuestros Embajadores en París, el Duque de Frías, habiéndole dicho en cierta recepción en casa del Conde de Rigny el Ministro de Negocios Extranjeros Duque Decazes: — *Je m'occupe de vous defaire de Mr. de Reyneval* (Embajador francés en Madrid): *Je crois qu'il ne vous sert pas bien. Je veux faire le bien de l'Espagne*— el Duque de Frías tuvo que contestarle: — *Pour l'amour de Dieu: laissez nous le faire nous même*,—fue de tal modo mal quista en Europa, que no hay publicista del continente que no haya asentado por incontrovertible que los matrimonios de España fueron la causa de la caída de Luis Felipe del trono.

Matrimonios de familia, ó matrimonios indiferentes, los que contrajeron Felipe V en Cerdeña y Parma, Luis I en la misma familia de la casa real francesa, de donde él procedía, aunque en una de las ramas secundarias, también la de los Orleans-Montpensier, Fernando VI en Portugal, Carlos III en Sajonia, Carlos IV otra vez en Parma y en el seno de los hermanos de su padre, Fernando VII en Nápoles, en la nueva casa del Brasil, en Sajonia y otra vez en el reino de las Dos Sicilias; acaso no estuvo bien acordado el de la primogénita de Doña Isabel II con su primo el Conde de Girgenti en el momento de la crisis profunda que sufría la casa real de Nápoles, despojada de sus Estados para constituir la unidad de Italia, y el mismo del Rey Don Alfonso XII con su prima la Infanta Doña María de la Mercedes de Orleans-Borbón, fue combatido por algunos por las mismas razones políticas, que hicieron inoportuna y fatídica, para sus abuelos reinantes en Francia, la de sus augustos padres. Aunque nacida y educada en España, esta Princesa, aunque en España había corrido una parte de la sentencia de proscripción que la revolución de Alcolea había fulminado contra el trono de la que era el jefe de su familia, al fin y al cabo provenía y era inmediata descendencia de un Príncipe francés, que, aunque excluído con todos los suyos del imperio soberano de Francia, sostenía sus derechos genealógicos contra la República proclamada por el voto universal de los pueblos. Los que combatieron aquel matrimonio, y el que escribe estas líneas fue á la cabeza de todos, no tuvieron otra razón que la de impedir entre los dos Estados vecinos aquella comunidad de intereses que engendran los vínculos de familia, y que, desde los casamientos de Ana y de María Teresa de Austria con los dos Luises XIII y XIV, fueron la pendiente por donde España perdió su preponderancia en Europa, su representación gloriosa en la Historia y hasta casi su personalidad en el senado de las naciones, girando por más de dos siglos en la órbita de su misión que nos impuso la sucesión de Carlos II.

No sucedió lo mismo en el segundo matrimonio del Rey Don Alfonso XII con la actual Reina Regente Doña María Cristina de Austria, madre de Alfonso XIII y de la augusta Princesa de Asturias doña María de las Mercedes de Borbón y de Hapsburgo, cuya unión conyugal con el Príncipe de la antigua casa real de las Dos Sicilias Don Carlos de Borbón se aproxima. Los que en España conocen la propia historia y estudian en ella las ignotas reivindicaciones que á largos plazos el dedo de la Providencia permite que se realicen en ella, vieron en aquella feliz unión la solución de uno de esos grandes problemas que en los pueblos de larga vida quedan pendientes, por más que la distancia los haga olvidar á muchos, y que no quedó perfectamente zanjado en el dado militar que se jugó en la batalla de Villaviciosa, al efectuarse el cambio definitivo de una por otra dinastía en España. Por más que los escritores del siglo XVIII, que en Francia se arrogaron hasta el privilegio de rectificarnos y escribirnos á su sabor nuestra propia historia, hayan procurado falsificar la noción de lo que España había debido al Imperio de la casa de Austria, los que saben depurar en el crisol de la crítica razonada la verdad de las cosas, no pueden menos de sentenciar con sabio fallo que, después de haber llegado las antiguas Monarquías peninsulares á la cúspide de sus engrandecimientos bajo el trono venturoso de los Reyes Católicos, Don Fernando y Doña Isabel, el enorme aumento de poder y fortuna que tuvo en el siglo XVI la nueva Monarquía confederada ó unida, por aquéllos creada, se debió casi exclusivamente al advenimiento de la casa imperial de Alemania al trono de España, por la sucesión de Felipe I *el Hermoso* y doña Juana *la Loca* en aquel genial soberano, Carlos V, que sólo tiene su igual en la Historia en el primero de los Césares romanos. La casa de Austria, en España, representa la excelsa cumbre de todo nuestro poder en el mundo, y su total proscripción á la muerte de Carlos *el Hechizado* nos hizo merecedores de la ingrata fortuna que desde entonces nos cabe. El último de los Austrias, á

quien la leyenda formada por los que vinieron después hasta á envenenarnos la historia, todavía dejó íntegro á España el imponderable edificio de su político poder en la vasta extensión de nuestros ópimos dominios. Después de su muerte y después del cambio de la dinastía que en él se representaba, fue cuando de desmembramiento en desmembramiento España ha venido á parar á la situación en que se halla, muy inferior en provincias á las que llegaron á gobernar Isabel I de Castilla y Fernando V de Aragón, aun sin los descubrimientos del Nuevo Mundo, después de las conquistas granadinas, las del Gran Capitán en Nápoles, las del Duque de Alba, don Fadrique, en Navarra, las del mismo Rey Católico en el Rosellón, las del Cardenal Ximénez de Cisneros en Orán y las del gran ingeniero Pedro Navarro en Trípoli. Los que escriben al dictado de inspiraciones ajenas por no registrar los testimonios más verídicos de los documentos propios, se han ensañado vilmente con el reinado de la casa de Austria en España, considerándolo como un largo período de fanatismo religioso, de estancamiento científico y de tiránicos gobiernos. ¡Qué errores, y qué vergüenza que estos errores, por dos siglos, hayan sido prohijados en España!

Convertida por la acción del tiempo y de los sucesos la dinastía francesa que, después de la batalla de Villaviciosa vino á dominar definitivamente en España sin contradicción sobre la expulsión de la casa de Austria, en dinastía esencialmente nacional, sobre todo después del suplicio de Luis XVI, que cortó el nudo de dependencia de las demás ramas de la misma familia con el trono caudal de Francia, y después de las heroicas reivindicaciones nacionales que, empezando en la jornada épica del 2 de Mayo de 1808, acabó en la rotura de las cadenas oprobiosas de Valencey en 1813, nuestra resurrección nacional nos imponía estas olvidadas reivindicaciones de la Historia, en cuyo número ninguna levantaba más altos clamores que la reconciliación de las dos antiguas dinastías soberanas: la de la casa de Austria, excluída de nuestro solio

por la sucesión de Carlos II, y la de la casa de Borbón, emancipada del yugo de origen y convertida en eminentemente nacional por los generosos y sangrientos sacrificios de España. Desde el segundo matrimonio de Felipe IV con la hija de su hermana la Infanta-Emperatriz María y del Emperador Fernando III, doña Mariana de Austria, ningún otro matrimonio se había concertado en dos siglos entre la Monarquía real española y la Monarquía imperial de Austria-Hungría. La actual Reina Regente, Doña María Cristina de Hapsburgo-Lorena, vino al segundo tálamo de Alfonso XII, á llenar y cumplir esta alta, esta noble reivindicación. ¿Quién sabe, en el tiempo, cuáles serán los efectos providenciales de aquella unión, que hoy nos ofrece la proximidad de un nuevo reinado en D. Alfonso XIII, y la proximidad del enlace de la primera Infanta, heredera, la Princesa de Asturias Doña María de las Mercedes, con otro Príncipe proscrito de los derechos de la antigua casa real de las Dos Sicilias, D. Carlos de Borbón, realizando, á su vez, en este matrimonio, otro acto de reconcentración de las ramas de la casa de Borbón hacia el trono ya nacional y caudal de España? En los grandes arcanos de la Historia el ojo del estadista poco logra alcanzar, porque sólo obra la mano providente de Dios. Lo que el estadista puede obrar para tener la seguridad del acierto, es dejarse conducir por los ignotos dictados de Dios.

En la larga enumeración de nuestras nupcias reales, desde la constitución definitiva de la Monarquía española por los señores Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel, siempre la alegría de los pueblos ha respondido al regocijo interior de nuestros Príncipes. Los matrimonios reales en España desde Recaredo los festejó la Iglesia cubriéndolos con las bendiciones del cielo. La nobleza antigua feudal se incorporó á sus solemnidades con el mismo fervor con que celebraba sus más íntimas emociones de familia. El pueblo los celebró con entusiastas festividades. La sociedad más culta les consagró el homenaje de las letras, y las artes se disputaron después el

honor de reproducir las efigies de los venturosos contrayentes, modelando ostentosos monumentos, vaciando medallas conmemorativas y fiando al cincel y al lápiz conservar en ilustradas impresiones los fastos de tan gloriosas celebridades. Las fiestas palatinas, eclesiásticas y populares agotaron todas las formas de la embriaguez del entusiasmo. El lujo derrochó tejidos preciosos, pulidos ornamentos y brillantes pedrerías. Y el archivo de estas felices efemérides en los cuatro últimos siglos de nuestra Monarquía ofrece el tesoro espléndido de tantas delectantes tradiciones con la uniforme expresión de la lealtad exaltada y de la profusión de los más nobles sentimientos. Estas fiestas á la vez se produjeron en el seno de nuestra corte y en el cónclave de nuestros pueblos, y en las cortes de donde procedían los augustos contrayentes y en los pueblos por donde pasaban en románticas y bulliciosas cabalgatas.

Al caer el siglo xv se realizó la mayor parte de las bodas de los hijos excelsos de los Reyes Católicos. Hernando Vázquez de Tapia, Gómez Manrique, Pedro Gracia-Dei, Juan del Encina dejaron en *coplas* ilustres los fastos de los matrimonios del Príncipe Don Juan con la Archiduquesa Margarita y del Archiduque Felipe *el Hermoso* con la Infanta Doña Juana. La base del *Cancionero* de García de Rezende en Portugal se sustenta de los epitalamios consagrados en las fiestas nupciales de su Infante Don Alfonso con nuestra Infanta Doña Isabel, y desde Londres el bachiller Alonso Sánchez de Badajoz transmitió á España los festejos con que en la corte de Enrique VII de Inglaterra fue recibida aquella Infanta Doña Catalina, que diputada para el tálamo del Príncipe Arturo, en el de Enrique VIII conquistó por sus heroicas virtudes las palmas inmarcesibles del cielo y de la Historia. Vasco Díaz Tanco de Fregenal nos conservó en su *Triumpho Nuptial Vandálico* la curiosa relación, versificada, de las fiestas en que ardió Sevilla por el casamiento *del imuictissimo Carlo quinto, emperador de Rhoma, con la serenissima dona Isauel de Portugal, y viuda*

de Don Manuel su hermana Doña Leonor, y dada su mano en prenda de reconciliación al prisionero de Madrid, Francisco I de Francia, si el tránsito de la excelsa cónyuge hasta Bayona fué una continuada repetición de festejos, desde Bayona á París toda Francia celebró con frenesí el recobro de los rehenes reales y la conquista de aquella mujer tan seductora para el tálamo de su monarca rescatado. Los opúsculos de Guillermo Bachetel, *imprimés par le commandement du Roi, nostre Syre*, impugnan todas las contradicciones de los escritores que sostuvieron después la rivalidad envidiosa del Rey Francisco hacia el gallardo Emperador.

Salamanca, en 1543, aclamó á la Princesa María de Portugal, que al venir á España á sus desposorios con el Príncipe de España, Felipe II, encontró en la ciudad fronteriza los refinados obsequios del Obispo de Cartagena y del Duque de Medina Sidonia, que con numeroso y espléndido acompañamiento se hallaban allí delegados para recibirla. El cronista real Juan Ginés de Sepúlveda, nos informa después de la llegada del Príncipe, de las ceremonias nupciales y de los bailes y cuadrillas que para festejar á la regia esposa se verificaron, dejando pasmado al Conde de Vimioso, de la grandeza desplegada por el ínclito Guzmán de la casa ducal de Medina. A los segundos enlaces de este mismo Príncipe, en Inglaterra, con la Reina Doña María Tudor, descritos por Juan de Barahona, concurrió la mitad de la grandeza de España. Lució en ellos la Reina, sobre la gorguera de brocado bordada de perlas, el cabezón de piedras preciosas de cuyo centro salían en luminosos reflejos las irradiaciones del diamante y rubí que antes le había enviado con el Marqués de las Navas, al llevar la joya, el Príncipe contrayente, y quedaron por recuerdo perpetuo de las solemnidades fastuosas del palacio de Winchester, los agasajos de la Reina María á la Duquesa de Alba, á quien en sus estrados trató como á Reina. Los otros dos matrimonios de Felipe II, primero con doña Isabel Valois y después con doña Ana de Austria, emularon en ostentación, sobre

todo el primero, á los que se celebraron en 1554 en Londres. Enrique II no juzgó aquel enlace como una nueva efeméride de familia, sino como el mayor suceso de su reinado, y las relaciones que mandó escribir y publicar sobre él llevaron en sus propios títulos el sentido trascendental político que el monarca francés le atribuía, llamándolas: *Discours des triomphes du mariage du Roi Catholique d'Espagne et de Madame Elisabeth fille du Roi très Chrétien Henry II de ce nom*. A la recepción de la novia en la frontera de Roncesvalles, lugar señalado en nuestros romances heróicos de la Edad Media, fueron enviados por el Rey el Cardenal de Burgos, D. Francisco de Mendoza, y el Duque del Infantado, D. Iñigo López de Mendoza. Pamplona, capital de Navarra, palpitó con las primicias de aquellos fiestas nupciales; pero D. Alonso Núñez de Castro describe en su *Historia de Guadalupe* las que el Duque don Iñigo preparó en esta ciudad, cuyo fiel relato tiene en su propia realidad la pasmosa ponderación de una novela de fantasía. La alegría del Rey fue tal que, la noche de las bendiciones, después del espléndido banquete de corte, autorizó el sarao, y él mismo bailó *la pavana, el alto, la alemana y el pie de gibao*. El lujo que se desplegó no cabe ni en una leyenda de *Las mil y una noches*, y Felipe II, el Rey austero de las fábulas de la Historia póstuma, vestido de calza y jubón blanco cuajados de oro de cañutillo y piezas de martillo, ropa francesa de terciopelo morado toda llena de oro y pedrería, al decir de un cronista del tiempo, comportaba en aquel traje el peso de *un quintal y seis libras*, siendo la vestidura más rica que jamás se había visto. No le encontró todavía rendido por los años su cuarto matrimonio con la Archiduquesa Doña Ana de Austria en 1570. Segovia fue el teatro de aquel fausto acontecimiento; y Doña Ana, después de haber recibido en Praga y en Nimega los homenajes y las dádivas del Duque de Alba D. Fernando, y en Burgos los de toda la casa de Mendoza, tras las concurridas ceremonias de Segovia, hizo su entrada triunfal en Madrid con la ostentación y aparato que nos

dejó descrito en un libro admirable el Maestro de nuestro gran Cervantes Saavedra, Juan López de Hoyos, catedrático del estudio de la coronada villa.

No concluyó el reinado de Felipe II sin asistir á otra gran fiesta nupcial en Zaragoza y preparar las de su heredero y las de su hija predilecta. Las celebradas en la capital de Aragón en 1585, fueron las de la Infanta Doña Catalina con el Duque de Saboya Carlos Manuel *el Grande*, y coincidieron con la celebración de las Cortes de Monzón. El Príncipe del Piamonte entró en la histórica ciudad del Ebro el domingo 10 de Marzo con más de cuatrocientos caballos de posta, y el Rey Felipe, con todos los Grandes y Caballeros de las dos coronas, le salió á recibir. Aunque no fueron bodas de herederos inmediatos del trono, la poesía festejó el suceso por la lira de los dos Argensola, á la sazón muy jóvenes, y la Historia por la pluma del más ilustre de los cronistas aragoneses. El Príncipe Juan Andrea Doria mandó desde Barcelona la galera real que condujo á los nuevos cónyuges á Italia; y para que Felipe II, ya achacoso, concurreniera personalmente á la despedida, se formó, por los Cancilleres de la ciudad condal, un puente que, arrancando desde el umbral de Palacio, adelantaba hasta el mar, y á cuyo extremo atracó la hermosa nave, cuyas cámaras, suntuosamente adornadas, visitó á pie enjuto el excelso Monarca.

Aunque preparadas por él las fiestas para el doble casamiento de su hijo y sucesor Felipe III y de su hija predilecta la Infanta Doña Isabel Clara Eugenia con los Archiduques hermanos Margarita y Alberto, aquellas nupcias no se verificaron sino después de su muerte. A la Infanta y á su consorte había adjudicado el gobierno perpetuo de Flandes, que ya el Archiduque ejercía; y con este motivo, desde que el Condestable de Castilla llegó á Viena á llevar las joyas á la Archiduesa-novia, fueron un continuo estallido de fiestas, ya por uno, ya por otro de los dos hermanos, las ciudades capitadas en los Condados de los Países Bajos y las del Austria y Bo-

hemia, Ferrara y los demás pueblos de los Estados Pontificios por donde aquellos Príncipes atravesaron; Milán, de donde el Condestable era Gobernador, Pavía y otras ciudades de Italia, y toda la costa levantina de España, en cuya capital, Valencia, los Archidukes habían de desembarcar. Los dobles matrimonios se verificaron con pompa inusitada en Denia, y cronistas del suceso fueron Lope de Vega, Luis Vélez de Guevara y Gaspar de Aguilar. Valencia amplió el programa de sus festejos; y para el retorno á Madrid, habiendo antes concurrido en Barcelona al embarque de los Archidukes Isabel y Alberto, las fiestas se reprodujeron con verdadera emulación de agasajos en la ciudad de los Condes, en Zaragoza y últimamente en la villa donde se había fijado el asiento de la Corte.

Hay entre los papeles de los jesuítas que custodia la Real Academia de la Historia, una relación manuscrita de la entrada de los jóvenes monarcas recién casados en Madrid el domingo 24 de Octubre de 1599, en la que se lee este curioso párrafo: «A la tarde, que la hizo muy buena, habiendo acudido toda la corte con mucha gala y contentamiento á San Jerónimo, salió Su Majestad por una puerta que por defuera de la cerca se abrió, á caballo en una hacanea blanca, vestida de raso azul acuchillado, forrado de tela de plata y bordado de oro de cañutillo el campo, con el tocado galán, aunque bajo por la gola y la gorguera, muy discretamente aderezada para su rostro, que, según le habían afeado los de la jornada, pareció ayer muy hermosa, y cierto que lo parece y es, y que no han tenido razón, pues en un rostro muy blanco y de muy lindo color, bonísimos ojos y no tan malas narices como la hacían, se puede disimular la no muy hermosa boca que tiene, que aunque parece defecto el labio alto no tan befo como el de abajo, mirado bien no lo es, porque toda la boca junta hace buena gracia.» Claro es que estas observaciones eran, ó de fraile, ó de cortesano; porque en las críticas de los Palacios sólo se emplean los que por su continua familiaridad en ellos, en

lugar de reverenciarlos, los manosean con lengua impía. La Reina Margarita, de quien los que fueron á la jornada para traerla á Madrid, formaron los conceptos que del párrafo transcrito se traducen, fue despues por sus ejemplares virtudes, así en el trono como en el hogar, el ídolo de España. Su matrimonio con Felipe III tuvo el mismo carácter de familia que puede atribuirse al cuarto de Felipe II con Doña Ana de Austria. Los nuevos matrimonios políticos esencialmente, comenaron á la muerte de aquella Reina tan idolatrada, aunque en el propio reinado de su viudo Felipe III.

Determinó el reinado de este soberano el momento crítico de la Monarquía española, que en los tres anteriores había llegado á la cima de su grandeza. Felipe II, reconociendo en su sucesor escasas condiciones de sagacidad para la suprema dirección de un Imperio de quien nadie era leal amigo, sólo trató de dejarle allanado el camino, teniendo garantizada por todas partes la paz. Tuvo ocasión Felipe III de restaurar, vigorizándola, la política de Fernando el Católico y de Carlos V, y para ello ofreciósele un campo fértil de acción en la situación de Inglaterra, la eterna enemiga de su padre, y que en momento crítico también como España, ante la proximidad de la muerte de la Reina Isabel y las dudas que existían en los Estados británicos acerca de su sucesión, venía la suerte á ponérsela en las manos por la propia iniciativa del que había de ser su heredero, Jacobo VI de Escocia. Temeroso el hijo de Enrique y de María Stuart de que en la falta de sucesión directa de la Reina Isabel y en el estado en que las pasiones políticas se hallaban, enconadas principalmente por las luchas religiosas, su herencia se prestase á nuevas perturbaciones en los Estados británicos, se echó enteramente en brazos del monarca español, reclamando su alianza, y solicitando su ayuda para ocupar el trono próximo á vacar. Por prendas de estos auxilios y vínculo de aquellas alianzas, Jacobo, en lo político, le prometía la conciliación de los asuntos religiosos, trabajando por reincorporar los tres Estados de Inglaterra, Escocia é Irlan-

da á la comunidad de la Iglesia católica, y en lo familiar, no sólo le pedía la mano de la Infanta Doña Ana para su primogénito el Príncipe Federico, á quien se disponía á enviar á España para que fuese educado á la sombra del Rey Felipe, sino que á la vez demandaba el concurso del monarca español para negociar los esponsales de su tierno hijo menor, Carlos, con otra Princesa católica de la casa ducal de Saboya. Cambiáronse las embajadas de una y otra corte para esta negociación; mas mientras de la de España se exigían al Rey Jacobo mayores concesiones que las que racionalmente podía otorgar, murió, por una parte, la Reina Isabel, dejándole designado por su heredero, y por otra, el espionaje y la intriga de Francia logró apercibirse de aquellos tratos, y á toda costa se empeñó en obstruir las alianzas angloespañolas que se dibujaban en perspectiva. Movidó por el acicate de Enrique IV, el Papa Clemente VIII intervino, y su intervención fue el principio del fracaso de aquellos planes, que al solio pontifical de Roma había de engrandecerlo con la suspirada sumisión de Inglaterra. En el laberinto de gestiones diplomáticas que de estos hechos surgió, Francia no vió otro camino de anular enteramente los pensamientos en que tan interesados se hallaban lo mismo el Rey Jacobo que el Rey Felipe, que destruir la negociación entablada para los matrimonios del Príncipe británico con la Infanta española, proponiendo el enlace de la hija mayor de Felipe III con el heredero del trono francés. Menores de edad todos los novios de las tres Coronas, María de Médicis, á pesar de los trágicos lutos que llevaba del Rey muerto á manos de Ravailac, continuó la negociación y la intriga fue apoyada por Paulo V con tanta perseverancia, que al caborrompiéronse con Inglaterra los tratos pendientes, cuya amargura pudo conllevar Jacobo I con más resignación después de haber sufrido el duro golpe de la pérdida de su primogénito, arrebatado prematuramente por la muerte.

De la maraña de estos sucesos brotaron los casamientos, que los escritores franceses del tiempo apellidaron *heureuses*

alliances de France et d'Espagne, y cuya publicación se hizo en los primeros días de Abril de 1612. La alegría en París fue tal, que las fiestas de la publicación se prolongaron hasta Mayo, y una sola fiesta, llamada entonces en Francia *corrre lanzas á la Quintana*, y que equivalía á nuestros *estafemos*, duró ocho días continuados. A nuestro Embajador el Duque de Pastrana, encargado de llevar *la joya* á Madama Isabel de Borbón, y que se presentó en París llevando ciento treinta acémilas de recámara con cargas de moneda, cántaros y escaleras de plata, y reposteros de terciopelo bordado y con barrotes del mismo metal, al cuidado de más de doscientos criados de librea, se le hicieron tales agasajos, que hasta los Reyes se hallaron tras las celosías de una casa particular para presenciar la entrada del magnate español, rodeado y obsequiado por toda la pairía de Francia. Por acercarse al Duque se cometieron todos los desatinos que son tan propios del carácter novelero y atrevido de los franceses, y sus libertades llegaron hasta el punto de que, según refiere una *relación* de la jornada de nuestro Embajador, el día que se firmaron las capitulaciones (25 de Agosto), convidado el Duque de Pastrana á un festín en Palacio, cuando éste acabó, «se entró una pieza más adentro donde estaban puestas mesas con muy gran colación; los Reyes, sin sentarse, fueron tomando de ella y dando al Duque de Pastrana, y estando comiendo de esta manera, y las Princesas hablando con mucho gusto con todos, el natural de los franceses no pudo sufrir tanto orden y concierto, y embistieron con las mesas y no dejaron conserva, ni empanada, ni fruta, ni plato; que todo andaba por el suelo». Por nuestra parte el Almirante de Castilla, los Duques de Maqueda y de Uceda, y el Conde de Saldaña, fueron los destinados á obsequiar con más decoro al Embajador francés, Duque de Mayenne, á quien, mientras permaneció en Madrid, dispuso el Rey Felipe se le diera para su plato cada día 20 carneros, 2 vacas, 4 terneras, 50 conejos, 50 perdices, 150 palominos, 50 pichones, 50 tórtolas, 8 perniles, 20 capones de leche, 8

cargas de vinos varios, 600 huevos, cantidad proporcionada de azúcar, canela y frutas regaladas y otros muchos regalos á este tenor. Después, cuando presidida por el Rey en persona púsose en marcha la regia comitiva para entregar en el Puente de Behovia á la Infanta Ana para el tálamo de Luis XIII y recibir á la Princesa Doña Isabel de Borbón para el del Príncipe de Asturias, Felipe IV, la impedimenta constituyó un ejército de carros, coches y literas que comportaban un arsenal de bordados, joyas y diamantes. En cuanto á fiestas, no cesaron un solo momento, así en Francia como en España, desde París á Burdeos y desde Burdeos á París, y desde Madrid á San Sebastián y desde San Sebastián á Madrid, siendo ellas asunto que ocuparon muchas plumas tan elocuentes como la de Pedro Mantuano, Luis Vélez de Guevara, el doctor Cristóbal Suárez de Figueroa, Andrés Almansa de Mendoza, en España, y otro sinnúmero de escritores, François de Rosset, Jean Baudoin, Claude Malingre, del lado de allá de los Pirineos.

Felipe III no presenció más fiestas nupciales en su reinado; pero el problema planteado por el Rey Jacobo de Escocia en los primeros años de aquel siglo con España, volvió á renacer apenas montó sobre el trono Felipe IV. Todavía Inglaterra quería ser la aliada de España, y jamás Príncipe núbil alguno tuvo el gallardo arranque que realizó el Príncipe de Gales, Carlos Stuart, hijo del Rey Jacobo, presentándose inopinadamente en Madrid á solicitar por sí mismo la mano de la Infanta Doña María de Austria, de quien se había enamorado por el retrato que le proporcionó nuestro Embajador en Londres, el Conde de Gondomar. Aquella tentativa participaba de los dos aspectos supremos que pueden tener los matrimonios entre Príncipes: el del interés político y el de las inclinaciones del corazón. El Rey Jacobo, insistente siempre en nuestra alianza, lo ambicionaba, considerando que el auxilio de España le era conveniente, ya para la solución de los asuntos político-religiosos del interior de sus Estados, ya para ob-

tener en Alemania y en Roma las reparaciones que se debían al Conde Palatino del Rhin, casado con su hija la Princesa Isabel, á quien se había despojado de sus Estados, distribuídos entre el Emperador, Baviera, Roma, y otros Príncipes y potentados. Respecto al otro concepto, el Príncipe de Gales había concebido una verdadera pasión por nuestra Infanta, en la cual supo inspirar el mismo sentimiento cuando se conocieron en Madrid. ¿Fue esquivo Felipe IV á estos amores del Príncipe de Gales, Carlos Stuart, y á los pensamientos políticos del Rey Jacobo? ¿Lo fue el Ministro de aquel monarca, D. Gaspar de Guzmán, ó tiene algún fundamento la novela de las secretas emulaciones que se despertaron entre él y el Duque de Buckingham, que acompañaba como Ministro, Consejero y amigo al Príncipe británico? Estas suposiciones fueron las fábulas de la habilidad y de la intriga. Felipe IV recibió á corazón abierto á Carlos de Gales; el Conde-Duque de Olivares quedó prendado de sus egregios huéspedes, y los dos, consultada la propicia inclinación de la Infanta Doña María, se dispusieron á realizar aquel idilio de amor y aquella alianza ventajosa. ¿Quién impulsó el error que hizo frustrar aquellas alianzas y aquellos matrimonios? ¡Harto ha escrito sobre esto el que estas líneas bosqueja! Francia, Roma, Viena y Bruselas, en concierto y en intriga inaguantable y común. ¿Fue realmente de Felipe IV y de su valido omnipotente la estrecha responsabilidad de aquel error ante la Historia.? También cupo á Roma una parte no menos severa de aquella responsabilidad en lo que á los intereses de la reincorporación de Inglaterra á la unidad de la Iglesia toca. El criterio de Urbano VIII en esta materia, no puede ser considerado leal. Movidó por la influencia de Francia, el Papa obstruyó absolutamente con sus pretensiones el casamiento del Príncipe de Gales, Carlos Stuart, con la Infanta María de Austria, por la disparidad de confesiones religiosas; mas cuando este matrimonio se deshizo, Urbano VIII no tuvo dificultades que oponer al matrimonio del Príncipe calvinista con la Princesa En-

riqueta de Francia, tan católica como nuestra Infanta Doña María.

Las bulliciosas fiestas con que se celebraron las estancias del Príncipe de Gales y del Duque de Buckingham en Madrid, ni tienen número por su aglomeración, ni tienen descripción posible por los derroches que en ellas hicieron la fe popular, la opulencia de nuestros magnates, la alegría general de la nación y la grata esperanza de nuestros Príncipes. El entorpecimiento que de Roma y Viena se opuso á las negociaciones, las instancias que de Bruselas y de París llegaban, prolongaron la estancia del Príncipe británico en Madrid más de lo que consentían las prácticas de aquel tiempo, las inquietudes y dudas del Rey Jacobo y la expectación de toda la nación inglesa. Al cabo partió el de Gales sin su prometida, y de aquellas tentativas frustradas, que dejaron dos hondos duelos, en las habitaciones recónditas del alcázar de Madrid y en las habitaciones recónditas del palacio de Windsor, sólo quedó esta nómina deslumbrante de obsequios recíprocos. Regaló el Príncipe de Gales al Rey Felipe IV una espada guarnecida de oro y diamantes tasada en 16.000 ducados; á la Reina Doña Isabel un diamante triángulo de 24.000 ducados, y unas arracadas de dos perillas de diamantes, de 12.000; al Infante D. Carlos de Austria, una sortija de un diamante punta al aire, de 5.000 ducados; al Infante Cardenal D. Fernando, un pectoral de diamantes, de 8.000, y á la Infanta doña María, su prometida, la sarta grande de perlas y un áncora con cinco diamantes, evaluado todo en 80.000 ducados; unas arracadas de diamantes, de 20.000, y otras dos arracadas, con dos perlas, las mayores que se habían visto, sin precio, así como otra sarta de perlas espléndidas. A cada uno de los Gentilshombres de la Cámara, sortijas de á 2.000, 1.500 y 1.000 ducados cada una; á las Damas de la servidumbre, joyas por valor de 800 ducados cada una; al Conde-Duque de Olivares, un diamante con una perla pendiente, de 16.000 ducados de valor; á la Condesa de Olivares, una cruz de diamantes, de 6.000, y á su hija doña

María de Guzmán y de Zúñiga, dos sortijas, de á 3.000. Por parte del Rey Felipe, se regaló al Príncipe británico 14 caballos con sus mantas de terciopelo carmesí, el primero con silla de borrenas y aderezo de terciopelo bordado de cañutillo de oro, y en el arzón una espada y una pistola guarnecidas de oro y diamantes; 24 potros; 12 yeguas; cuatro cajones, el uno con hojas de espadas de Toledo, otro con ballestas, otro con pistolas y otro con arcabuces; dos garañones con sus hembras; la pintura de la Venus, del Tiziano, que estaba en el Pardo, y la pintura de la Virgen, San José y Niño Jesús, del Corregio. Al Duque de Buckingham le regaló un cintillo de diamantes gruesos, sin precio; al Conde de Carley, 24.000 ducados en diversos objetos, y para el Príncipe y Buckingham, otros 10 caballos, seis potros y cuatro yeguas con sus mantas de terciopelo, 100.000 ducados en joyas varias, 40.000 en otras pinturas y olores, y promesa de otros cien caballos. La Reina Doña Isabel regaló al Príncipe dos sillas de mano guarnecidas de oro, y otra de concha y oro, y la Infanta Sor Margarita de Austria, le mandó desde su convento de las Descalzas Reales, ropas blancas exquisitas con olores en preciosos escritorios.

Matrimonio y alianzas quedaron después de la partida anulados de todo punto, y hasta 1629 no se pensó de nuevo en el matrimonio de la Infanta Doña María con el Rey Fernando de Hungría, después Emperador. A cargo del Duque de Alba, don Antonio Álvarez de Beaumont y Toledo, estuvo la jornada y entrega de la Princesa; mas, á pesar de los años transcurridos y del casamiento de Carlos I de Inglaterra con Enriqueta de Borbón, en el alma de aquélla no se había borrado su recuerdo. En las negociaciones para su matrimonio se movió sólo el Gabinete sin intervenir su voluntad, y de Madrid salió poseída de una tristeza tan grande, que se mandó que la siguiera una compañía de comediantes para que la distrajeran por el camino. Felipe IV, la Reina Doña Isabel y los Infantes D. Carlos y D. Fernando, la acompañaron hasta la raya de Aragón;

pero ni las fiestas que al paso le ofrecieron Zaragoza, Barcelona, Nápoles, diversas ciudades de Italia y últimamente Viena, no consiguieron en mucho tiempo curarla de la profunda melancolía de su espíritu. En Augusta se le obsequió con la representación de un drama titulado *Pazzia di Orlando innamorato de Angelica*; en Viena hubo en su honor carros triunfales, sarao de Archiduquesas, comedia española y sortija, de que fue mantenedor el Rey, su marido; pero nada la distraía, y la Infanta, ya Reina y después Emperatriz, no tenía más que un placer: el sueño. «Se nota que se levanta tarde—escribía el mismo Duque de Alba al Rey;—pero entienden que esto se remediará.»

De aquel matrimonio, puramente de familia también, no redundó otro provecho á España que haber producido su tálamo la segunda esposa que para asegurar su sucesión, muerto el Príncipe Don Baltasar Carlos, tomó en edad proveyta Felipe IV. También este matrimonio del Rey con su sobrina, la tierna é infortunada Doña Mariana de Austria, sólo tuvo el alcance político de la conservación de la dinastía de los Austrias en España. Pero esta providencia también frustróla el destino, no habiendo concedido generación al Rey Carlos, que quedó con la corona como fruto de este enlace. A pesar de todo, aun á Felipe IV estaba reservado presidir otro matrimonio real, tan mal inspirado por la previsión política en lo que al interés de España concernía, como al de su propia familia. Este fue el que en 1659 se concertó entre el Cardenal Julio Mazzarino y el Ministro de Felipe IV, D. Luis Méndez de Haro, para la unión de nuestra Infanta doña María Teresa de Austria con el Rey de Francia Luis XIV. Así á la salida del Marqués del Carpio de Madrid para Irún, como á la de Mazzarino, desde París para San Juan de Luz, se dió un artificio de inmensa sensación en el número de las carrozas, coches, carros, acémilas, caballos de regalo y servidumbre, que por una y otra parte se llevó á la conferencia que habían de celebrar. Suscribióse en ella la paz entre las dos Coronas, y suscribió

ronse los esponsales entre los dos Príncipes núbiles, y cuando á ratificar todos estos pactos el mismo Felipe IV emprendió su jornada á la isla de los Faisanes para conducir á la frontera de Francia la futura mujer de Luis XIV, se compuso su comitiva, conforme al testimonio de Leonardo del Castillo, historiador del regio viaje, de 18 literas, 70 coches de Su Majestad y de los señores, 2.100 acémilas cargadas, 60 caballos de montura para las fiestas y para regalar, 12 caballos para el Rey, 500 mulas de carga, 900 mulas de silla y 32 carros largos ó galeras. La expedición duró desde el 15 de Abril de 1660, en que se salió de Madrid, hasta el 26 de Junio, en que el Rey llegó de retorno á la Florida, desde donde, con la Reina Doña Mariana y la Infanta doña Margarita, se dirigió al santuario de Atocha, á la acción de gracias, sin tocar en la capital. Para aquellas bodas, lo mismo que antes se había practicado cuando las de la Infanta doña Ana con Luis XIII, el 2 de Junio en Fuenterrabía, se verificó el acto solemne de las *renunciaciones* de la señora Infanta. La Historia dice el valor que estas *renunciaciones* tuvieron al morir Carlos II, el último de los Austrias.

A la muerte de Felipe IV, su viuda y tutora de su sucesor, la Reina Doña Mariana, se apresuró á negociar el matrimonio de la Infanta Doña Margarita con su hermano el Emperador Leopoldo. La Historia ignora el motivo de aquel apresuramiento. El bastardo del Rey Felipe IV, Don Juan de Austria, que tan poderosa cuña fue para la destrucción de España, agitado por sus febriles ambiciones desde que el Rey su padre lo recluyó á Consuegra, sede de su priorato, sacándolo desautorizado de las fronteras de Portugal, había concebido el proyecto de que se le consintiera casarse con aquella Princesa, su medio hermana, para poder ser legitimado en la sucesión de la Corona si llegaba á desgraciarse el Príncipe Carlos II. Don Juan, no sólo había consultado para esto el parecer de los teólogos de la Universidad de Lovaina, sino que, aprovechando una de las últimas jornadas de Felipe IV en Aranjuez, pidióle licencia para venir á presentarle un cuadro que había pintado

de su propia ingeniatura, y puede considerarse la sorpresa del Rey al verse retratado en aquel lienzo en la figura de Saturno bendiciendo la unión conyugal de los hermanos Júpiter y Juno, en quienes el pincel de Don Juan se había retratado á sí mismo y á la Infanta Doña Margarita. Con estos antecedentes, muerto el monarca, la Reina Doña Mariana no se consideraba tranquila contra cualquier audaz atropello, conociendo la índole de Don Juan.

Los dos casamientos que hizo el Rey Carlos II denotan la inmensa decadencia á que el poder español había venido y la degradación de su autoridad en el mundo. Francia le ofreció en su primera mujer, Doña María Luisa de Orleans, una Princesa de segunda rama. Lo mismo hizo después Alemania en su segunda esposa Doña Mariana de Neuburg. Mas Francia, no por haber hecho descender de tal manera el tálamo de nuestros Reyes, renunció á apoyarse en él para introducir en el propio Alcázar la anarquía que sagazmente supo encender por medio de aquella inundación de franceses que María Luisa de Orleans trajo bajo el concepto de servidumbre particular de su persona. Los desórdenes de éstos obligó á desterrarlos de España; y la irreverencia llegó á tal punto, que desde la Reina Doña Juana de Portugal, mujer de Enrique IV, fue la primera mujer que se sentó en el trono de España que concitó contra sí, no censuras, sino odios. De su esterilidad decía la sátira anónima:

Parid, bella flor de lis,
Aunque os sea la tierra extraña:
Si parís, parís á España;
Si no parís... á París.

Y cuando, en medio de la discordia que dejaba sembrada en las opiniones nacionales murió prematuramente, otra vez la sátira plebeya escribió en todas las calles:

Murió la Reina.—*¡Requiescat
In pace!*—así dice el pueblo.
Amén, amén—claman todos.
¡Jesús!—*¡A qué lindo tiempo!*

Doña Mariana de Neuburg tampoco dió prole al trono; y aunque no sólo sobrevivió al Rey Carlos II, su esposo, sino que arrostró las largas iras de la guerra de sucesión, prolongándose su vida hasta más allá del primer tercio del siglo XVIII, siempre fue objeto del respeto así de los Poderes como de la opinión, y ni unos ni otros la abandonaron en los decorosos auxilios de su rango hasta su muerte.

La serie de los matrimonios reales que se efectuaron en España desde el primer año del reinado de Felipe V, sólo determinan, sin que los intereses políticos los someta á la crítica de la Historia, la identificación de la inmensa masa inerte del pueblo con las alegrías exteriores de los que han gobernado sobre ellos. En 1701 se celebró el de este joven monarca con Doña María Luisa Gabriela de Saboya, y el estado de división y de guerra en que se pronunció España en todos sus dominios, no pudo hacer de aquel enlace la apoteosis de la fe monárquica constitucional. Durante la guerra, disputóle la conquista de la simpatía pública la titulada Reina Doña Isabel Cristina de Brunswich Walfenbutel, esposa del Archiduque pretendiente Carlos III. Cuando se vino á las transacciones de Utrech, tan ominosas para el Imperio fundado por los Reyes Católicos y Carlos V, el corazón de España no estaba para arrebatos del sentimiento. En 1714 se verificaron las segundas nupcias de Felipe V con la Princesa de Parma, Doña Isabel Farnesio; y hubo algún inspirado ingenio que por cifra de las esperanzas á que la nación quería despertar, escribía aquel epitalamio latino que comenzaba diciendo:

Elisabeth, tibi redeunt spectacula Hispaniæ.

Pero ni aun en estas bodas, ni en las que se festejaron en 1721 simultáneamente en Madrid y París por las capitulaciones entre el Príncipe de Asturias D. Luis I y la Princesa de Montpensier Doña Luisa Isabel de Orleans, había entrado en reacción completa la masa popular, afligida por el diluvio de franceses de todas clases y categorías que había caído sobre

España desde el advenimiento del Duque de Anjou, y se había apoderado de todo el patrimonio de la Monarquía. España aún no era una nación, ni siquiera una provincia de Francia, sino una nueva colonia francesa y un campo de explotación. Con el matrimonio de la hija del Duque de Orleans para el lecho nupcial del Príncipe Don Luis, se había negociado el de la Infanta Doña María Victoria con el Delfín Luis XV, y aun á la Princesa española, en muy tierna edad, se hizo pasar á París, para que allí se educase en las costumbres de la que había de ser su patria. Esta Princesa nos fue devuelta, y después hubo que casarla en Portugal en 1725, cuando se verificaron los desposorios del Príncipe Fernando VI con Doña María Bárbara de Braganza. El Príncipe del Brasil la tomó por esposa. ¿Prestaron estos matrimonios de España con la casa real de Portugal alimento á esperanzas análogas á las que en las dos Monarquías peninsulares despertaron los repetidos entronques entre los Príncipes de aquella Corona y los que brotaron del tálamo de Doña Isabel la Católica, de Doña Juana la *Loca* y de la Emperatriz Doña Isabel? Aquella recíproca corriente de mutua atracción, nunca más ha vuelto á restablecerse. Carlos III no pudo repetir el ensayo, pues reinando, al casarse en Nápoles, fuera de la órbita de los intereses de nuestra Península, ya inseguros en la de Italia, y casi en el Mediterráneo, buscó en 1738 su esposa en uno de los Principados de la Confederación germánica, que tampoco, aunque católico, represensaba lo que durante los siglos xvi y xvii representó el Imperio de Alemania encarnado en la augustísima casa de Austria.

España, que fundó en Italia, después del cambio de dinastía, varios Principados independientes, no conservó en ella ningún feudo político para su antiguo poder. La Monarquía napolitana y el Principado de Parma, aunque gobernados por Príncipes procedentes de nuestra casa real, sólo mantenían con ésta el comun interés dinástico; pero así aquéllos como nuestros propios Príncipes reinantes en España, sujetos

á un tronco de unidad por el malhadado *pacto de familia*, no eran más que ramas de un mismo árbol cuyas raíces sólo serían para sostener la preponderancia francesa. Carlos IV casó en Parma y á sus hijos en Portugal, en Parma y en Nápoles. ¿Qué sentido daban á los intereses nacionales de España estos matrimonios? Un mero sentido de familia, y las familias reinantes en todos aquellos Estados, emparentados entre sí, no tenían más que una cabeza: la de Francia. Cuando esta cabeza fue segada por la guillotina de la Revolución, todos los tronos de Italia cayeron bajo la espuela del dictador de aquella Revolución. También él desapareció, y momentáneamente volvieron á reorganizarse aquellos Estados. La obra fue efímera como todo artificio de la diplomacia. Sólo subsistió el trono borbónico de España, porque para rescatarlo á los derechos de la nación, la nación lo reconquistó con el sacrificio generoso de su sangre, y la sangre que se vierte redime siempre.

Después de 1814, las fiestas conyugales de nuestros monarcas y Príncipes han carecido, así de la grandeza del aparato con que las solemnizaron los tiempos que se han descrito, como del fin político que siempre se infiltra en las esperanzas del instinto popular. El segundo matrimonio del Rey Don Alfonso XII con la actual Reina Regente Doña María Cristina de Hapsburgo-Lorena, lo tuvo en la alta expresión de una necesaria reivindicación histórica. España debe siempre amor á Austria y la amistad de todas las estirpes germánicas le surgieren interés. En cuanto al que ahora va á realizarse entre la Princesa de Asturias Doña María de las Mercedes y el Príncipe de la antigua Monarquía siciliana D. Carlos de Borbón, responde á otro fértil sentido político de agrupación y concentración entre los miembros de una dinastía, completamente nacional ya, y cuyo tronco surge del trono glorioso de Fernando V de Aragón y de Isabel de Castilla. La postración en que España se halla sumida á consecuencia de las revoluciones de todo un siglo que han agotado sus his-

tóricas energías, y los últimos desmembramientos á que nos ha condenado la fortuna, entorpecerá que á este suceso se le dé y reconozca todo el alcance que el tiempo y los sucesos le darán. Yo lo aplaudo desde el fondo de mi alma. Todo cuanto reorganice y robustezca las fuerzas nacionales, todo recibe las bendiciones de mi fe.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

LA LITERATURA MODERNA EN FRANCIA



LA TRANSICIÓN DEL ROMANTICISMO AL NATURALISMO.—EL TEATRO SOCIAL.—ALEJANDRO DUMAS HIJO

La comparación entre ambos Dumas sugiere mil instructivas reflexiones. Pocas veces—quizás nunca—se habrá dado el caso de un padre y un hijo tan parejos en celebridad, y tan opuestos (no basta decir diferentes) en la calidad de las facultades á que la debieron. Anteriormente he aprovechado la ocasión de rectificar el concepto general que considero injusto para el padre, y de colocarle en su verdadero lugar dentro del arte dramático; ahora, puesto que toca el turno al hijo, recuerdo con simpatía la caudalosa, rica y franca inspiración de aquel mulato y bohemio genial, por el mismo contraste que con ella forma la naturaleza, mucho menos espontánea; del muchacho que daba al autor de *Los tres mosqueteros* lecciones de orden y sentido práctico enseñándole en un armario una fila de pares de botas.

Conviene partir del padre si hemos de comprender al hijo. Hay destinos que se explican por su conexión con destinos precedentes. Los perfeccionan ó los contradicen y niegan, pero sin ellos no tendrían clave. Dumas padre había sido pródigo hasta la locura, abundante y prolífico hasta el abuso; vino el sucesor, bonachón, jactancioso y vanidoso hasta la inocencia; hábil gerente de dinero y talento; justo de propor-

ción, ni excesivo ni premioso en producir; convencido de su propio valer hasta la autolatría, pero maestro en esa reserva cauta y que, en el artista, es inequívoca señal de un orgullo poderoso. El padre había aspirado á entretener, divertir, interesar con ficciones á su generación, y le hacía una gracia extraordinaria, producíale júbilo infantil que le enseñasen el castillo de If diciéndole seriamente: «De este calabozo se evadió Edmundo Dantés cosido en el sudario del abate Faria.» El hijo traía pretensiones más altas y graves: quería adoctrinar, corregir, resolver los problemas de su tiempo, y saboreaba el triunfo cuando, á deshora, velada, rebozada en su elegante *pelisse*, alguna dama de triste historia como la *princesa Jorge*, venía á consultarle, á confesarse con él, á abrir su corazón llagado y dolorido por la falsía ajena ó el remordimiento propio. Director espiritual de almas y de pueblos: á este cargo sacerdotal tendía la ambición del autor de *La dama de las Camelias*. Donde el padre había visto el bello juego y las caprichosas luminarias de la fantasía, el hijo veía la majestad de la enseñanza.

Esta fue, por otra parte, tendencia general del teatro después del fracaso y caída del romanticismo. Augier ya representaba la utilidad y la doctrina; sólo debe advertirse que Dumas hijo, pisando igual senda, volaba más alto, con pretensiones filosóficas. Su moral no tenía alas de gallina; su sátira, sin dejar de recaer sobre lo efímero de sucesos, costumbres y manías de una época dada, revestía, á fuerza de intensidad, carácter más amplio y trascendente. Por eso en Dumas II la moralidad pareció *inmoral*, indicio evidente de que al menos era *nueva*, de que rompía la costra de turbio hielo de muchas preocupaciones. Y por eso, por no haberse reconciliado nunca del todo con el sentido burgués, aun haciéndole concesiones importantes, hasta el último instante Dumas II tuvo pendiente de la voz de su musa la conciencia de sus compatriotas. Al discutirle, ¿se discutía de arte?—No; de ética, de sociología, de reformas en el Código penal y civil.

Y es que, desde sus primeros años, el problema de la vida para Alejandro Dumas hijo había sido una cuestión legal y social.

Era un hijo bastardo, como Antony, y bastardo de padre ilustre. Si los hijos legítimos se envanecen de una gloriosa procedencia, á los bastardos la gloria les hace más visible la bastardía, como el sol descubre las manchas al alumbrar la tela. Dumas II se estimaba infinito á sí propio, y se verificaba en él lo que dice Bourget: «Casi siempre el moralista ha debido sufrir en sus mocedades una gran injusticia, y sentir la necesidad de una gran reparación.» Ver desde un principio la iniquidad social, predispone á la crítica del estado presente de la sociedad, y á la revisión de las leyes á la luz de los principios. Augier había fustigado á los políticos y á la plutocracia: Dumas venía á analizar el matrimonio, la paternidad, la condición de la mujer, los derechos del hijo que no tiene culpa de haber nacido fuera de un hogar constituido legalmente.

Aunque Dumas padre no abandonó ni descuidó jamás á su vástago, antes cuidó de sostenerle y educarle con holgura y decoro, lo cierto es que en el colegio donde el muchacho recibió la segunda enseñanza, los compañeros solían recordarle cruelmente el baldón de su origen. Si se ha de prestar fe á un detalle biográfico, ya entonces se sentía dispuesto á vindicarse, que á esto equivalió la reclamación resuelta y enérgica del apellido paterno. El célebre novelista no se lo había concedido, pero en uno de los impulsos bondadosos que le caracterizaban, se apresuró á consentir, y fue este el primer lazo de afecto vivo y fuerte que unió á dos seres enlazados por la naturaleza.

Al llegar aquí, ocúrreme decir algo para excusar omisiones voluntarias en la serie de estos estudios. Gracias á la crítica diligente, amena y sagaz, que en Francia es manjar favorito del público ilustrado, las biografías de los escritores famosos son allí bastante conocidas, al menos por un conjunto de rasgos y anécdotas familiares, componentes de su fisonomía. A pesar de que críticos é historiadores de las letras suelen

repetir las mismas anécdotas y rasgos con escasas variantes, nadie les acusa de monotonía, ni menos de falta de originalidad, pues hay cosas que no son inventables, y que suprimidas, dejan incompleta la biografía ó la historia. No sucede así en España, y yo escribo para los que hablan castellano. Lo más extraño es que esos pormenores, esas anécdotas tan expresivas, esos dichos memorables é ingeniosos, que en Francia se sabrán de memoria los aficionados á las letras, aquí son fruta nueva generalmente. Sin embargo, basta que un lector tenga de ellos reminiscencias confusas para que se lamente de que otra vez se le refieran. Donde se lee poco, diríase que es más exigente el gusto. Recuerdo que, cuando yo explicaba literatura francesa en la cátedra de Estudios superiores del Ateneo de Madrid, un periodista se quejaba semanalmente de mi insistencia en hablar de cosas que nadie ignoraba. Debo suponerle bien enterado; pero es el caso que al quejarse, barajaba y confundía autores y obras, y estropeaba los nombres de escritores conocidísimos de un modo extraño en persona tan versada en el asunto. Hasta parecía, Dios me perdone, que no sabía palotada de francés. No obstante, yo tomé en cuenta las censuras del periodista y evité las anécdotas, por si, en efecto, las tenía ya olvidadas de puro aprendidas el público.

A mi ver, no ha llegado ni á sospecharlas. Además, no le importan, por lo mismo que no le interesan las Memorias, Autobiografías y Correspondencias, género literario nunca floreciente en España.

Suprimiendo, pues, lo anecdótico—y es mucho y bonito—de la biografía de Dumas hijo, no resisto al deseo de contar, creo que por vez primera, un episodio de su juventud, un amorío que nació en España. Ya guarda la tumba los restos de la que lo inspiró y compartió, y no habría verdadera indiscreción en estampar aquí el nombre, puesto que no dejó esa dama hijos que puedan ver en la publicidad ofensa á una memoria querida; pero callemos el pecador al decir el pecado, ya que así no es mayor ni menor el interés de la historia.

Cuando los sentimientos impuestos por la naturaleza á ambos Dumas se habían fortificado con el trato é iban transformándose en aquella amistad y confraternidad de la cual se conservan elocuentes testimonios; cuando andaban juntos de bracero el padre y el hijo, realizaron aquel viaje á España, relatado por el primero con tal gracia y frescura, á pesar de gasconadas inevitables. Detuviéronse los viajeros en Córdoba, y como quisiesen hacerse entender del posadero, se encontraron con que nadie hablaba francés allí.—Recuérdese el tiempo en que esto ocurría, y cuánto hemos progresado, hasta el extremo de ser familiar en España la literatura francesa del pasado siglo.—El caso es que entonces sólo pudo salir del apuro el posadero llevando á sus huéspedes á una linajuda casa, donde una señorita, acabada de salir de un elegante colegio, hablaba francés á maravilla. El regreso de la niña á sus lares se celebraba aquella noche con un baile en la casa, y á él fueron invitados los distinguidos extranjeros. La noble niña era hermosísima, discreta, de viva fantasía; Alejandro Dumas hijo tenía veintidós años: bailaron, conversaron, aislados y libres por el idioma que empleaban; ella quedó enloquecida. Fue como el rayo. A la mañana siguiente, la señorita, rompiendo por todo, iba á reunirse con el extranjero en su posada. Lo mismo hubiese ido si tuviese que cruzar una hoguera. Lo confesaba así en su ancianidad.

Lo que pudo no haber pasado de fugaz aventura de viaje, se convirtió en algo más íntimo al establecerse activa correspondencia. El francés escribía á la española desde Cádiz, desde Madrid, desde París, largas y apasionadas epístolas. El deseo de una unión eterna palpitaba en las cartas de los dos amantes. Pero la ilustre familia española á que pertenecía la señorita se opuso desde el primer momento, y no paró hasta casarla con un viejo General gotoso y achacoso de malos achaques, que la hizo muy desventurada. Así que pudo reconquistar la libertad, casada primero, viuda después, la española sólo pensó en irse á París, en ver otra vez á Alejandro Dumas. Lar-

ga fue la vida de aquella señora, y no murió joven el autor de *Dionisia*; pero puede asegurarse que al través de vicisitudes é incidentes muy graves en la existencia de los dos, duraron tanto como ella los amoríos nacidos en Córdoba, al olor del jazmín, en una noche de juvenil embriaguez. No pudieron otros afectos, otros lazos, otros sueños, destruir aquel sueño primero, manchado, jamás desvanecido por la realidad. Ausentes, nunca dejaron de escribirse. Un día, Alejandro Dumas, extrañando el silencio de su D..., preguntó desde París á un amigo español, con celosa inquietud, qué tenía ella para callarse así... Y el amigo hubo de responder que D...—la cual pasaba entonces de los sesenta años—acababa de morir de una pulmonía... Sólo la muerte cortó el hilo de oro de la comunicación; sólo guardó silencio la enamorada cuando heló su mano el frío del sepulcro.

Un baúl llenaban las cartas, los miles de cartas de Dumas á su española amiga. ¿Qué será de ese tesoro de documentos, no sólo psicológicos, sino históricos y literarios? Dios quiera no hayan ido á dar á las manos, impías por piadosas, que destruyeron la correspondencia entre el Marqués de Mora y la señorita de Lespinasse, otra pareja interesantísima franco-española, que también debía de escribirse cosas muy bellas.

Volvamos á lo conocido. He dicho que las relaciones entre el padre y el hijo, reveladas las disposiciones de éste para el arte, fueron fraternales, con cierta superioridad del mozo, fundada en el carácter, en mayor dosis de sentido práctico. Alejandro Dumas decía agudamente: «Mi padre es un niño grande que tuve cuando yo era pequeño.» El espectáculo del *padre pródigo* sirvió para enseñar al hijo la necesidad de la economía, del orden, y no añadido que del trabajo, porque, ¿quién más laborioso que el infatigable autor de *Los tres mosqueteros*? Sólo que Dumas hijo pedía al trabajo la dignidad y la independendencia. Arrastrado al principio por el remolino de derroche y bohemia del padre, comido de deudas, Dumas hijo quiso pagarlas, quiso no depender ni aun del liberal y desor-

denado niño grande, y esa fue la raíz de su vocación á las letras. Acaso con un padre más racional, el hijo no hubiese escrito novelas ni dramas, sino disertaciones de moral y filosofía, en el estilo ameno y paradójico, ya solemne, ya chispeante de ironía, que brilla en sus prólogos y folletos.

Moralista nato, fue por ley ineludible uno de los autores dramáticos más tachados de inmoralidad; cosa que no sorprende, si recordamos cómo puede confundirse la *moral* con la *regla establecida*, con las costumbres y los usos admitidos sin examinarlos. No quiero decir con esto que la moral de Dumas hijo me satisfaga ni me convenza, mirada en conjunto: quiero decir que es *moral*; más todavía: *una moral*. Dumas hijo no se limita á satirizar elemento moral negativo; es afirmativo y predicador. A pesar de las afirmaciones contenidas en su carta al director del *Gaulois*, en la cual dice que renuncia á opinar porque no sirve de nada, la verdad es que opina siempre. Por *opinar* verificó su evolución de la novela al drama. La novela no influía bastante; no era bastante activa. El teatro, en cambio, le ofrecía los medios de acción directa sobre la conciencia de su época, á que ardientemente aspiraba. Allí tenía la cátedra, el púlpito..... y, como consecuencia, el confesonario.

Cuando un autor está en el caso de Alejandro Dumas hijo; cuando ha influido profundamente en su época por medio de algunas obras, siendo esta influencia lo que más ha realzado su figura literaria, creo que, al consagrarle un estudio no muy extenso, que forma parte de una serie de estudios sobre la literatura francesa en todo un siglo, debo fijarme únicamente en lo que abrió surco, dejando aparte lo demás, y citando sólo, á título de comentario de la obra literaria, los folletos y prefacios de polémica. He afirmado que si Alejandro Dumas hijo no hubiese tenido tal padre, quizás nunca pensase en ser literato propiamente dicho, y consagrarse sus facultades á trabajos más en armonía con ellas. Añadiré que, en este caso, sus escritos, aunque no pasasen inadvertidos, no

ejercerían el dinamismo, no serían el arma de combate, que fueron en un cuadro de tan inmensa influencia social como es el teatro en Francia. La suerte de Dumas hijo consistió en la reunión de estas circunstancias: haber sido el Delfín, de un escritor de universal renombre; ser distinto de él, lo suficiente para abrirse su propio camino; poseer una suma de aptitudes literarias, y otra mayor de dotes intelectuales que dieron realce á las primeras, y haber salido al mundo á la hora crítica en que la literatura sufría un cambio de orientación y se hacía *social*. Las condiciones de pensador y moralista de Dumas hijo, bajo el romanticismo, para la literatura, le hubiesen sobrado y estorbado.

Hagamos caso omiso de sus novelas juveniles, *Aventuras de cuatro mujeres y un loco*, *El doctor Servando*, *El regente Muste*; de algunos de sus dramas, menos significativos ó menos *activos* sobre la multitud (en Dumas hay que tomar siempre en cuenta el elemento del efecto producido, pues de otra suerte prescindiríamos de lo que le caracteriza); no digamos nada de *La joya de la Reina*, de *La Princesa de Bagdad*, y de lo mucho que produjo en colaboración, como *El suplicio de una mujer*, *Heloisa Paranquet*, *El ahijado de Pompignac*, *La Condesa de Romani*. Entre sus folletos y opúsculos de combate citemos los que levantaron más polvareda: *El hombre mujer*; el *Prólogo á La mujer de Claudio*, *La cuestión del divorcio*, la *Carta sobre la indagación de la paternidad*, *Las mujeres que votan y las mujeres que matan*. Y fijémonos en *La dama de las Camelias* (novela y drama), en *El semi-mundo*, en *Las ideas de madama Aubray*, en *Don Alfonso*, *La visita de novios*, *Francillón*, *La Extranjera*, *Dionisia*, *La mujer de Claudio*, *La Princesa Jorge*.

Si pudiera ponerse en duda verdad tan evidente como la de que Dumas hijo es ante todo un escritor *social*, y la literatura en él un medio y no un fin, se probaría observando qué suerte han corrido en España las obras de Dumas. No tenemos comprobante más á mano; sirvámonos de él. Como Es-

paña, socialmente, difiere tanto de Francia; como no tuvo (ni tiene aún, ni acaso tendrá nunca) planteados ciertos problemas que en Francia se impusieron después de los grandes períodos revolucionarios; como no estaba aquí en tela de juicio lo que allí, las obras de tesis de Dumas hijo fueron recibidas con extrañeza, y á veces con indiferencia. No ha mucho que observaba este último hecho la prensa, con ocasión de haberse representado en Madrid creo que *La princesa Jorge*. Algún drama de Sellés, cuyas corrientes de pensamiento coinciden con las de Dumas, hubo de sufrir largo calvario antes de ser tolerado por el pueblo español. La única obra de Dumas en que éste entró de lleno, fue aquella en que el sentimiento y la acción dramática se sobreponen á la tesis social: *La dama de las Camelias*. No así *El semi-mundo* que despertó curiosidad pero no simpatía; y si atrajo gente, fue quizás porque desde el púlpito el severo Padre Mon la anatematizó como inmoral, no sin gran asombro mío, porque realmente *El semi-mundo* es una lección y un consejo no menos rigoristas que la plática del Padre, y no encierra ninguna de las tesis innovadoras que podrían asustar en *Las ideas de Madama Aubray* ó en *Dionisia*.

Al escoger entre la obra de Dumas hijo, España, literariamente, no se equivocó. Lo mejor, como literatura (entendiendo esta palabra en un sentido humano y hondo), es *La dama de las Camelias*, y después á gran distancia *El semi-mundo*, y acaso *La visita de boda*. En lo restante prepondera el raciocinio, la argumentación, y los fuegos artificiales de la agudeza filosófica, sobre la belleza artística y sobre la realidad. Que el artista esté ó no esté obligado — sobre todo en determinados momentos — á ejercer función social, es cosa que aquí no ventilaremos; pero en este concepto y en otros muchos conviene fijarse en que el artista y el escritor no son completamente libres ni dueños de trazarse su senda con independencia absoluta, puesto que les oprimen y solicitan fuerzas exteriores, el momento, la hora, la circunstancia. Estas fuerzas actúan á nues-

tra vista en la evolución del teatro francés, que desde la tragedia clásica y el drama romántico hasta el drama de levita, de burguesía ó de costumbres, realista primero, luego social y docente, se revela como producto necesario de la historia y de la sociedad. Es innegable que Dumas hijo, por condición, era pensador, preceptor, maestro, moralista en suma; y también que lo fue en tiempo oportuno para su fama y su nombre. Sin embargo, lo que le ayudó en vida, ante la posteridad es la brecha por donde la crítica le acomete. Para el crítico literario, Dumas hijo fue un predicador que sacrificó al sermón el arte, y para el filósofo serio, recluido en su gabinete, un mero aficionado, acaso un hábil explotador de la filosofía y la moral porque las cosas santas han de tratarse santamente. Estas hibridaciones y mezcolanzas tienen el sino de dejar descontentos á todos.

Al producir esa obra de juventud, superior á las de la edad madura, *La dama de las Camelias*, Dumas hijo no se había erigido aún en maestro. Si alguna tesis latía en el fondo de la historia de la cortesana redimida por el amor, el desinterés y la muerte, era tesis puramente sentimental que el lector adivinaba. Sin duda allí preexistía, como la encina en la bellota, el Dumas pensador, porque el pensamiento de Dumas se ha ejercitado casi siempre en los problemas de la relación sexual y de sus consecuencias, el conflicto de la pasión, la ley y las costumbres, la lucha del hombre y la mujer y las fluctuaciones de la materia al ideal. El lo confiesa: es un teórico del amor. Lo era ya en *La dama de las Camelias*; pero le guiaban el instinto y la inspiración; le salvaba lo patético y sencillo de la realidad. Que Margarita Gautier, la cual se llamaba en el mundo galante María Duplessis, haya ó no haya realizado los actos de abnegación que en la novela se le atribuyen, poco importa; basta que estos actos fuesen posibles y verosímiles, y correspondiesen á sentimientos verdaderos y entrañables; basta que su carácter de humanidad sea tal, que así en la novela como en el drama el espec-

táculo de la vida de la heroína mueva los corazones y arranque lágrimas, y subyugue con la fuerza inefable de la verdad—verdad, no en determinado período social solamente, sino en cuantos pudo conocerse el amor.—Es la marca de las obras maestras que, siendo de su tiempo, sean de cualquier tiempo humano. En mil detalles, la historia de Margarita revela el estilo de la época romántico-realista; tiene fecha; tiene su corte á la moda; pero hay en ella algo eterno: la pasión; por eso puede asegurarse que si *Antony* fue la obra maestra del padre, *La dama de las Camelias* es la del hijo.

Como signo de sabrosa madurez, como tránsito del sentimiento y de la ilusión juvenil á la malicia y á la observación clínica y exacta, elogiemos el paso que da Dumas desde *La dama de las Camelias* al *Semi-mundo*. Siete años mediaron entre la conmovedora novela y la primorosa *alta comedia*, y dijérase que las separa un siglo de experiencia y de ciencia amarga. *La dama de las Camelias* era la apoteosis del amor, que donde proyecta su luz solar, transforma en oro el fango; *El semi-mundo*, la tónica copa de absintio, que bebe tarde ó temprano el que ama sin medida y entrega sin desconfianza el corazón. Enseña *El semi-mundo* que la sociedad es una selva donde el que no es cazador es caza; advierte á los incautos y á los honrados; es el desengaño y es la esperanza también, porque muestra, entre la fermentación pútrida del pantano, la flor que crece pura. Si el teatro fuese «escuela», como muchos quieren, nada más teatral que *El semi-mundo*.

No sé si traduzco bien el título de esta obra, porque no existe en castellano equivalente. Tampoco, á decir verdad, tenemos aquí ese *semi-mundo*, que brota en las capitales muy vastas, donde se ignoran los antecedentes de las personas. La enseñanza que encierra *El semi-mundo*, como casi todas las enseñanzas literarias y teatrales, no remediará ningún daño, no curará á ningún loco de amor... pero acaso le hará reflexionar, y dictará precauciones á los que aún no hayan perdido la razón. Esta clase de advertencias, que se contraen á la socie-

dad y consideran la forma social permanente, pueden caducar, y dramas que en la sociedad se fundan, no tienen el alto vuelo de obras como *Hamlet*, *La vida es sueño*, ó *Fedra*; pero también dejan entrever, por los resquicios de una reja dorada, el abismo del corazón humano. Aquel enamorado de *El semi-mundo*, crédulo por pasión, no por estolidez; irritado contra quien le muestra la verdad; defendiendo su engaño, porque realmente ese engaño es dicha y es ideal, es *amor*, el bien sumo del alma; aquella intrigante habilísima, artificiosa y culta, que se deja desenmascarar cuando el diestro Oliverio asalta su vanidad femenil, cuando atribuye á celos y despecho de un amante preterido lo que no es capaz de atribuir á deseo de impedir una infamia... son reales, son interesantes, y pertenecen al tesoro de la psicología dramática.

Tales comedias, no obstante, por bien hechas que estén (y en factura, *El semi-mundo* es una maravilla) y aun cuando lleven lastre suficiente de verdad, envejecen pronto, tienen lados efímeros. Están en el mismo caso *Las elegantes pobres* y *Los impudentes*, de Augier; el *Muérete y verás*, de Bretón. ¡Varía tanto el aspecto social! Cada veinte años, la sociedad se transforma, el saco se vuelca, una generación llega, impaciente, enemiga del pasado. Allá en 1875, en París, existía el rigorismo puritano de ciertas capas sociales, á que repetidamente se alude en *El semi-mundo* y en un acto de *La Extranjera*. El barrio de San Germán, que tuve ocasión de ver muy de cerca por circunstancias fortuitas, era una especie de castillo, cerrado al aire exterior; se trataban y se casaban entre sí; vivían aislados, y realmente cultivaban, hasta con exageración, la nota del honor caballeresco. Pero el tiempo ha pasado, la realidad se ha impuesto, se ha transigido con ella, y la necesidad de estercolar los blasones, la terrible cuestión de dinero, sin hablar de la ambición y de aspiraciones naturales, han ido cambiando la faz de la aristocracia. Ya no se puede alardear de intransigencia, al menos en conjunto; los casos aislados no se cuentan. También las familias de origen menos ilustre, pero de severas tradicio-

nes, gente del comercio ó de la industria, aristocracia militar ó de toga, han sufrido el embate de la nueva sociedad.

Y en España, me explico que no se haya comprendido bien *El semi-mundo*. Jamás existió aquí esa valla de orgullo nobiliario é intransigencia política, que alzó en Francia la revolución entre el nuevo y el antiguo régimen (pues antes de la revolución, bien se sabe que fraternizaban todos los mundos, y que actrices, mujeres galantes, escritores sin padre conocido, se sentaban á la mesa con las duquesas y las damas intachables, descendientes de los Cruzados). No existió en España verdadero sacudimiento revolucionario; la Monarquía apenas sufrió un breve eclipse, y no hubo más guerra social que la corta y muy impertinente que se le hizo á la dinastía italiana. De suerte que aquí, si existieron y existen caprichosas exclusiones, no hubo exclusivismos; y á la Baronesa de Ange la encontraríamos en salones de lo mejor. Este fenómeno ha sido reconocido y lamentado por el Padre Coloma, según el cual las famosas pavías de Dumas andan aquí mezcladas malas con buenas. En efecto, *El semi-mundo*, anatematizado por otro jesuíta, el Padre Mon, sostiene—curiosa coincidencia—la misma teoría *seleccionista* de *Pequeñeces*.

Después de *La dama de las Camelias*, *El semi-mundo*, *La visita de boda*, graciosa paráfrasis realista de la idea de nuestro atildado *Desdén con el desdén*, acaso sea la más verdadera y de seguro una de las más osadas y terribles producciones de Dumas, la titulada *Don Alfonso* (*Monsieur Alphonse*). Esta obra, como *La dama de las Camelias* y *El semi-mundo* ha enriquecido la lengua; los títulos califican, expresan un concepto moral: se dice «una dama de las Camelias», y todos entienden que es una cortesana rehabilitada por el amor; «un Alfonso», y la injuria quema como un hierro hecho ascua.

Fue atrevido ante el público francés, y hubiese sido imposible ante el español, estudiar en serio, como se estudia una enfermedad, el tipo de Don Alfonso. Si en piececillas cómicas lo vemos cada día con la etiqueta de *chulo*, jamás un dra-

maturgo tendría valor para presentarle. Hay esa división de plaza: en broma nada asusta; en serio es preciso no tocar á ciertas llagas y no herir ciertas cuerdas. El hombre venal en amor sublevaría al público. No discutamos si esto revela determinadas superioridades morales.

Tan atrevida como la tesis de *Don Alfonso* es quizás la de *Las ideas de Madama Aubray y Dionisia*: la completa rehabilitación de la soltera seducida, y no por medio de la boda con su propio seductor, sino con otro hombre sabedor de lo ocurrido y rebosando, sin embargo, amor y estima. Este caso, que en la vida real se presenta con mayor frecuencia de lo que se cree, en el teatro es peligroso. Dumas lo trató en dos dramas de muy diferente mérito. *Dionisia*, aparte de la constante habilidad escénica de Dumas, no se salva sino por una ó dos escenas de sentimiento; los caracteres son falsos, las situaciones melodramáticas, injustificado el desenlace. *Las ideas de Madama Aubray*, en cambio, es un drama en que se compensan el pensador y observador y el dramaturgo, y seguimos con interés la crisis tan real y tan hermosa del alma de Madama Aubray, aquella mujer superior, que ve las cuestiones desde arriba, que profesa generoso criterio, pero que al llegar á la práctica, al tener que hacer en lo que más ama el ensayo de sus famosas *ideas*, al encontrar que es su propio hijo quien pretende casarse con la joven que fue seducida, retrocede enérgicamente gritando: «¡Imposible!» Si se quiere citar un modelo acabado de la comedia de tesis, lo tenemos en *Las ideas de Madama Aubray*. Y no es empresa fácil la comedia de tesis: se necesita que los personajes no sean pálidas y frías abstracciones, argumentos que andan: conviene dejarles su carne y su sangre, sin quitarles su alto sentido. En *Las ideas de Madama Aubray* el conflicto es humano. Madama Aubray profesa el convencimiento de que sobre la opinión del mundo está la verdad interior, y la teoría cristiana de que el arrepentimiento lava la culpa, y nadie tiene derecho á arrojar la primera piedra. Encuentra á una pobre

muchacha llena de delicadeza y de virtud, con una mancha en su pasado, y se propone redimirla casándola..... pero no con su hijo. Justamente su hijo, Camilo, es quien está perdidamente enamorado de Juanina. — El egoísmo del instinto maternal se sobrepone; Madama Aubray manda á paseo sus principios. Viene después la acción de la conciencia, la noble lucha, la victoria del bien, de la *idea* sobre el *instinto*, justificada con dramático acierto. Admitida — ¿y por qué no, cuando aquí hemos admirado *Locura ó santidad?* — la legitimidad del teatro de tesis, hay que saludar en *Las ideas de Madama Aubray* un triunfo.

A cada paso el moralista se sobrepone al dramaturgo en Dumas. Podría enseñar con la acción; pero no le basta: necesita poner cátedra, y la pone por medio de ese personaje que figura en casi todos sus dramas, encargado de explicar lo que la acción no diga, — una sustitución individual del antiguo *coro*, que hacía reflexiones y comentarios sobre lo que ocurría en escena. — Este personaje, encarnación del autor, es un convencionalismo censurable, aunque al público suele divertirle el raudal de ingenio que fluye de su boca. Cuando el predicador no es ajeno á la acción y toma parte en ella (por ejemplo, el Oliverio de Jalin de *El semi-mundo*) no se discute su derecho; pero no así cuando no pasa de un testigo ó de un profesor de filosofía cáustica, que glosa cada escena y reprende cada yerro. No otra cosa son los de Ryons, los Desgenais, los Barentini, los Lebonnard, los Fressard..... Es el elemento crítico, la sátira, que no acertando á expresarse con bastante energía por medio de la ficción, acude á ese arbitrio realmente pueril, tan sencillo como el resorte y el fuelle que hacen hablar á los muñecos.

No puede Dumas contarse entre los autores dramáticos de primer orden (verdad que son muy pocos) porque sus aptitudes para el teatro están subordinadas á sus tesis. La mayor parte de las obras de Dumas hijo, como *La Extranjera*, *La Princesa Jorge*, *La mujer de Claudio*, *El hijo natural*, *La cues-*

tión de dinero, Diana de Lys, Dionisia, Francillón, son, como teatro, bastante inferiores á lo que fueron, dentro de la fórmula romántica, *Antony, Ricardo d'Arlington, Kean, La torre de Nesle*. Y es lo peor que, resuelto á desarrollar tesis, faltó á Dumas hijo el arranque necesario para llevarlas á su término lógico, arrostrando las iras del espectador. El romanticismo era más valiente.

Insistiendo en que el tema favorito de Dumas hijo, fue la cuestión de las relaciones sexuales,—el amor, el matrimonio, la paternidad, el adulterio—(campo inmenso, fuerza es reconocerlo, para el dramaturgo como para el novelista); comprendiendo que veía en esos problemas su relación estrechísima con el derecho y la moral, es extraño comprobar la timidez que á veces paraliza su pluma y la flexibilidad con que se adapta á las preocupaciones, en vez de cogerlas por las astas y hacer que rindan el testuz. No pudo Dumas ser un Calderón ni un Lope, ni siquiera un Echegaray, un español de ahora, en cuanto á proponer soluciones rigoristas para las faltas de la mujer; pero no vacilo en afirmar que si nace dos siglos antes ó nace hoy en España, sería de los más sanguinarios «médicos de la honra». Recuérdense las discusiones con motivo de *La mujer de Claudio*; recuérdese el «¡Mátala!» tan debatido; recuérdese el desenlace de *La mujer de Claudio* y de *Diana de Lys*. Descubrimos así el flaco del moralista, y comprobamos la profunda exactitud de la afirmación de Brunetière, de que el talento y el atrevimiento de Dumas hijo estaban cohibidos por el deseo de agradar al público, de no ponerse con él sino en esa contradicción aparente y superficial, que es un elemento más de interés para la obra.

Hay una cuestión social que es la piedra de toque de los entendimientos en nuestros días, y prueba de la buena ley de los pensadores: la cuestión de la mujer. Cuestión en su esencia sencillísima, y, á no interponerse una balumba de preocupaciones y errores viejos, fácil de resolver; mas como sólo las inteligencias claras saben apartar esa balumba, la

mayoría se enreda y tropieza ahí, empeñándose en mirar únicamente lo que diferencia á los dos sexos, no lo que tienen de comun ante el derecho y la razón. Yo creo que Dumas sabía ver; yo creo que en su interior había prescindido de la consabida balumba. En varios pasajes de sus escritos polémicos y en varias escenas de sus obras (á vuelta de contradicciones), apunta el convencimiento de que los problemas de la relación sexual, la supuesta lucha entre el varón y la hembra, podrían modificarse favorablemente por la equidad, si el hombre elevase á su compañera, y la otorgase derechos iguales á los que él disfruta. De aquí su conocida defensa del voto de las mujeres, y su humorística respuesta á la objeción de que al votar perderían sus encantos: «No haya miedo; ellas sabrán votar con gracia.» La prueba de la verdadera opinión de Dumas respecto á la mujer, de su total radicalismo, encontróse en sus papeles después de muerto. Al idear *La Extranjera*, su primer propósito había sido llegar al extremo de que la misma Princesa, la mujer honrada, digna, altiva, intachable, matase á su marido, con igual derecho y por las mismas razones que tuvo Claudio para probar en su mujer el fusil de nueva invención. «Si á pesar de tu virtud, de tu paciencia y de tu bondad, te engaña la perfidia; si has asociado tu vida á una criatura indigna de ti; si no queriendo escucharte ni como esposo, ni como padre, ni como amigo, ni como dueño.... te limita en tu movimiento humano y en tu acción divina....; si la ley que se ha abrogado el derecho de unir se declara impotente para desligar, declárate, en nombre de Dios, juez y verdugo de esa criatura.... Mátala.»

Esto que Dumas se atrevió á aconsejar al marido, no tuvo valor ante el público—aunque lo pensase—para decírselo á la esposa. Ni aun se resolvió en *Francillon* á presentar cumplidas las represalias femeninas, contra la infidelidad y deslealtad del hombre. Mal podría el dramaturgo ser á la vez el riguroso moralista, el lógico implacable; detrás de él está la convención teatral, y si es tan ducho en el oficio y tan conocedor de

las exigencias de *la fiera* como Dumas hijo, siempre atenderá en primer término á salvar la obra, no cargándola mayor lastre del que pueda sufrir sin irse á pique. A este instinto y olfato de Dumas responden los folletos explicativos, los comentarios, los prólogos de combate. Libre del recelo que infunden las tablas, no sólo exponía en ellos lo más arriesgado de la tesis, sino que la defendía y apoyaba con dialéctica no siempre segura. Algunas de sus mejores tesis, como la del trabajo y la energía para rehacer la vida nacional, las echó á perder la afectación y el obscuro misticismo con que mezcló verdades tan evidentes, y el melodramático empeño de ver doquiera espías y traidores—aprensión que debía de flotar en el aire patrio, y cuyos efectos hemos conocido en el extraño asunto Dreyfus.—No puede negarse que, así en esta materia como en lo que se relaciona con el divorcio, el teatro y los escritos de Dumas pesaron en la opinión, ejerciendo verdadera acción social y contribuyendo al planteamiento de leyes y al desarrollo de la política: mérito que Dumas estimaría más que ninguno, dadas sus aspiraciones éticas, sinceras, aunque á veces cohibidas por la táctica y la estrategia del *hombre de teatro*.

Es frecuente que al presentarse un autor ante la posteridad—y ya vamos dejando de ser contemporáneos de Dumas hijo—pierda en gloria por aquello mismo que un día le ganó aplausos de su generación. La condición de moralista y de moralista revolucionario (á medias, ya lo sabemos, pero no suele hilar tan delgado el público), fue causa poderosa de la nombradía del teatro de Dumas cuando la literatura pasaba del realismo á la socialidad, y si ya se pedía cierta verdad y el estudio de la vida actual, se exigía también la enseñanza deducida de este estudio. Antes de estrenarse una obra de Dumas, creaba atmósfera de ardiente curiosidad; después, de polémica encarnizada. París encontraba en Dumas hijo, no sólo la emoción, no sólo el ingenio, sino el latigazo intelectual, el tema favorito de conversación. Quizás lo que menos se apreciaba en Dumas era el elemento literario, y tampoco él

sobresalió por la belleza del estilo, la riqueza y propiedad del lenguaje, la sinceridad y verosimilitud del diálogo. Estos méritos, que á la larga forman y consolidan la reputación de un Molière, así como el análisis profundo de las pasiones la de un Racine,—que convierten al escritor de moda en el clásico indiscutido,—le faltaban. Dumas, leído, pierde mucho. Se resiente de hinchazón y alambicamiento. Sus tesis parecen viejas y retocadas. La predicación desnaturalizó el diálogo. Quien predica tiene que extenderse, y para que se toleren los sermones ha de forzar el ingenio y poner en tortura la frase, obteniendo á toda costa chisporroteo, el *esprit*, esa salsa rosa de la cocina francesa, bajo la cual no se distingue si es carne ó pescado la obra.

Con todo esto, fue inmensa la fama de Dumas hijo, y reinó sobre la escena por cima de Augier y de Sardou. La mujer estuvo de su parte, porque al fin, aunque feminista restrictivo y contradictorio, era un feminista, y hasta creo que el inventor de esta palabra; y el público, hecho á tratar á Dumas padre como á un niño y á un mala cabeza simpático, respetó al hijo, convirtiéndole en una especie de semidiós. No sé qué fundamento tendrían ciertas leyendas corrientes en París acerca de la infatuación y engreimiento de Dumas hijo; entre otras, se refería la historia de una joven polaca, venida de Varsovia sólo á conocer á Dumas, á tener la dicha de verle la cara, y á quien el dramaturgo puso por condición, para lograr tanto bien, que le serviría de rodillas el almuerzo. Supongamos que sea una invención (al menos que lo parece); de todos modos, indica el grado de apoteosis á que Alejandro Dumas hijo se vió elevado en vida.

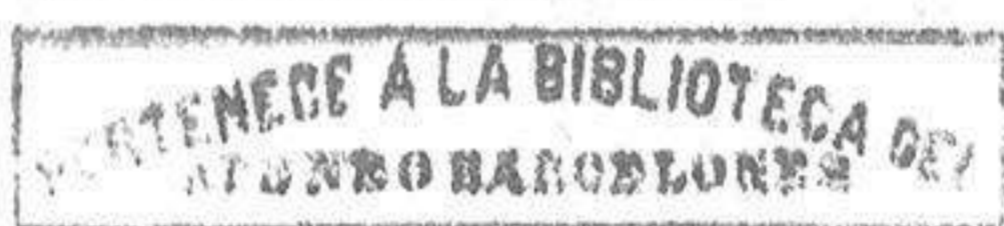
Con razón se ha dicho que los tiempos venideros serían duros para él. Duros, sí, pero... relativamente. Si no podemos saludar en Dumas hijo á Molière y Montaigne reunidos — la doble personalidad á que aspiraba — no le negaremos, como autor dramático, la destreza, la fuerza y el don de llevar al público á fijarse en graves problemas, y como pensador, el se-

rio propósito de plantearlos con novedad y resolverlos con altura, más que dentro de la belleza, en los límites de la verdad. En este respecto, el teatro de Alejandro Dumas hijo es documento inestimable para conocer lo que preocupaba, entre 1845 y 1875, á la gran nación francesa, cuyas preocupaciones se transmiten, como ondas del agua, cuando cae en ella la piedra, al mundo civilizado.

EMILIA PARDO BAZÁN.

VICTORIA, REINA DE LA GRAN BRETAÑA

EMPERATRIZ DE LAS INDIAS



Las apoteosis de la muerte en la fiebre de publicidad acelerada que sufre el mundo, liban un átomo de miel de cada flor sin agotar ningún cáliz. Es verdad que la tarea es difícil; que el reinado de la gran Reina de la Gran Bretaña, Emperatriz de la India, Victoria I, ocupa los dos tercios del siglo que tras sí la ha arrastrado á la tumba; y que esos dos tercios de siglo que ha ocupado el trono, representan el cambio de aquella Monarquía en Imperio, la transformación de su antiguo gobierno oligárquico en democrático, la ascensión de cuarta á primera nación colonial en Europa y en el mundo, y su constitución en primera nación naval y comercial de todo el planeta, con los aditamentos de los grandes prestigios políticos que interior y exteriormente han dirigido sus destinos, de los grandes prestigios militares que le han conquistado millares de millares de kilómetros de territorios en todos los términos del planeta y centenares de millones de súbditos de todas las progenies y hablas humanas, y de los grandes prestigios de la inteligencia que han elevado al último grado conocido de la perfección los progresos de su industria, el gusto refinado de sus artes y las alas colosales de su pensamiento científico y literario. ¿Hubo en la Reina Victoria espíritu de iniciativa suficiente para ser ya la palanca, ya el timón de todo este maravilloso movimiento? Indudablemente este potente impulso, que se ha realizado en esos dos últimos tercios del siglo XIX en

Inglaterra, por entero emana del vigoroso espíritu de la nación británica en sus clases dirigentes; pero la Reina Victoria fue capaz de entenderlo y realizarlo, y en su nombre augusto toda su grandeza se simboliza. El reinado de la Reina Victoria ha eclipsado toda la Historia de las Coronas que forman el Reino Unido de la Gran Bretaña. La leyenda de su Imperio supera á todas las leyendas de los siglos y no admite competencia. Su figura no se disipará jamás en la niebla de los siglos.

En lo que personalmente toca á la Reina Victoria en estos portentosos engrandecimientos, hay que observar bien cómo se la educó para el trono en medio de aquella familia de neuróticos y desequilibrados que constituyeron la numerosa prole del ochentón Jorge III, que también reinó otros sesenta años desde 1760, y cuyos primeros hijos no alcanzaron la dicha de la sucesión conyugal. La leyenda de Mac Gharty y el lienzo de Winterhaller en la presentación del Arzobispo de Canterbury, el Dr. Howley, lord Chamberlain y el Marqués de Conyngham, en la madrugada del 20 de Junio de 1837 en el Palacio de Kensington á notificar á la virginal y púdica *rosita de Kent* la muerte del Rey Guillermo IV y su ascensión al Trono, en medio de su propia realidad, ha tomado un tinte como de fábula en la sorpresa. La hija del Duque de Kent esperaba dignamente aquel momento, de cuya inevitable situación tenía de mucho tiempo atrás formada la conciencia. ¿No se refirió esto entre las cándidas anécdotas con que fue ilustrada en el palenque de la opinión pública su aplaudida coronación? A la muerte de Jorge IV, acaecida el 26 de Junio de 1830, Guillermo IV, su hermano y sucesor, cuidándose de esto, pidió á la Duquesa de Kent, Luisa Victoria de Sajonia Coburgo Saalfeld, noticia de su sobrina, que sólo tenía once años y que ya se consideraba heredera presuntiva del solio por la esterilidad del tálamo de sus tíos, que habían reinado, y la Duquesa le contestaba: «Nuestra Victoria crece, se hace robusta y hermosa y despliega mucho genio en todo lo que emprende.» Mas cuando así le escribía, ya en el Palacio que

Guillermo III compró en 1690 á lord Nottingham y que posteriormente engrandecieron la Reina Ana y sus sucesores, se había tanteado en este asunto el alma de aquella joven precoz de naturales talentos que, cuando apenas aprendía á pronunciar bien las palabras, ya había disputado con el Duque de York, á quien llamaba *papá*, por su parecido con el Duque de Kent, su padre, si para dar las gracias cuando se recibía algún obsequio, se había de decir: *Thank-ye ó for them*, como quería el Duque, ó *Y thank you*, como ella conceptuaba más delicado.

Un escritor palatino de aquel tiempo describe la siguiente escena en el palacio de Kesington, cuando se tuvo en él noticia de la gravedad en que se hallaba Jorge IV, próximo á la agonía. Actores de ella fueron la Duquesa de Kent, la joven Princesa Victoria y su aya la Baronesa de Lehzen. Hacíanse entre el aya y la pupila lectura y ejercicios de Historia, y se leyó un párrafo que trataba de la línea de sucesión á la corona, ofrecido de intento á la real discípula. Acudió la Princesa á la tabla genealógica, su constante compañera en los estudios históricos, y después de haber meditado algún rato, dijo á su aya: — *En caso de morir el Rey, mi tío, ¿quien será el heredero presuntivo del cetro?*—Eludió la Baronesa la pregunta respondiendo: — *El Duque de Clarence sucede después de la muerte del Rey actual.*—Y la Princesa arguyó: — *Sí, ya lo sé, ¿pero quién sucede al Duque de Clarence?*—El aya conoció el objeto de la pregunta, dudó un momento y luego contestó: — *Princesa, teneis muchos tíos.*—Turbóse entonces la niña; ruborizósele el rostro; mas con tono serio repuso: — *Es verdad que tengo muchos tíos, pero en esta tabla observo que mi padre era el mayor después del de Clarence, mi tío; y me parece, según lo que acabo de leer, que después de muertos el Rey actual y el Duque, yo seré la Reina de Inylaterra.*—La Baronesa escondió su mirada en la mirada de la Duquesa de Kent y se redujo al silencio; mas la madre augusta, después de un rato de reflexión, dirigiéndose á su tierna hija le dijo: — *Fijas mis miradas en lo futuro, querida hija mía, mantengo la esperanza de*

que vuestra amada tía, la Duquesa de Clarence, tendrá todavía hijos; pero si fuese la voluntad de Dios que esto no sucediese, y que sobreviviéseis á la época lejana, según espero, en que deba terminar la vida de vuestro venerado soberano y la del Duque de Clarence, ciertamente, en virtud de las leyes de nuestro país, le sucederíais sin oposición. Si tal suceso, hoy demasiado remoto é incierto para ocuparme de él con otro fin que el de redoblar mis esfuerzos para formar vuestro corazón y vuestra inteligencia de una manera digna de tan elevado destino; si tal suceso ha de verificarse, no me queda sino pedir al cielo que hagais la ventura de vuestra patria y que seais digna del trono que sois llamada á ocupar.—Aquella escena terminó en abrazos efusivos y lágrimas hondas. Desde aquel día en el rostro de la joven Princesa, la natural gravedad que ya lo dibujaba, añadió una línea más de gravedad á su cándido perfil, sin que esta línea denotara interior fatuidad ni frívola delectación. Y como á poco Jorge IV murió, y el Duque de Clarence subió al solio bajo el nombre de Guillermo IV, empezó para la Princesa un nuevo régimen en la dirección de su educación moral, social, intelectual y política, teniendo en cuenta lo efectivamente precioso de sus facultades y lo interesante de sus observaciones llenas de juicio y curiosidad.

Bajo la educación inmediata de su madre, que, así como no había consentido que el pecho de ninguna otra nodriza que el suyo propio la nutriera en la infancia, había procurado que las primeras ideas que se imprimieran en su alma, y los primeros latidos que vivificasen su corazón, les fueran comunicados bajo su inspección continua por ayas y maestros de su absoluta elección, aquella precoz Princesa á los once años de su edad hablaba con facilidad y elegancia casi todos los idiomas europeos modernos y en los antiguos y clásicos, leía y entendía bien cualquier pasaje de Virgilio y Horacio, y recitaba las oraciones y los salmos de su culto. Sus adelantos en matemáticas y geografía eran notables, correspondiendo á la lucidez de sus talentos sus nociones sobre la Biblia, su instrucción

profunda sobre la Historia y su segura inteligencia sobre la Constitución inglesa. Adornaba ya su espíritu con sus progresos en la música, como si en ella se desplegara el genio hereditario de familia, y aunque adquirió desde tan temprana edad el gusto predilecto de las obras de Haydn, Händel, Beethoven y Pergolesi, cuyas composiciones ligeras cantaba al piano con dulce voz, un día que el Rey Jorge IV la invitó al real sitio para recrearse en sus infantiles encantos, después de haber examinado sus tempranas habilidades artísticas le dijo:—*Ahora la orquesta, que está prevenida en esta otra sala, tocará lo que más os guste. ¿Qué mandais?*—Ella repuso:—*¡Oh, Rey y tío mío, nada me gusta como el God save the King.*—Mas si el reverendo Jorge Davys, el calígrafo Steward, el maestro Juan Bautista Sale y los demás profesores encargados de despertar y adornar su entendimiento, habían ya obtenido, al cumplir la Princesa once años, los resultados que van referidos, en todos estos ramos de los conocimientos, al pintor Westall cabía otro género de satisfacciones, porque la fama de los progresos de su tierna discípula en el dibujo fue tal, que los Lores de la pairia y los opulentos de la fortuna se disputaban el honor de poseer algún borrón de la Princesa, que siempre se remitían á los *Bazares caritativos* para que sirvieran de óbolo cuantioso á las obras de la Beneficencia.

Declarada en 1830, después de la muerte de Jorge IV, heredera presunta del trono, la base fundamental de la educación recibida y de que fueron ejes la Duquesa de Kent, su madre, el Deán de Chester y la Baronesa de Lehzen, fue necesario ampliarla, á instancias del Rey Guillermo IV, á fin de familiarizarla con los grandes objetos que sostenían el régimen de la Monarquía y los intereses fundamentales de la nación. Diputado Lord Grey para indicar á la Duquesa de Kent la conveniencia de dar más carácter al director espiritual de la Princesa y proponerle para este cargo al Obispo de Lincoln, la Duquesa contestó:—*¿Y por qué no elevar al Reverendo Davys á una dignidad de la Iglesia?*—En el acto fue promovido al

Deanato de Chester. Lord Grey, como primer Ministro, también intervino para hacer aceptar á la Duquesa de Northumberland las funciones de aya, sin crear incompatibilidad alguna con las que con el mismo nombre ejercía la Baronesa Lehzen. La hermosa Duquesa fue una amiga más que una maestra de la Princesa, y empeñando en pasatiempos, al parecer frívolos, la aplicación de su discípula, con el juego de sus ciento treinta y dos muñecas, condecorada cada una con el nombre de los personajes más importantes que rodeaban el trono ó frecuentaban la morada real, la inició en los detalles más nimios de la complicada etiqueta secular de la Corte más medioeval en las prácticas que aún subsiste en el Universo. Mas la parte principal de las alteraciones que se introdujeron en los métodos de la educación de la *blanca rosita de Kent*, fueron los viajes, cuyo sentido esencial era su instrucción visual y práctica sobre todos los elementos constitutivos de la patria economía. Hasta entonces la Princesa Victoria, en la infancia todavía, no había gozado más viajes que los que cada año verificaba con la Duquesa, su madre, á los baños de Ramsgate y Tumberidge, y durante la rigurosa estación del verano, algunos días de expansivo hospedaje en el palacio de Windsor. Desde su primera expedición á Malvern, después de la elevación de Guillermo IV al trono, sus viajes tuvieron más publicidad y más pompa. La primera ciudad que la Duquesa de Kent le hizo visitar fue Birmingham, la ciudad floreciente de las grandes manufacturas, y al desfilarse lenta y reflexivamente por cada una de sus principales fábricas, se observaba el vigor de su atención y se recogían sus discretas observaciones. Las operaciones para soplar el cristal y para batir moneda, le produjeron verdadero deleite. Durante las diez semanas en que residieron en Malvern las augustas Princesas, fueron por ellas visitadas las fábricas de porcelana de Worcester, y luego las ciudades de Hereford y de Cheltenham, así como de regreso á Londres, fueron deteniéndose en Gloucester, Clifton, Bath, Devizes, Salisbury, Southampton y Portsmouth, en cuyo puerto

visitaron el yacht real *Jorge*, el navío de guerra *San Vicente*, y todos los departamentos del Arsenal.

En el verano de 1832, la expedición de las excelsas viajeras se dirigió á la isla de Anglesey, al Norte del Principado de Gales, donde hicieron una larga residencia. Del palacio de Kensington se salió el miércoles primero de Agosto y el lunes siguiente se llegó á la meta proyectada, después de haber descansado por el camino en Powis-Castle y en Wynastay-Park. Por el puente de Menai se penetró en la isla y millares de personas esperaron su arribo á Beaumaris. A la tercera semana de su instalación en la mansión de Bulkeley, teniendo á su disposición el yacht *Esmeralda*, comenzaron las visitas por el pueblo y palacio de Canarvon, cuna del infortunado Eduardo II. El cumpleaños de la Duquesa, madre, lo celebraron en Bangor. Pasaron luego á Plas-Newild, residencia del Marqués de Anglesey, de quien fueron huéspedes muy festejados algunos días, y otra vez retrocedieron á Beaumaris para asistir en Baron-Hill, hermoso palacio de Sir Ricardo Bulkeley, á la fiesta nacional de la música, á que la Princesa era tan aficionada, y de quien los jóvenes laureados ambicionaban recibir sus premios. Después se verificó el paseo por los condados del interior, promoviendo esta determinación, en alto grado, el entusiasmo en todo el país de Gales. Al mediar Octubre, se hallaban la Duquesa y su hija Victoria en Exton-Hall cerca de Chester después de haberse detenido tres días en la magnífica posesión del Marqués de Westminster, en cuyo tiempo asistió la Princesa á la inauguración de un nuevo puente sobre el Dée, de haber sido madrina de una hija de los Marqueses de Grosvenor, que recibió el nombre de la Princesa, y de haber presenciado un interesante tiro al blanco en la hacienda del Marqués. De allí pasaron á Chatsworth, á visitar sus grandes manufacturas de algodón. Tras una jornada pintoresca llegaron á Shugborough, atravesando los paisajes encantadores de Derby y Stafford, y hospedados en Shugborough-Park por el Conde de Liechfield, revistó el *yeomanry*

de Stafford, cuya milicia campestre la aclamó frenéticamente. Dos días después eran soberanamente recibidas las regias viajeras por el Conde de Liverpool, en Pitchford-Hall, donde esperaba su llegada una escogida corte de la nobleza del país, entre la que las damas Jenkinson de tal modo se captaron, con sus amabilidades, las simpatías de la Princesa Victoria en la caza de zorras con los perros Shropshire, que aquella amistad no fue ya jamás interrumpida por la elevación al solio. El palacio del Conde de Powis en el camino de Walcot, la mansión de Oakley-Park, donde se hallaban el honorable Robert y Lady Harriet Clive, y las del Conde de Plymouth en Hewell-Grange, y de los Condes de Abington en Wytham-Park, fueron otras tantas estaciones de la excursión elegante de las augustas viajeras, que en todas partes recibieron los sinceros homenajes de una adhesión elocuentemente significada por los tributos del entusiasmo que por donde quiera se les rendían. En Oxford no se limitaron á visitar su célebre Universidad, sino que se prestaron á presidir el acto académico en que Sir John Conroy recibió el grado de doctor en Derecho. Los alumnos de la sabia escuela, con el Consejo de la villa, los bibliotecarios de Bodlei y Radcliffe, y los alumnos de los colegios anexos á la Universidad, obsequiaron con flores y versos á la Princesa Victoria, *el ídolo tierno de la multitud en éxtasis*, y el regreso á Kensington fue nutrido de los recuerdos más agradables. La Princesa, que había de ser Reina, así se daba á conocer á los que habían de ser sus súbditos entre el tumulto de la alta vida social que compone la asociación del trono, de las costumbres elegantes, de los placeres populares, de la animación bulliciosa de las aulas y talleres, de las magnificencias del culto y de las maravillas de la naturaleza, y todos estos elementos hablaban al alma de la joven heredera de la corona, aquel lenguaje que despierta el espíritu á la múltiple y estrecha religión de los deberes que impone un magisterio tan elevado como el del cetro.

En Kensington la esperaba el capitán Back, que solicitaba

tributarle los homenajes de su devoción antes de partir en busca del capitán Ross, cuya suerte, á la sazón, llenaba de ansiedad y angustia á toda Inglaterra; y para que entretuviera sus ocios Montgomery Martín se le presentaba á ofrecerle un ejemplar de su *Historia de las Colonias inglesas*. Todavía no se había repuesto de su expedición al país de Gales, y ya la mansión acordada para el verano de 1833 en Norris Castle, en la isla de Wight, proporcionó á la Duquesa de Kent la ocasión de enseñar á su hija una parte de la costa meridional, conducidas á bordo del yacht *Esmeralda* hasta Plymouth. En Weymond desembarcaron para visitar en Melbury al Conde de Ylchester. La estancia en Plymouth se prolongó algunos días. La Princesa quedó encantada de su visita al Arsenal de Devonport, donde su presencia fue motivo de grande alborozo para el gran número de oficiales de mar y tierra que formaban aquel depósito. La Princesa regaló una bandera al regimiento núm. 89, que produjo una interesante fiesta militar que se prolongó durante sus visitas al faro de Eddystone y á las grandiosas obras del tajamar que dirigía el ingeniero Stuart. Otra vez á bordo de la *Esmeralda* prosiguieron su navegación hasta Darmouth, y desde allí, atravesando por tierra Torquay, Teignmouth, Davolish, Exeter, Honiton y Warcham, se llegó á Sovanage, donde de nuevo zarpó hasta llegar al palacio de Norris en East-Cowes. En una de las frecuentes excursiones á Portsmouth, la Princesa por vez primera presidió el lanzamiento de un hermoso bergantin, el *Corredor*, al agua. Le acompañaba la Duquesa de Northumberland y con ella pasó á bordo del navío de la Marina militar *Victoria*, y después de una inspección minuciosa de todos sus departamentos, entretuvo gallardamente á la oficialidad con la gloriosa recordación de Nelson. El giro de la conversación recayó en la historia naval de su país, y allí cautivó la admiración y el encanto de la numerosa oficialidad que la rodeaba. Hasta á la marinería tocó su nota especial de júbilo en aquella visita. Terminada la inspección del buque, sentáronse las excelsas damas, como al azar, en una

de las mesas de marineros y pidieron que la comida destinada á los de aquella sección se les sirviera en su presencia. La Princesa Victoria, la Duquesa de Kent, su madre, y la de Northumberland, con las demás damas de su comitiva, en aquella mesa comieron vaca con patatas, servida en platos de madera, con tenedores y cuchillos usados de la tripulación, y en ella y en los vasos de la marinería bebieron el *grog*. El entusiasmo de la gente de mar llegó al frenesí: los *hurras* no tuvieron término. Así se iniciaba la futura Reina Victoria, á bordo de la *Victoria*, en la familiaridad militar de la primera fuerza en que se asienta el poder de la Gran Bretaña. Esta escena se repitió pocos días después en Spithead visitando otro navío de guerra: la *Vestal*.

Cuando ocurrió la muerte de Guillermo IV, por la que fue reclamada al trono, todavía la Duquesa de Kent continuaba con su hija aquel sistema de educación que entonces se empleaba en la visita á las escuelas de la infancia. En realidad, este sistema, tan tenazmente proseguido, ¿constituye un verdadero sistema de educación para el que un día necesariamente ha de ascender á los altos deberes soberanos? Ciertamente no es un método inicial, pero sí su complemento. El fondo doctrinal y técnico la Princesa ya le poseía. Aún le quedaba otro grado último: el de la práctica; pero este grado sólo puede adquirirse en el trono. La Reina Victoria también lo adquirió bajo los auspicios de ilustres maestros, de tal manera que desde su primera infancia hasta la muerte casi simultánea, ó al menos en un mismo año, de su madre y mentora, la Duquesa de Kent, y de su esposo y mentor, el Príncipe Alberto, en 1861, puede decirse que la gran Soberana de Inglaterra sólo fue elevándose de grado en grado á la suma maestría de una constante educación. En el pecho y en el regazo maternal de la Duquesa Luisa Victoria de Coburgo mamó el espíritu de gravedad y rectitud que constituyeron sus primeras líneas desde la infancia; el fino tacto y la religiosa integridad de sus dos Ayas la Duquesa de Northumberland y la Baronesa

de Lehzen; la extremada lealtad de las ingenuas determinaciones de su primer Ministro el Vizconde de Melbourne; la suma discreción y prudencia de sus actos del Príncipe consorte. Todos fueron sus maestros, sus únicos consultores internos mientras vivieron: cuando sin ellos, arrebatados por la muerte, se manejó exclusivamente por sí, pudo ser maestra de sus maestros. Y aunque en su propia naturaleza se hagan radicar las grandes líneas del carácter que la individualiza en el trono, hay que reconocer que todas sus ingénitas virtudes se acrisolaron en el yunque prolongado de su educación tan sabiamente dirigida y tan útilmente aprovechada. Dice bien el publicista belga que escribe: «*Les vertus sur le trône étaient préparées par une education severe et une intelligence remarquable.*»

Pero si en la Reina Victoria el genio no encendió sus antorchas, y el misterio de su grandeza positiva radica en el fondo de su acertada y aprovechada educación, el cuadro que de los procedimientos que para perfeccionarla se emplearon, principalmente desde la muerte de Jorge IV, basta para desvanecer toda la fábula de la sorpresa que emana de la narrativa de Mac-Gharty y del cuadro de Vinterhaller relativo á la madrugada del 20 de Junio de 1837. La historia verdad, la historia humana, sólo atestigua que la Princesa tardó en presentarse; que se presentó en traje íntimo y no preparado para el teatro de la ocasión, y que apareció con los ojos hinchados de llorar. Estas lágrimas, de aquella madrugada solemne, todavía no explicadas; estas lágrimas arrancadas tal vez por la lucha y la resistencia, sólo se sabe que las engarzó en oro en su bello canto tétrico *Victoria's Tears*, Mistress Browning, una de las insignes poetisas, que con Jorgina Elliot, Carlota Bronte y Harriat Martineau, han sido las Safo de este siglo en la Gran Bretaña. Otro cuadro hay también de aquellas horas supremas, en que el pincel del artista ha tratado de borrar la verdad: el del pintor Sir David Wilkie, que representa la reunión del Consejo privado en Kinsington Palace, á las

once de la mañana del mismo día 21 de Junio. Wilkie viste en él de blanco á la joven Princesa, aun no proclamada Reina. La verdad histórica certifica que la atribulada Victoria se presentó vestida de negro, conducida de la mano por el Duque de Sussex. Estos detalles no son nimios y sus mistificaciones son ridículas. Todas las meticulosidades, todas las resistencias de aquel momento por parte de la heredera irrevocable, se confunden con los austeros sentimientos que en su espíritu imponía la conciencia de su responsabilidad en los deberes que iba á contraer. Estas dudas y estas resistencias engrandecen, en vez de empequeñecer, el concepto de su alta penetración y el concepto de su alta escrupulosidad. ¡Subir á un trono no es sólo ostentar en la frente una corona de brillantes irradiaciones! El principio de las grandezas del alma de la Reina Victoria, tal vez se revela en las indecisiones de aquel momento ante la pesadumbre de la responsabilidad.

¿Debe suponerse que la Reina Victoria, al ser llamada al solio, tenía una perfecta noción de la situación y del momento crítico por que atravesaba el país que estaba destinada á gobernar? Después de las guerras napoleónicas, la opinión, desorientada en la incertidumbre del porvenir que ofrecía la profunda transformación que ya se había iniciado en el modo de ser social y político de la nación británica, dejó al legado de la Historia el desfavorable concepto que como sanción última aún se tiene de los tres reinados que precedieron al de la dulce doncella de Kent, y todavía la censura subsiste, sin que la crítica posterior, que abarca mejor la razón de las cosas pasadas, porque puede penetrar más ampliamente las causas, los efectos y las consecuencias, cuyo conjunto nunca está al alcance de los más perspicaces estadistas, haya modificado sus adversas sentencias. Cuando el espectáculo de la revolución francesa hirió el cerebro de Inglaterra; cuando en la reacción la espada de Bonaparte alarmó hasta su seguridad, la Gran Bretaña, considerada casi como un Estado de segundo orden, inferior á España, á Portugal, á Holanda en colonias, todavía muy

lejos de ser por sus escuadras la dueña y árbitra de los mares, y ni aun siquiera pudiendo envanecerse de haber empuñado la balanza de la industria y del comercio del mundo, y mucho menos de ser la reguladora absoluta del numerario, del crédito y de la fortuna del universo, á pesar de sus seculares instituciones parlamentarias, vegetaba empotrada en el marco estrecho y despolítico de la dirección política que le imprimía su vieja aristocracia. Verdad es que en la prueba del acierto, en que la habilidad se sumó con la dura imposición de la sangre y el fuego, la aristocracia dirigente del país casi se olvidó de sí misma para sólo entregarse á las imperiosas exigencias del Estado y la patria. Verdad es que se hizo experimentar al país costosos sacrificios; pero todos los problemas los dominó con acierto y con fortuna, y la primera parte de la lucha de William Pitt con la revolución regicida, y la segunda parte de la continuada de Lord Addington contra los trastornos geográficos, las ambiciones insaciables y las invasiones atrevidas de Napoleón, pusieron á aquella elevada clase social, en quien secularmente residía la influencia y la dirección de la política y del poder británico, en el yunque de los admirables servicios á que la Gran Bretaña debe, después de la pérdida de sus colonias americanas, el principio del engrandecimiento de su poder y de la dilatación portentosa de su Imperio.

Una nación que al empezar el siglo tenía en Europa una población menor que la de Francia, Austria y Rusia, cuyos recursos militares eran infinitamente inferiores á los de estas tres potencias y aun á los mismos de España, Prusia y otras del Norte, y que aun en los mismos mares malamente hubiera podido sostener la competencia con Francia, España, Dinamarca y Holanda, tuvo en aquel momento supremo el instinto de su posición; y aunque la menos amenazada por su propio aislamiento, cercada del foso insondable de sus mares, ni de la invasión de las ideas ni de la invasión de los ejércitos revolucionarios, tomó parte principal en las alianzas del continente, más que para defender los derechos institucionales en que

se fundaba su constitución política, comprendiendo que su participación en los asuntos del continente le era necesaria, tanto para salvarse de la crisis común, como para fomentar súbitamente su industria y su comercio, de que su prosperidad dependía, y aun su propia libertad é independencia. Honró infinitamente á la oligarquía aristocrática de la Gran Bretaña haber mantenido tenaz su determinación, á pesar de los sacrificios que entrañaba. Pero aunque para mantener esta determinación hubo que adoptar durísimas medidas para tripular la armada enorme con que Inglaterra barrió los mares de sus rivales todas; aunque la deuda pública adquirió proporciones colosales, y hubo que imponer sobre el país gravámenes y tributos sin precedentes; aunque se tocaron los linderos de la inopia, de la necesidad, del hambre, su claro instinto le señaló, como ventajas de una utilidad permanente, la libertad en que se le dejaba para extender su influencia, su poder ó su dominio sin estorbos en Asia, en África, en América, en la Oceanía, mientras en España, Francia y Alemania se libraban las cruentas batallas en que, ya dentro de sí mismas ó ya unas contra otras, se devoraban, socavando los cimientos de sus respectivos Imperios. Las potencias continentales, como Sidney Low escribe, se hallaban demasiado ocupadas para impedir la acción de Inglaterra en todas las demás partes del mundo. De esta manera sus procónsules acabaron de sojuzgar la India, sus colonos arraigaron en la Australia, Holanda tuvo que cederle el África del Sur; y si en la América española, por ella insurreccionada, no tomó posiciones continentales, que entonces ninguno de los rebeldes de España le hubiera regateado, debióse á circunstancias y ofuscamientos que le compelieron á aquella mal conllevada pero despótica moderación. De cualquier modo, su predominio en los mares se había hecho indisputable, robustecido por la posesión que había tomado de aquella serie de estaciones navales en torno de todo el globo, que imponía al planeta como una cintura de diamante de su poder. Con estas conquistas y el desarrollo que la industria adquirió

en sus grandes poblaciones, medio siglo después de Trafalgar ella era la única nación naval en Europa, y su marina mercante la única flota comercial en el mundo.

Mas lo que no alcanzaron en Inglaterra las alarmas sañudas de la revolución, ni las armas audaces de Bonaparte, lo logró en la paz, después de la victoria, la insinuante comunicación de las ideas, y el espíritu reformista de la revolución inculcóse en aquellas clases medias, á las que en los momentos de la lucha los gobiernos de la aristocracia histórica habían tenido necesidad de acudir para que, con los óbolos de la opulencia adquirida con el trabajo, ayudasen á desempeñar al Estado de los compromisos de honor y salvación que habían contraído ante el propio país, ante Europa y ante el mundo. De esta manera, desde 1815 hasta 1832, Inglaterra, interiormente, se vió envuelta en el palenque de las luchas de las reformas políticas, que no pudo concluir sin haber alcanzado la abolición de los privilegios seculares de la aristocracia y la emancipación de la clase de los industriales y de los comerciantes. A estas conquistas debían suceder, inmediatamente, y como complemento de ellas, la de las reformas del derecho electoral y las del derecho político de las confesiones que no se sumaban en el de los que profesaban la religión del Estado: y en esta contienda que había de absorber otros treinta y cinco años, tuvo que hacer su brillante aparición en la escena aquella interesante joven de diez y seis años, rodeada de los tempranos prestigios de la edad y del sexo, y de la virtud y de la discreción precoz, en quien desde el primer instante de su proclamación Inglaterra concentró todas sus esperanzas. Todavía vibran atronadoras en el ancho ámbito de los dos tercios del siglo en que el nombre augusto de la Reina Victoria se mece, las hermosas estrofas de la oda de Montgomery á la coronación, que, como el último canto de nuestro Núñez de Arce, *Sursum corda*, caía en el corazón de cada inglés como el himno supremo de la fe y de la esperanza. *El cetro, en manos de una virgen*—escribia el poeta—*el reinado de la belleza y*

de la juventud, siembran el contento en Inglaterra y le inspiran lealtad, fidelidad y amor. ¡Reina, VICTORIA, reina sobre hombres libres que te ofrecen sus brazos y su corazón!... Islas y continentes, pueblos vecinos y lejanos obedecen tu voz. La estrella de la mañana y la de la noche señalan los puntos en que se hallan los límites de tu Imperio. ¡Reina, VICTORIA, reina sobre hombres libres! ¡Millones de seres cifran en ti sus esperanzas!.... Aquí, en el extranjero, en las naves, en las playas, óyense las bendiciones á ti y á los tuyos. No brilla ya el acero ni truena el cañón. El universo entero te aclama por REINA DE LA PAZ. ¡Reina, VICTORIA, reina sobre hombres libres! ¡El Todopoderoso reine sobre ti!

Realmente las prendas del Soberano no bastan para encender en antorchas de gloria los aciertos de un reinado. Se necesitan hombres, é Inglaterra debía parecer agotada después de acabar de producir un Pitt, un Fox, un Burke, un Sheridan, un Grey, un Canning, un Brougham. El nuevo reinado que se inició, á pesar de los arrebatos de la opinión, con la eterna lucha y las eternas intrigas de los partidos, y con la amenaza de la disminución del Imperio británico á causa de las insurrecciones del Canadá, para llenar los altos destinos á que estaba llamado, necesitaba de hombres proporcionados á la condición de tal Reina, y hay que reconocer que la Providencia, en todas las órbitas, así de la vida íntima como de la acción soberana, con mano pródiga la dotó de todos estos grandes instrumentos de colaboración. Los eslabones continuos de la brillante cadena que han formado en los dos tercios de siglo de tan gigante Imperio, después de haberlo llenado enteramente sin interrupción, todavía se suceden en el pleno poder de su existencia y aun dibujan nuevas fisonomías á las perspectivas del porvenir. Si al Vizconde de Melbourne no cupiera otra gloria que la del papel paternal que llenó al lado de su joven Soberana, no sólo para iniciarla en todo el complicado mecanismo de sus funciones majestáticas, sino para inculcarla aquella lealtad acerca de sus deberes constitucionales, que hizo

decir á John Bright:—«*La Reina es la mujer más sincera que se puede hallar*»; ésta sería bastante para legar su nombre perpetuamente á la gratitud de la Historia. Hirió Robert Peel el corazón de Victoria, ya tratando de obstruir su matrimonio con el Príncipe Alberto, á quien el nuevo Rey Eduardo VII, su hijo, con tanta razón ha aplicado el epíteto de *el Bueno*, ya arañándole los honores y las prerrogativas al hombre con quien ella había de compartir el alma enamorada, el tálamo y el cetro; hirióla cuando á ella misma, en la cuestión de las *Bedchamber Women*, trató de imponerle un freno irrespetuoso é injusto en prerrogativas que le eran debidas, hasta hacerla exclamar:—«*¡Yo demostraré que soy la Reina de Inglaterra!*»

Pero estos rencores no la movieron á prescindir de él en el primer ministerio del Estado, cuando sus talentos habían de ilustrar los altos intereses de Inglaterra. Palmerston más tarde intentó dirigir los intereses exteriores del Imperio á espaldas de la Soberana. Desnudóle del poder que le había otorgado, y cuando Palmerston capituló, la Reina le ofreció la reconciliación más afectuosa. Con mujer de tales prendas, no podían menos de adquirir en el ministerio del trono aquellos hombres ilustres que se han llamado ó se llaman Russel, Derby, Aberdeen, Lord Beaconsfield, Gladstone, Hartington, Salisbury, D'Hancourt, Rosebery, Chamberlain, el relieve con que en los sesenta y cuatro años de su reinado han conducido el Imperio británico al pasmoso engrandecimiento en que se encuentra constituido, y el prestigio de la Soberana á la mayor glorificación imaginable entre los hombres. Ellos comparten con la Reina Victoria los laureles de éxitos tan admirables.

Pero para lograrlos, ¡qué serie de luchas y qué serie de providencias para dominar problemas tan arduos! Durante los treinta y cinco primeros años, el gobierno casi fue patrimonio exclusivo de los hombres del partido liberal. El ansia de reformas parecía que hasta se respiraba en la atmósfera. Los

problemas fueron político-económicos, y la escuela de Manchester se imponía á todo, porque estaba favorecida por los industriales y comerciantes de las grandes ciudades. La doctrina, el programa de Cobden, el *laissez-faire* y el *laissez-passer*, que constituían sus principios, eran cánones de política y economía política, y la libertad del comercio como un principio de ética. Estos principios impusieron las reformas que entonces se realizaron. Al conservador Roberto Peel tocó, en 1846, suprimir los derechos de importación del trigo y adoptar el libre cambio como política fiscal de la Gran Bretaña. Después vino aquella larga serie de leyes nuevas, en cuya proposición la Cámara de los Comunes tomó los vuelos que hizo sobreponer su influjo á la otra Cámara señorial del Parlamento, y con las que se corrigieron los abusos del sistema de trabajo en las fábricas, se estableció el gobierno local propio de las ciudades, se remediaron las deficiencias de las leyes antiguas sobre el pauperismo, se simplificaron los procedimientos de los Tribunales civiles y se abrieron las puertas del Parlamento, las Universidades y las nóminas de los empleos públicos, á los hasta entonces excluidos de estos derechos por sus diferencias de fe con los que profesaban la de la Iglesia anglicana.

Fruto de toda esta gran evolución política y social fue la corriente de súbita prosperidad que inundó á Inglaterra. La elevación de los salarios cambió enteramente la condición doméstica del inmenso proletariado del trabajo. El ahorro creó cajas, bancos, nuevas instituciones de crédito, nuevas asociaciones de mutualidad, nuevos arbitrios de la abundancia. El vapor multiplicó todas las relaciones de la actividad humana. El país se cubrió de una red de ferrocarriles. El mar se pobló de barcos. Los talleres palpitaron con una animación vertiginosa. La riqueza general avanzó, como Gladstone dice, *á saltos*. Y cuando en 1851 el Príncipe Alberto, copropulsor de todo este maravilloso movimiento, inauguró en el Palacio de cristal la primera Exposición Universal, á

cuyo concurso fue invitada toda la industria del mundo, Inglaterra pudo mostrar, ante el jurado de las naciones, la supremacía de su producción fabril y de su comercio con que se hacía pesar en la balanza económica del universo.

En aquel brillante período en que la política económica de la Gran Bretaña había impuesto el reinado de la paz en todas partes, no sólo hizo conocer la superioridad de su genio en la superioridad de sus adelantos sociales y en la superioridad de sus manufacturas, que exaltaban sus tejidos de algodón del Lancashire, sus tejidos de lana de Bradsford y de Leids, su cuchillería de Sheffield, su maquinaria de Birmingham y sus construcciones navales de Liverpool y de Glasgow. La misma superioridad rescataba al imperio de la inteligencia en la literatura, en las ciencias, en las artes, y de aquel gran ciclo aún se destacan los nombres modernos más eminentes, que dan la graduación suprema de la cultura á que se había llegado. Los poetas eran Tennyson, Browning y Ruyard Kiplings; los novelistas Carlos Dickens, Thackeray, Jorge Eliot, Carlos Reade, Carlota Bronté; los historiadores, filósofos y críticos, Macaulay, Grote, Carlyle, Herbert Spencer, Ruskin; á la alta esfera del arte pertenecieron Millais, Leigton, Rosetti. Darwin publica *El origen de las especies*; John Stuart Mill, su *Estudio sobre la libertad*; A. Spencer, los *Primeros principios*; Lyell, la *Antigüedad del hombre*; Huxley, el *Lugar del hombre en la Naturaleza*; Carlyle, su *Federico el Grande*. Estos nombres representaban que, así como Inglaterra bajo el cetro de la Reina Victoria había empuñado el cetro de la industria y del comercio en el mundo, ella también podía llevar en el mundo la suprema dirección de la inteligencia. Tiene razón Macaulay: «la Historia de Inglaterra en el siglo XIX es la historia de los progresos de la humanidad.»

Todas estas supremacías no podían menos de dar por última ecuación la conquista perseverante de la supremacía de su poder. Y en efecto: la era victoriana eclipsa en Inglaterra todas las eras gloriosas de su larga Monarquía. La simple

enumeración de sus empresas expansivas y de incorporación desde 1838, en que empezó la primera guerra del Afghanistan, hasta las que todavía, al morir la Reina Victoria, sostiene en el Africa del Sur, asombra y asusta. La primera guerra del Afghanistan duró hasta 1840, y ya los soldados de Allau Mac-Nab habían ahogado en sangre la formidable insurrección del Canadá. De 1841 es la primer campaña contra el cerrado imperio de la China: sus provechos fueron la adquisición de la isla de Hong-Kong y la apertura de los puertos del Cantón, Amay, Fu-Tchen, Ning-po y Sang-Hai, para su tráfico. La represión de los cipayos de las Indias ocupó sus armas de 1845 á 1846. Este mismo año emprendió la campaña contra los cafres.

Por más que las censuras de la emulación hayan acriminado el sentido moral de Inglaterra y sus procedimientos inhumanos, en la mayor parte de estas empresas, en que sucesivamente ha luchado con los árabes de la Palestina, los mahrattas del Natal, los sikhs del Peujab, los persas, los birmanos, los siameses, los mahoris de Nueva Zelanda, los achantis, los abisinios de Magdala, los basutos, los zulús de Cettiwayo, los matabeles y otros salvajes del Africa, y ha emprendido conquistas como las del Sudán, el Egipto, el Transwaal y el Orange, la verdad es que, como los conquistadores españoles del siglo xvi en América y en Asia, que en la punta de sus espadas llevaban las fuentes de la civilización, donde el cañón inglés ha resonado, donde la ambición británica ha realizado una conquista, allí la civilización y la libertad, diga Max Nordau lo que quiera, han erigido un altar.

A la mayor parte de estas empresas se las tilda de que no las inspiró, ni las consumó la justicia. Mas el resumen es que estas son, estas han sido y estas serán, mientras el hombre habite sobre el planeta, las únicas vías de la civilización. La Historia dirá, en definitiva, que bajo el reinado de Victoria primera, Inglaterra, que en 1837 constituía un Imperio que en el solar nacional sólo contaba 26 millones de habitan-

tes, y entre todas sus posesiones coloniales apenas llegaba á 100 millones, al morir esta augusta Soberana lo deja extendido por toda la extensión del globo en 28.119.500 kilómetros de territorio, habitado por 388.000.000 de almas; es decir, en un Imperio sólo inferior en extensión al de Rusia, y sólo inferior en población al de China; que sólo con sus posesiones de la India ha crecido desde 1837 en 275.000 millas cuadradas; que ha ocupado á Aden, fundado á Hong-Kong, tomado posesión de Wei-Hai-Wei, colonizado una parte de la isla de Borneo, ocupado 400.000 millas cuadradas en medio de las inclemencias del Africa meridional; formado en el Africa oriental el principio de un Imperio que ya abarca 400.0000 kilómetros cuadrados de superficie; que en Chipre ha tomado otra nueva posición estratégica en el Mediterráneo, desde donde asegura la inmunidad de su ocupación del Egipto; que impone la ley á los sudaneses hasta más allá de la línea de Khartum y que protege el pensamiento de Cecil Rhodes de unir por los rails de un ferrocarril la futura confederación del Cabo con los pintorescos minaretes del Cairo. No hablemos de las escuadras, signo de la fuerza, con que mantiene los vínculos de Imperio tan disperso; sino de sus 24.000 buques, la mayor parte de vapor, y con arqueo de más de 10.000.000 de toneladas, que llevan con las promesas de la solidaridad humana el tráfico civilizador y comercial de Inglaterra por todos los mares que bañan costas de la tierra, y que hasta en las solitarias é inclementes nieves del Polo esculpen el nombre de su Reina Victoria.

Se duda de las aptitudes militares del país que en este siglo, enfrente del genio de Napoleón, opuso la sabiduría estratégica de Lord Wellington. ¡Qué demencia! De la escuela científico-militar de Wellington salieron Collin, Campbell, Havelock, Nicholson, Lawrance, Lord Raglan, Napier de Madgala, Stewart, Lord Robert, Lord Wolseley, Lord Kischener, todos ciencia, todos sagacidad, todos abnegación. También ellos brillan en el ciclo del reinado de Victoria I, engrandeciendo á

su patria en igual grado de colaboración que los grandes estadistas, los grandes economistas y los grandes sabios. ¿Qué hubieran sido sin ellos los sueños de Disraeli, las vindicaciones de Salisbury, los pensamientos en curso de Chamberlain y aun los grandes temores apocalípticos de Rosebery? Estos temores son previsión; pero Salisbury ha salido al encuentro de ellos cuando ha dicho: «¡Inglaterra nada tiene que temer por su Imperio mientras los ingleses estén unidos!»— Y sobre la unión de los ingleses siempre equivaldrá á un verdadero apotegma lo que nuestro Marqués de Miraflores, desde la Embajada de Londres, escribía á nuestro Conde de Oñate, Presidente del Consejo y Ministro de Estado, después de la coronación de la Reina Victoria en 1837, y á propósito de la rivalidad entre el Vizconde de Melbourne, jefe del Gobierno británico y del partido *wihgt* y Robert Peel, jefe del partido *tory*. — «Los estadistas ingleses, aquí son *wihgs* ó son *torys*, conforme les acomoda; pero en tratándose de los altos intereses de Inglaterra no son más que *ingleses*.» El imperio proclamado en 1777 en los campos de Delhi, y sancionado en 1797 en Londres por los representantes del Canadá y de la Australia, no flaqueará en sus cimientos, mientras vigoricen las fuerzas de la metrópoli los vínculos de esta unión.

La balanza del reinado de la Reina Victoria no es la vez primera que se hace ahora con ocasión de su muerte. En 1887 se hizo en periódicos y libros con motivo del jubileo quincuagesimal de su elevación al trono, y se repitió en 1897 con motivo de las bodas de diamante entre la Soberana y su cetro. Pero no hay inglés, ni aun los más metalizados, que no la lleve esculpida en el alma con el nombre de la Reina. No sólo la fantasía popular, siempre atraída por los conceptos de lo extraordinario, sino la culta literatura y hasta la Historia, ya han hecho una fábula de cada línea de las que forman el carácter y la vida de la vieja Soberana. La virgen de Kent, la esposa del palacio de Buckingham, la viuda solitaria de Windsor, de Balmoral y de la isla de Wthgt, la madre, la amiga, la pa-

triotas; la mujer discreta, la mujer sencilla, la mujer leal; todos los gustos, todas las aficiones, todas las prácticas, hasta las más rutinarias de la existencia tienen creada ya su leyenda respectiva en la imaginación del pueblo, en las narraciones del hogar, en las idealidades de la poesía, en los reclamos de la literatura. Los franceses, que no saben por qué lado arrancarle un girón al manto de tantos y tan merecidos respetos, han hallado en la característica sencillez de sus tocados tema para motejarla de mal gusto en el vestir, hasta tocar en lo estrafalario y aun en lo ridículo. La Reina lo sabía, y hablando un día sobre esto en su palacio de Windsor con otra mujer española que dejará nombre eterno entre las grandes damas coronadas del siglo XIX, la Emperatriz Eugenia, á quien tenía por huésped, le decía: — «*Estas son murmuraciones de las desequilibradas del continente que toman el patrón de sus modas de las meretrices de París*»; y otro escritor inglés, comentando estas palabras, lamentaba que desde el reinado de Luis XV en estas meretricas se hubieran refugiado las joyas y el boato que antes constituían la línea divisoria del alto mundo de la corte y de la sangre que rodeaba los tronos. La Reina Victoria miraba estos dijes con repugnancia y solía decir: — «*¡Ya las mujeres honradas no deberían llevar brillantes!*»

Verdaderamente en la Reina Victoria era todo excepcional. Habiendo profesado al Príncipe Alberto aquel delirio y aquel respeto que ha conservado hasta la muerte, todo el mundo esperaba que su hijo y sucesor, el ya nuevo Rey de Inglaterra, hubiera conservado su nombre en el trono. En su discurso ante el Consejo privado, que ha sido publicado en *The London Gazzette*, el Rey Eduardo VII ha dicho:—«He resuelto tomar el nombre de Eduardo, que ha sido llevado por seis de mis antepasados. Al hacer esto no desdeño el nombre de Alberto, que he heredado de mi sabio y jamás bastante sentido padre, que merecidamente es conocido, con universal asenso, á lo que creo, bajo el nombre de ALBERTO, *el Bueno*;

pero yo quiero que este nombre quede para él solo.» En otra conversación con los honorables miembros del Consejo privado, declaró el Rey que el nombre Eduardo lo tomaba obedeciendo la voluntad de su madre, la finada Reina Victoria. ¿Qué significaba para la Reina Victoria el nombre de Eduardo? La Reina Victoria fue idólatra de su madre: á su padre el Duque de Kent apenas le conoció: le adoraba en recuerdo. EDUARDO era el nombre del Duque de Kent.

NICOLÁS PÉREZ MERINO.

POETAS AMERICANOS

¿POR QUÉ?

Á Josefina.

¿Por qué, mi bien, no escuchas mi reclamo,
E indiferente y fría,
Cuando ansioso te llamo
No respondes:—«¡Amor, si yo te amo
Y es tuya el alma y la existencia mía!»

¿No comprendes las hórridas torturas
Que hacen mi vida silenciosa y triste;
Que el cáliz de las viejas amarguras
Renace de olvidadas sepulturas
Y nubes negras mi horinonte viste?

¿No ves que mi alma triste desespera;
Que la duda implacable me consume;
Que espero tus palabras, como espera
Para abrir el botón, la Primavera
Y dar al viento su primer perfume?

¿Por qué te muestras sorda á mi reclamo?
¿Por qué te miro indiferente y fría,
Si el alma dice sin cesar: —«Te amo,
Y enmedio á mi dolor cuando te llamo
No responden tus voces á la mía!»

R. BENAVIDES PONCE.

Caracas.

CRÓNICA LITERARIA

SAMARIO: LA RAZA DE CAÍN, novela, por D. Carlos Reyles.—CUESTIONES HISPANOAMERICANAS, (estudios sobre enseñanza, crítica y bibliografía), por D. Rafael Altamira.

El escritor uruguayo D. Carlos Reyles no es desconocido para nuestro público. Quizás no sean muchos los que hayan leído sus obras, pero en periódicos de gran circulación ha hablado de ellas D. Juan Valera, con la competencia y el donaire habituales en sus trabajos. También el propio señor Reyles ha publicado, si mal no recuerdo, algunos artículos literarios en nuestra prensa y por último en LA ESPAÑA MODERNA se ha dado noticia de varios de sus libros.

Uno nuevo acaba de publicar ahora, acaso el más extenso y el de mayor empeño entre los que han salido de su pluma, si bien vacilaría yo en declararle el mejor. Titúlase *La raza de Caín*, y es una novela de las que suelen llamarse psicológicas, puesto que el autor no ha tenido evidentemente por fin principal la descripción de las costumbres, ni el planteamiento y resolución de algún conflicto dramático, ni ha tratado acaso de exponer en forma literaria alguna tesis moral, sino de presentar dos almas, dos caracteres que tienen entre sí cierta semejanza, dos ejemplares, en suma de la raza de Caín, de que nos habla el título de la novela.

Claro es que en ésta, dada su índole, los sucesos de que la

acción se compone tienen tan sólo una importancia secundaria. El interés está en los dos personajes anormales que ha querido presentar el novelista; en el mundo interior de esas dos almas. Cacio y Guzmán, que así se llaman, son lo capital en esta novela y casi son ellos la novela, pues si mentalmente los eliminamos, lo que queda ofrecería corto interés.

¿Qué son estos personajes? ¿Qué es esa raza de Caín de quien el novelista nos habla? El nombre de Caín sugiere á cualquiera, sin necesidad de mayor explicación, una representación del mal, de la envidia, del fratricidio, y por consiguiente, de la falta de fraternidad y de caridad hacia los demás hombres. Los nuevos cainitas, que nos presenta el Sr. Reyles, se muestran dignos de tan siniestro abolengo, y si no en depravaciones materiales, en depravaciones morales nada tienen que envidiar á los herejes gnósticos del siglo II conocidos por aquel nombre.

Los dos principales personajes de la novela de que vengo hablando se sienten extraños entre las gentes con quienes viven; les irrita la alegría y la dicha de los demás; las creencias, la vida moral y los sentimientos de los hombres normales les parecen cosas despreciables y bajas, muy inferiores á lo que ellos sienten y comprenden. Son *amorales*, pero sin grandeza, pues no se atreven á combatir cara á cara aquella sociedad, aquellos hombres, aquellas costumbres é ideas que tan profundamente desprecian y abominan, y se contentan con cultivar solitariamente su odio, hasta que al fin acaban ambos ruín y miserablemente, envenenando el uno á traición á la mujer á quien ama, sin osar disputársela al rival afortunado, y retrocediendo el otro ante el miedo físico á la muerte, cuando después de concertar con su amada el mutuo suicidio, ella, más valerosa, se priva de la vida. A la verdad comparados con estos tipos de la psicología modernista, crecen codos los héroes de la literatura romántica que disputan los triunfos del amor á sus rivales con la gentileza de caballeros andantes, que desprecian la muerte y no vacilan en desa-

fiar á la sociedad entera, á la Naturaleza y á lo sobrenatural si son obstáculo á sus pasiones. Estos últimos personajes poéticos son de la raza de los titanes, los otros pertenecen en realidad á una raza de pigmeos atacada de incurable impotencia.

Los dos tipos que presenta en su novela el Sr. Reyles, aunque tienen entre sí cierta semejanza y parentesco espiritual, no dejan de ser diferentes en varias de sus circunstancias y en algunos de sus rasgos psíquicos. Cacio es el más vulgar y el más bajo. Es en realidad un descontento de su suerte; un envidioso que odia en los demás la riqueza, la categoría social, los atractivos físicos, la fortuna en las empresas del amor, todos los dones que reparte la suerte á sus favoritos ó que alcanza á veces la constancia de los hombres. Juzgándose interiormente superior á los que exteriormente son superiores á él, padece los tormentos de la envidia, que van destilando en su alma, gota á gota, los más sutiles venenos del odio. Pero como no desdeña, ni mucho menos, los bienes de la tierra, procura agenciárselos mediante un matrimonio ventajoso, como cualquier cazador de dotes sin abolengo cainita, ni intelectuismo de ninguna clase. Es ante todo un fracasado: si la fortuna le hubiera sido propicia, le veríamos pidiendo puesto en la raza de Abel, ó cuando menos, reconciliado con ella.

El otro personaje, Guzmán, protagonista de una novelita anterior del Sr. Reyles, titulada *El extraño*, es más distinguido y más pretencioso. No la envidia, sino la soberbia es la pasión que le mueve. Es una encarnación del *narcisismo* intelectual, de la adoración de su propio pensamiento, de sus ideas, de sus sentimientos, de sus gustos. Toma á los demás como *fantoches* divertidos ó empalagosos de un espectáculo creado para su delectación. En su interior desprecia á cuantos le rodean, juzgándose un ser superior, que no son capaces ellos de comprender, y mira á sus semejantes como objetos de curiosidad y observación, á la manera que el naturalista los insectos que colecciona. Cacio le parece también un caso interesante, curioso, aunque á veces le sobresalta la idea de su parecido con él,

idea que mortifica grandemente su amor propio, mas de la cual no consigue desprenderse; como que es reflejo ó adivinación de la realidad.

Ambos se parecen en que son encarnaciones mezquinas del egoismo, disfrazado con oropeles de diletantismo intelectual. Son abortos del ideal de Nietzsche, no hijos de tiempo, fuertes y vigorosos de la altiva, aunque inhumana doctrina de Zaratustra, que en medio de sus extravíos tiene cierta grandeza que bien puede llamarse satánica, puesto que es aquella una glosa modernizada, filosófica y literaria del *non serviam* lanzado por aquel que quiso ser, si no super-hombre, que hubiera sido poco para él, algo así como *super-arcángel*.

Aun siendo de tal índole sus principales figuras, la novela del Sr. Reyles resulta en cierto sentido moral; pues como á pesar de su complicada psicología y de sus desmedidas pretensiones los consabidos personajes resultan antipáticos, bajos y hasta ridículos, ningún lector sensato se los propondrá como modelos. El Sr. Reyles, que es modernista, no habrá tenido presente, sin duda, aquella antigua concepción de la moralidad literaria, demasiado simple, pero sólida y clara desde su punto de vista, que consistía en pintar odioso el vicio y atractiva y simpática la virtud. Con todo, eso resulta de su libro, donde el personaje más simpático, Crooker, que es un hombre honrado y trabajador que no lleva en las venas ni una gota de sangre de la raza de Caín.

El autor dedica á la juventud de su tierra este libro, que califica de *doloroso* pero saludable. Saludable puede ser, en efecto, desde el punto de vista que acabo de indicar, como ejemplo y retrato de la fealdad moral del egotismo refinado y pretencioso. Pero esta enfermedad, con los caracteres con que la pinta el novelista, será siempre dolencia de algunos pocos y hasta puede ocurrir que el «gran público», si *La raza de Caín* llega en efecto á tenerle grande, no comprenda siquiera qué enfermedad es esa y la tome por una aberración ó una extravagancia.

Dejando ya quietos á los modelos que ha elegido el novelista, justo es reconocer que en *La raza de Caín* hay, además de originalidad, otros méritos estimables. El Sr. Reyles es un buen escritor, aunque las lecturas francesas hayan dejado en su lenguaje alguna propensión al galicismo y adolezca además aquél de los defectos que para el oído español presenta el moderno castellano de América. Podrá decirse de su novela que para dar interés á esta clase de obras literarias no es necesario ir á buscarlo en las anomalías morales é intelectuales que ha tomado por asunto el Sr. Reyles, siendo, al cabo de todo, más conmovedoras y más humanas las pasiones naturales y corrientes que observamos en los hombres. Pero bien mirado, el artista y el escritor son dueños de escoger sus asuntos, siempre que no sean tales que ofendan ó repugnen al lector ó al espectador, faltando á los respetos debidos á la decencia y al decoro. Y en este caso no se encuentra la obra del Sr. Reyles. Tampoco es necesario y fatal que la fisonomía moral de la novela sea la de los principales personajes que en ella se mueven, pues la novela no es una apología. Es muy fácil que el Sr. Reyles haya concebido á sus héroes de un modo diferente á como yo los veo ó al que pueda tener de verlos cualquier otro lector que profese estas ó las otras ideas y tenga tales ó cuales gustos en literatura. Quizás haya querido pintar en ellos dos ejemplares individuales curiosos, de lo que algunos llaman el alma moderna; acaso haya pretendido mostrar cómo el intelectualismo exclusivo y egoísta mata la voluntad, no sólo para el bien, sino hasta para el mal mismo, poniendo como ejemplo y manifestación de ello el ruín desenlace con que acaban los dos principales personajes de su novela. Pero de seguro no representan su ideal humano. Ni á ellos mismos los describe satisfechos de su manera de ser, y acaso lo más conmovedor de la novela es la tristeza, que, en algunos momentos de clarividencia, se apodera de los hijos de Caín, al comprender su propia inutilidad é impotencia y al confesarse que aquellos hombres vulgares, á quienes despre-

cian ellos á título de espíritus refinados y superiores, valen más y son más dichosos.

La raza de Cain está impresa con elegancia y lujo en Montevideo, y lleva un excelente retrato del autor. En América suelen imprimirse con esmero y hasta con esplendidez los libros de literatura, sin duda porque allí abundan más los literatos ricos que pueden darse el gusto de publicar sus obras sin la mira de obtener ganancia material, y que, por lo tanto, no reparan en gastos.



El docto catedrático de la Universidad de Oviedo, D. Rafael Altamira, ha reunido en un folleto titulado *Cuestiones hispanoamericanas*, varios de sus escritos sobre esta interesante materia. Apareció muy oportunamente esta colección, cuando se celebraba en Madrid el Congreso Hispanoamericano, con cuyos fines y significación guardan perfecta armonía los escritos del Sr. Altamira á que me refiero.

En los trabajos que contiene dicho folleto manifiesta una vez más su autor las cualidades de pensador y literato que le han dado en espacio de pocos años merecida y lisonjera fama. Su correcto estilo, claridad en la exposición, recto criterio y erudición sólida y variada, pueden apreciarse en estos opúsculos. En ellos muestra también el Sr. Altamira un optimismo que, sea cualquiera el grado de realidad que le reconozcan los tiempos por venir, únicos que pueden dar sentencia fundada en pleitos semejantes, es indispensable en las empresas encaminadas á dilatar las fronteras intelectuales de España. Puede que los optimistas se equivoquen y continúe y vaya cada vez á peor nuestra decadencia; pero si no creemos lo contrario, ¿qué esfuerzo podremos intentar, cuyos frutos no sean inmediatos? ¿Cómo trabajar para lo futuro? El escepticismo y el desaliento nos condenarían á la inacción.

En España sucede frecuentemente que los pensadores, los

hombres de estudio, aun aquellos cuyas ideas convienen menos con el orden de cosas imperante y con el estado actual de nuestra sociedad, suelen ser inclinados al optimismo, mientras que los hombres de acción, en cuyas manos suelen estar las riendas del Gobierno, propenden al pesimismo, aunque sean pocos entre los últimos los que confiesen y proclamen sus opiniones, como lo hacía, por ejemplo, Cánovas del Castillo. La explicación puede estar en que los primeros viven en la región de las ideas, aérea y luminosa, donde los escollos de la realidad, reducidos á la mansa categoría de conceptos, son más fácilmente vencibles, mientras que los segundos, á quienes su oficio obliga á bregar con estos obstáculos, tienen que percibir, aunque no quieran, toda la áspera firmeza de su resistencia. El hecho es que entre el profesorado de las Universidades y entre los escritores, el optimismo está mucho más extendido que en los Ministerios y en las Cámaras. No sólo los poetas de imaginación exaltada se entregan á aquella tendencia, sino también los hombres de juicio más perspicaz y clarividente, ejercitado en la constante observación de la vida real. No hace mucho que el Sr. Pérez Galdós, al final del banquete con que le obsequiaron sus paisanos los naturales de las islas Canarias, calificaba de pesadilla el pesimismo y ensalzaba en palabras muy elocuentes la fe nacional.

Este es también, como queda dicho, el espíritu de los escritos del Sr. Altamira, que llevan los siguientes títulos: *Las Universidades españolas y la cultura americana*; *La segunda enseñanza en Chile*; *Nuestra política americanista*; *Latinos y anglosajones*; *Las relaciones geográficas de Indias* y *El castellano en América*.

En el primero de estos estudios trata el Sr. Altamira de lo que pueden hacer las Universidades españolas para extender nuestra influencia intelectual por América. No hay duda de que se les ofrece á nuestros centros de enseñanza superior un campo muy dilatado, de que carecen los de otras naciones, pues aunque la ciencia tenga carácter cosmopolita, la comu-

nidad de lengua, á la que siempre va unida cierta comunidad espiritual, facilita mucho la difusión de las obras didácticas y las comunicaciones de cualquier género en esta esfera. Para el hombre de ciencia español, aunque no en tan grande medida como para el literato, es una circunstancia en extremo favorable, el que al otro lado de los mares existan 60 millones de hombres de nuestra raza, que hablan nuestro idioma y que ofrecen numerosos rasgos de semejanza mental y moral con nosotros. Tiene allí un gran público que conquistar, un extenso campo de propaganda, un mercado que le prepararon los esfuerzos de sus antecesores de generaciones ya remotas. Pero no tendrá siempre á su disposición esta herencia, al menos en su integridad, y cada día que deje pasar sin reclamarla se expondrá más á que otros se la ganen por prescripción, como ya empieza á acontecer. Grande es la influencia del idioma, grande la del parentesco étnico y no menor la de la comunidad de vida y de historia, interrumpida por una separación todavía reciente; mas cuando no se ejercitan estas influencias vienen otras á sustituirlas y pueden de tal suerte arraigar, que las primitivas y naturales queden reducidas á la nada y sin potencia ya de ejercerse para lo sucesivo. Cuando se trata de pueblos jóvenes, y todavía en formación, como los americanos, que tienen que buscar fuera de sí las orientaciones de la cultura, los plazos de esta prescripción no suelen ser muy largos, y de ello nos están advirtiendo bien á las claras las manifestaciones que á cada paso observamos del influjo creciente que el pensamiento de otros pueblos, principalmente el francés y el norteamericano, ejerce en aquellas naciones, á falta del nuestro.

Lo malo es que no siempre se puede andar tan deprisa como conviene en este género de competencias. Y como advierte muy discretamente el Sr. Altamira, lo primero que se necesita para que nuestras Universidades ejerzan influencia en América, es levantar el nivel de nuestra enseñanza. «El legítimo interés de su cultura—dice—se sobrepondrá siempre, y

con razón, en el ánimo de los americanos, al amor ó la simpatía hacia España.» El Sr. Altamira juzga que al presente no estamos tan desprovistos de elementos, como algunos creen, para poder ejercer esa influencia científica; y por vía de ejemplo, dice que en España se ha podido escribir una Enciclopedia jurídica que sustituyese con ventaja á la de Ahrens. En nuestras Facultades de Derecho hay, en efecto, sobrado número de personas competentes que hubieran podido dar cima á ésta y á mayores empresas.

La segunda enseñanza en Chile es un artículo de información interesante, y documentado, escrito con el fin de mostrar que la cultura general de los pueblos de la América española y su instrucción pública no son en todos ellos inferiores á las de España, y hasta resultan superiores en algunos órdenes.

Indudablemente la segunda enseñanza chilena, tal como aparece organizada en la reforma de 1893, es superior á la nuestra. Falta saber, sin embargo, los resultado que en la práctica ha dado, pues al cabo los planes de enseñanza, la distribución de asignaturas, etc., son moldes exteriores que lo mismo pueden contener cosas malas que buenas, según se apliquen y se entiendan.

Nuestra política americanista trata de la que debemos seguir para estrechar las relaciones con nuestras antiguas colonias americanas. El Sr. Altamira entiende que para ello necesitamos seguir una política francamente liberal, poseer cultura y condiciones económicas. El primero de estos requisitos es sin duda el más fácil de llenar y es probable que le llenemos ampliamente y hasta con saciedad, pero acaso sea el menos eficaz. Podrá nuestra leyenda negra habernos perjudicado más ó menos en América; pero lo que realmente nos perjudica es nuestra debilidad. Fuéramos fuertes y nadie nos pediría que por añadidura fuésemos liberales, como nadie se lo pide á Alemania ni á Rusia. Aparte de que las naciones americanas de nuestra raza tienen corta autoridad en la materia, pues aunque sus instituciones sean en apariencia libres, el caudillaje

que á la mayor parte de ellas las domina, hace que la libertad civil deje allí mucho que desear. En este punto haríamos mal en envidiarles nada.

Los tres últimos artículos son de crítica y bibliografía. *Latinos y sajones* es un análisis de dos obras de escritores americanos: *Ariel*, de D. José Enrique Rodo (libro del cual se ha hablado en estas Crónicas), y *¿En qué consiste la superioridad de los latinos sobre los anglosajones?*, de D. Víctor Arreguine, impugnación del conocido libro de Mr. Demolins, respecto de la cual había que comenzar por discutir ese concepto de la raza latina, que quizá es mucho menos favorable de lo que parece á nuestra influencia en América, y que, en opinión de muchos, no es más que un lugar común inventado ó exagerado, al menos, por los franceses, para exaltar su propia influencia.

En las *Relaciones geográficas de Indias* examina el Sr. Altamira con gran competencia y erudición la notable colección de las mismas dirigida por el Sr. Jiménez de la Espada, cuyos documentos constituyen uno de los más elocuentes testimonios del cuidado con que en lo antiguo se estudiaron en España las cuestiones relativas á América, cuidado superior, sin duda incomparablemente al que se ha puesto en este siglo, si se considera la diferencia de tiempos, las mayores facilidades que había en los modernos para cualquier género de investigaciones, y el adelanto universal de la cultura. Por último, en *El castellano en América* llama la atención el Sr. Altamira sobre dos libros de escritores americanos: *El castellano en Venezuela*, de D. Julio Calcaño, y *Hondureñismo*, del Sr. Mendueño.

Por estas breves noticias apreciará el lector cuán vario, interesante y substancioso es el contenido que en menos de cien páginas abarca el folleto del Sr. Altamira, folleto que debe ser leído por cuantos consagran alguna atención á las relaciones entre España y las Repúblicas hispanoamericanas.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

REVISTA HISPANOAMERICANA

SUMARIO.—El crepúsculo de dos siglos. — Festividades por el siglo de la Independencia que se ha ido, y por el siglo de la reconstrucción y de la prosperidad, que avanza.—Concepto del *Panamericanismo sajón* y necesidad de la unión hispanoamericana. — Las influencias yankis en Cuba, en Venezuela, en Colombia y en el canal de Nicaragua.—Estado de esta cuestión. — Situación de los pueblos de nuestra sangre al comenzar el siglo xx.

Si en la última mitad del siglo que ha concluído no nos hubiésemos acostumbrado á vivir tan deprisa, ciertamente la América de origen ibérico, que en él ha logrado su emancipación y en él se ha constituído en nacionalidades independientes, no debería estar descontenta, á pesar de los juicios que se vierten sobre la difícil gestación por que en algunos de sus nuevos Estados atraviesa todavía la definitiva constitución de sus instituciones y de su vida normal de derecho, de los admirables adelantos que en el mayor número de ellos se han hecho en poco más de setenta años. La bandera española no desapareció de Costafirme hasta 1821; San Martín no alcanzó la victoria de Maipó hasta 1819; la Presidencia de O'Higgins empezó en 1823; el 9 de Diciembre de 1824, es la fecha de Ayacucho; Rodil no abandonó el castillo del Callao hasta el 23 de Enero de 1826; el decreto de Sucre, de la ciudad de la Paz, para la reunión de los Diputados de las provincias Andinas, se expidió el 9 de Febrero del mismo año, y hasta el 9 de Agosto no se verificó la junta. Todavía en 1829 Fernando VII

de España daba al Brigadier Barradas la comisión de reconquistar á Méjico, que ya había pasado por la dictadura y el efímero imperio de Itúrbide. Desde esta fecha los nuevos pueblos hispanoamericanos han hecho proporcionalmente más que los antiguos insurrectos sajones del Norte hicieron en igual período de su existencia independiente al separarse de los vínculos soberanos de la Gran Bretaña. De los Estados Unidos no hubo más que arrojar á la nación dominante, y en ello les ayudó todo el mundo. Aquellos Estados geográficamente eran más compactos entre sí y desde luego tendieron á constituir la unidad que forma su confederación. Las provincias de la América española, hasta por su propia disposición geográfica, excluía esta tendencia federativa y unitaria. La evolución se hizo por partes, y cada parte reclamó aquella personalidad geográfica y política á que la inclinaban las propias condiciones etnográficas del suelo, y las propias condiciones etnográficas de la raza dominadora y mezclada, cuyo signo esencial es el personalismo. ¿No ha impreso este signo especial de la raza que en América dejó la sangre ibérica á todos sus movimientos de reconstrucción, constitución y asiento? A pesar de todo y del caos en que todavía se agitan algunas de aquellas nuevas sociedades, los adelantos realizados, no sólo en las que han logrado adelantarse más, como Méjico, la Argentina, Chile, el Perú, el Uruguay, Guatemala y Costa Rica, sino en las que han caminado á pasos más lentos ó mantienen todavía impenitentes la luchas de su interior equilibrio, colocan ya la mayor parte de aquellos pueblos en las líneas avanzadas de los que más pueden contribuir á la causa de la civilización.

Las fiestas con que se ha celebrado en casi toda Hispanoamérica el término del siglo que ha concluído y la entrada del siglo nuevo, están más justificadas que en ninguna otra parte en la América de nuestra sangre. El siglo que ha concluído fue el siglo de la emancipación; el siglo que se ha inaugurado ya debe ser el siglo del apogeo de su poder, de su cul-

tura y de su prosperidad. Mas si el siglo que ha terminado ha sido para estos jóvenes pueblos siglo de luchas y de sacrificios cruentos, ya para conseguir su libertad, ya para establecer su política constitución, el siglo que ha empezado y que ya adelanta imperturbable en su camino, no ha de someter á las nuevas nacionalidades de la América española á luchas y á sacrificios menos costosos, así para conservar el patrimonio que ya las constituye, así para salvarse de toda agresión y de toda invasión que las aniquile por partes, como para robustecerse en su propio poder, definir absolutamente los términos de su equilibrio, liquidar con su propia fortuna el gravamen inmenso que ya pesa sobre cada una de aquellas existencias económicas, poner en libre y amplia explotación las imponderables riquezas de que están dotadas, y regenerando el espíritu civil que las informa por medio de la absoluta sumisión legal y del absoluto imperio del orden, y dilatando este espíritu con la palanca de una cultura intelectual siempre creciente, no sólo lograrán hacerse poderosas y respetadas, sino que podrán extender sus propias iniciativas fuera de sus mares y fronteras y entrar á la parte en las conquistas y en los provechos de todos los intereses generales de la humanidad.

El carácter de las fiestas con que en la mayor parte de las Repúblicas hispanoamericanas se ha celebrado el término del siglo de la emancipación y de la constitución y el principio del siglo de la conservación y del engrandecimiento, ha tenido dos formas esenciales de representarse: una puramente moral y religiosa, y otra puramente política y civil. La preparación de la primera de estas manifestaciones ha tenido su origen en el gran movimiento hacia la reacción religiosa que la sabiduría de León XIII ha hecho pronunciarse casi de repente en toda la América latina por consecuencia de la celebración del Concilio plenario, á que respondieron inmediatamente las peregrinaciones á Roma con motivo del Año Santo. Desde la guerra de la emancipación, el sentimiento religioso había sufrido en casi toda la extensión de los dominios que

fueron de España un aletargamiento casi tan profundo como el de las simpatías á la nación madre de aquellos pueblos. En una y otra degradación de creencias y afectos habían influido poderosamente, así los elementos auxiliares de la insurrección, todos protestantes de Inglaterra y de Norte-América y rivales de España, como el aluvión emigratorio que de repente cayó sobre aquellos países, procedente en su mayor parte de Francia y de Italia, y todo contaminado con el espíritu revolucionario, masónico, ateo ó racionalista, que por aquel tiempo minaba las sociedades en ebullición de toda la Europa del Mediodía. Formó parte de aquellas emigraciones gran número de hombres doctos, que se apoderaron de las escuelas, de la cátedra, del periodismo, del foro, de la tribuna, de todos los teatros de donde recibe impresiones la educación y dirección la inteligencia. De modo que por mucho tiempo, fue cuestión, hasta de moda, no adorar más dioses que los corifeos de la revolución en Europa, de donde allí se recibían los reflejos, y los altares levantados á Mazzini y Víctor Hugo confundieron en un odio común los santos fanatismos de la fe religiosa y las santas palpitaciones de la sangre filial. Mientras vivieron las generaciones que con estos sentimientos de aversión irreconciliable con la Iglesia católica y con España se educaron, la incredulidad religiosa y el menosprecio á España mantuvieron en los nuevos pueblos una alta graduación. Sólo las madres en los hogares conservaron el fuego de la fe, y sólo la docta inteligencia conservó por el instrumento del idioma el culto de la patria de origen. Pero la fe de las madres americanas y el culto de los intelectuales salvó al cabo estos dos principios inviolables de constitución en los pueblos disgregados de la sumisión á la Iglesia y de la inclinación hacia España. Las madres cristianas y los filósofos y los poetas hicieron al cabo la reacción, y en un mismo y simultáneo impulso las corrientes de la nueva armonía se han restablecido por la constancia, la iniciativa y las inspiraciones sublimes de León XIII respecto á las creencias religiosas, y por la constancia, la

iniciativa y las atracciones de España respecto á los vínculos de familia, á la unidad de la sangre y á la unidad de destinos y de dirección.

Las fiestas religiosas que se han celebrado desde Méjico hasta Chile en todos los Estados hispanoamericanos, como cabo del siglo que ha espirado y principio del siglo que ha aparecido, pueden sustanciarse, con insignificantes diferencias de detalles, en los decretos eclesiásticos que el Primado de Lima, en el Perú, expidió el 5 de Noviembre último para disponerlas. Desde las doce de la noche del día 31 de Diciembre de 1900, en que comenzó la primera hora del primer día de Enero de 1901, el Arzobispo Sr. Espinosa prescribió que todos los sacerdotes y eclesiásticos de su archidiócesis, al presidir cualquier ejercicio de piedad, dijese después de hacer la señal de la Cruz: *Jesucristo, Dios y hombre, vive, reina é impera ayer, hoy y en todos los siglos*. Desde el día de Navidad se encargó á todas las Instituciones y Sociedades de caridad, se pusieran de acuerdo para derramar socorros extraordinarios á todos los pobres. Se dispuso que desde el miércoles 26 comenzase en todas las iglesias parroquiales de la República un triduo simultáneo, encargando á sacerdotes sabios dirigir á los fieles la palabra divina. El sábado 29, se designó para la comunión general de los fieles en todas las iglesias indicadas, reservando al 30 la comunión de la Iglesia Catedral, con misa rezada del propio Prelado y con asistencia de todas las Asociaciones piadosas de la capital; y por último, el 31 se erigieron tres cruces conmemorativas en cada una de las iglesias parroquiales, en las regulares de ambos sexos, y en todas las demás abiertas al culto católico en todos los términos de la República. Estas cruces, al pie, llevaban esta inscripción: *Jesus Christus, Deus et homo, vivit, regnat, imperat. M. C. M. I*. El objeto de la erección de esta cruz, era el de recordar el homenaje á Jesucristo Redentor al fin del siglo que se iba y al comienzo del siglo que avanzaba. Este mismo día 31 de Diciembre, en la Catedral de Lima y en todas las iglesias parroquiales y

de las Comunidades religiosas de toda la República, se hizo la exposición del Santísimo á las seis de la mañana, permaneciendo así hasta después de la misa de media noche, cuya celebración había sido permitida para toda la cristiandad por indulto del Papa León XIII expedido en Roma el 13 de Noviembre anterior, y se recomendó á los cabildos, párrocos y rectores, que promovieran la adoración extraordinaria y continua por el mayor número de personas que se pudiera. Al terminar la misa de los dos crepúsculos de los dos siglos, el Papa consintió además la comunión general. No hay que decir que en Lima la misa solemne y pontifical de la media noche la celebró el mismo señor Arzobispo, siendo aplicada en acción de gracias por los beneficios debidos por el Perú á Jesús Redentor en el primer siglo de la constitución independiente de la nación; que la misa fue solemnizada con la presencia del Presidente Romana y de todos los individuos del Gobierno peruano; que se cantó solemnemente el motete, *Jesus Christus, Deus et homo, vivit, regnat, imperat heri, hodie et in saecula*; que la cruz conmemorativa fue descubierta por el Jefe del Estado, y que la función, á que asistieron comisiones de todas las Comunidades religiosas é Institutos piadosos y docentes de la República, terminó con un solemne *Te Deum*. Como en la fiesta religiosa del Perú, el crepúsculo de los dos siglos se ha celebrado con la misma solemnidad en los demás Estados de la América española, y la solemnidad de estos actos ha equivalido en todos á un gran movimiento de reacción religiosa, que despierta la esperanza de que la fe redentora ayudará las nobles empresas y conducirá á los ilustres destinos á que el siglo xx invita á los pueblos católicos emancipados é independientes de la América española.

Las fiestas cívicas de fin y principio de siglo, han tenido todo el brillo que las presta el entusiasmo popular. Así en Méjico como en Tegucigalpa, así en Santa Fe de Bogotá como en Asunción de Paraguay, así en Buenos Aires como en Santiago, al sonar la primer campanada de las doce de la noche

del 31 de Diciembre, las multitudes que invadían las plazas y sitios públicos, los salones de sociedades y *clubs*, y los balcones y huecos á la calle de las casas particulares, en casi todas partes brillantemente iluminados y adornados de colgaduras, de banderas, de guirnaldas y follaje, se alzó un clamor estentóreo aclamando al nuevo siglo entre el repique general de las campanas de todos los templos, las detonaciones de cohetes y voladores, la armonía de las bandas de música y el estampido de los cañones, que en muchas partes por disposición oficial hicieron en fuertes y buques anclados en las radas ciento y una salvas. Las fiestas de la entrada de siglo en Montevideo fueron encargadas al Ateneo local, que formó un programa completo con cabalgatas, bailes públicos y mascaradas, ya representando conquistas civilizadoras del siglo terminado, ya trajes y cuadros de la vida nacional, en que no faltaban las arganas, los barriles del aguatero, los regocijos aldeanos y los bailes populares, como el *candombe*, ya alegorías de las esperanzas que inspira el siglo nuevo. En la Asunción del Paraguay se realizó una vistosa gira á la veneciana por la bahía, hallándose embanderado el puente, adornados los edificios con luces, colgaduras, follaje y flores, y quemándose pintorescos esqueletos de fuegos artificiales. En Buenos Aires, además del programa de fiestas que, antes de embarcarse para España y Roma el Intendente municipal Sr. Bullrich, dejó acordado con una comisión formada para este objeto, otra comisión de miembros de la alta Banca y de la Cámara sindical de la Bolsa de Comercio, se personó con el Ministro de Hacienda para exponerle que la casi totalidad de los Bancos particulares y del Comercio había resuelto festejar el día 31 dando asueto á su personal, á fin de que pudieran disfrutar tres días continuados de fiesta, el domingo 30, el 31, fin de siglo, y el 1.º de Enero, principio de siglo y de año. Su pretensión era que el Gobierno declarase feriado el día 31. Después de la entrevista que á consecuencia de esta manifestación celebró el Sr. Berduc con el Presidente de la República para expresarle la instancia que

se le había hecho, se reunió el Consejo de Ministros, y acto continuo se publicó el siguiente decreto:

«Considerando: Que es un deber moral del Gobierno solemnizar el último día del siglo XIX, durante cuyo transcurso Dios ha querido colmar á la nación argentina de grandes beneficios, tales como la emancipación y organización política sobre la base de las instituciones más liberales, la posesión real de sus vastos dominios territoriales, la prosperidad económica y la cultura intelectual y moral, y la paz externa é interna, que es una de las grandes conquistas de nuestra civilización, el Presidente de la República decreta:

»*Artículo 1.º* Declárase feriado para toda la República el día 31 del corriente mes.

»*Artículo 2.º* En todas las fortalezas, buques de guerra y edificios públicos de la nación, permanecerá enarbolada la bandera nacional.

»*Artículo 3.º* A la salida y á la puesta del sol se hará una salva de ciento y un cañonazos.

»*Artículo 4.º* Comuníquese, etc.—ROCA.—*Felipe Yofre.*—*O. Magnasco.*—*E. Civit.*—*E. García Merou.*—*Amancio Alcosta.*—*Martín Rivadavia.*—*P. Ricchieri.*»

El General Roca dispuso, además, que el día 31, á las diez de la mañana, se dijera en la Catedral una misa de *Requiem* por todos los militares fallecidos durante el siglo, con oración fúnebre encargada al Canónigo Sr. Duprat. Pero la conmemoración del siglo que espiraba no recibía solamente estos sufragios. La *Sociedad de Beneficencia*, en una reunión de sus miembros, acordó, dirigirse por medio de una manifestación pública al pueblo de Buenos Aires, y en general á todo el argentino, para que contribuya á la erección de un monumento público *Al siglo XIX* que recuerde á todas las edades el primer siglo de la Independencia Nacional. El monumento proyectado será un *Asilo para las tuberculosas* de la República.

Otras fiestas se han celebrado el 1.º de Enero por el advenimiento del nuevo siglo, así en las provincias como en los

centros sociales de Buenos Aires, de Chile, de Méjico; y no creo necesario repetir que en ninguna parte como en la América latina estas dos fechas debían celebrarse con mayores arranques de júbilo común. Si el siglo que se ha ido, repito, ha sido para ella el siglo de la realidad de su libertad é independencia, el siglo que adelanta es el siglo de las grandes esperanzas, y sobre todo el siglo de la confirmación de su poder. En cuanto al doble carácter religioso y civil de los festejos, ellos revelan un signo más de que los destinos á que está llamada esta parte del globo, enclavada en mitad de los dos grandes Océanos, á donde afluirá en breve é inevitablemente la corriente universal del comercio, que es la corriente de la prosperidad y de la civilización, tiene también el doble carácter moral y civil, que son los nervios poderosos de toda la cultura humana. Naciones católicas todas las que se desmembraron de nuestro Imperio, el sello de su religión les prestará el matiz más eficaz que ha de salvarlas si aún tuvieran que sufrir todavía nuevas luchas de individualidad y de independencia. La fe católica y el habla castellana serán siempre sus signos distintivos de raza; y mientras en las nuevas nacionalidades que se desmembraron de nuestro Imperio se profese la fe católica y se hable y se cultive la lengua de Cervantes, su individualidad perfecta y su perfecta independencia han de estar garantidas en estos signos característicos de raza y de destino. Con estos signos triunfantes, después de la reciente reconciliación con Roma y de la reciente reconciliación con España, sale la América emancipada de nuestro Imperio del siglo de la libertad y entra en el siglo de la consolidación de su poder. Que estos signos prosperen en ella siempre, y con ellos sus nuevas nacionalidades sostendrán todas las luchas que les provoquen la sagacidad ó la violencia, y con ellos encontrarán en sí mismas los elementos de la victoria definitiva.

Que esos signos necesita mantenerlos íntegros enfrente de las luchas de la sagacidad y de la violencia, los hechos mismos que se hallan planteados sobre el tapete bastan para acre-

ditarlo. Hay una palabra que los americanos de nuestro origen deben oír siempre, como los navegantes astutos en mares erizados de sirtes la seductora voz de las sirenas. Esta palabra es la palabra *Panamericanismo*. Los marinos de la *Sarmiento*, en sus banquetes en Chile, definieron bien lo que esa palabra significaba: «El *panamericanismo*—decían—entiéndese sólo para los *panamericanos* del Norte; nosotros no entramos en ese *panamericanismo*. Nuestro *panamericanismo* es el *panamericanismo* del Sur»; lo que en otro lenguaje puede explicarse de otro modo: «Los intereses americanos de los sajones y protestantes del Norte, no son los intereses americanos de los iberos y católicos del Sur.» La América sajona y protestante para ellos, y para nosotros la América ibérica y católica. Nuestros intereses jamás serán comunes, sin que les preste este sello de comunidad nuestra vecindad común en este aislado continente. Sus destinos son sus destinos y nuestros destinos son nuestros destinos. Sus engrandecimientos serán sus engrandecimientos, y nuestros engrandecimientos serán de nuestra exclusiva pertenencia. Hasta aquí ellos se arrojan la personalidad exclusiva americana en el Congreso internacional de las naciones. Se lo disputaremos. Méjico, la Argentina, el Brasil, Chile, tienen tanto derecho á ser representados en los grandes areópagos de la política internacional, como lo tienen los Estados Unidos del Norte. Ya es tiempo de que este privilegio desaparezca. Ni en nuestra Constitución, ni en nuestros progresos, ni en nuestra economía, ni en nuestra prosperidad, la influencia de nuestra hermana mayor del Norte se deja sentir más que en lo que tiende á obscurecernos ó á intervenirnos ó á imponernos la colosal pesadumbre de su fuerza. ¿Por qué hemos de sufrir este yugo de la sagacidad, cuyos fines siniestros bien se dejan entender en medio de su protección hipócrita? ¡Basta de *panamericanismo*! El *panamericanismo*, como la gran República del Norte lo ha inventado, lo profesa y lo hace sufrir, no es más que aquel *Pacto de familia* de los antiguos Estados latinos de Europa, que te-

nía por único objeto sostener indefinidamente la división y la esclavitud de Italia, y vejar y disminuir sin tregua el poder de España, para que Francia, que se había atribuido el papel de hermana mayor, prosperara. ¡Triste *Pacto de familia*, que no acabó hasta que dió completamente al traste con el poder colosal de España en el continente europeo, en el mar Mediterráneo, en las riberas de Africa, en el predominio naval del Atlántico, en el formidable baluarte de su imperio colonial en América, en Asia, en todo el mundo, y que en Italia enfrenó por dos siglos el movimiento de unidad y de emancipación, que no ha sido completo hasta que ese *Pacto de familia*, que había sobrevivido á la guillotina de Luis XVI, á la espuela napoleónica, á los artificios del Congreso de Rusia y á los artificios del segundo imperio de los Bonapartes, no ha sido completamente pulverizado por las derrotas del Rhin, por la pérdida de Metz! Pues todo el artificio del *panamericanismo* de la gran República del Norte, no es más en América, y sobre todo, para la América latina, que el *Pacto de familia* de los Borbones de Europa; todo su artificio condena el desenvolvimiento de la América latina al vergonzoso vasallaje de la América del Norte, para que ésta la oscurezca hoy y la absorba mañana, y para medrar siempre á expensas de sus hermanas menores. Pero no olvidemos la historia. Las cadenas que se aceptan, como España é Italia en el siglo XVIII aceptaron las del *Pacto de familia* con Francia, no se rompen sino con torrentes de sangre, y las cadenas que inconscientemente la América latina ha ido y vá aceptando de su hermana mayor del Norte con el antifaz del *panamericanismo*, ó hay que cortarlas pronto, muy pronto, y en todos los campos de acción á donde con programas seductores, como la voz de las sirenas, la hermana mayor del Norte las llama, ó costarán más tarde ríos, torrentes, océanos de sangre». Los marinos de la *Sarmiento* fueron los que en los banquetes, con sus compañeros de Chile, definieron bien el concepto del *panamericanismo*, haciendo resaltar el diverso sentido de raíz y de fruto que esta

palabra puede tener entre las dos razas que fundamentalmente se dividen el imperio de América: la raza católica é ibérica del Sur, la genuinamente descubridora y conquistadora, y la raza sajona y protestante del Norte, pirática ocupante.

Al empezar el siglo xx, las intenciones de la hermana mayor del Norte sobre sus hermanas menores del Centro y del Mediodía nos ofrecen como elocuente espectáculo de sus sagacidades la situación de Cuba, los pactos con Nicaragua y Costa Rica sobre ese canal que hace medio siglo no existe sino en los trazados del papel, las interminables revoluciones de Colombia, atizadas con manos ocultas y con auxilios que mal pueden prestar á los insurrectos de Uribe y Uribe los países fronterizos de donde parten las expediciones fomentadoras de la guerra civil, y las amenazas contra Venezuela, no sólo estrechada por la conminación de las cañoneras norteamericanas que manda el Teniente Sargent, sino por las nuevas rebeliones que contra el Gobierno del General Castro ya se han alzado y han reñido combates como el de Carúpano. ¿Quién es el *Deus ex machina* de todos estos conflictos? Toda la América latina lo sabe: la amable y benigna protectora del Norte, la ilustre *panamericana* de Nueva York y Washington; la que promete á Venezuela, á la impotente Venezuela, que si las conminaciones de su cañonera *Scorpion* no le bastan, pronto saldrán para las aguas de San Juan los acorazados *Learsage* y *Massachusset* para apoyar pretensiones que en otros Tribunales de derecho es donde se ventilan. No son cuestiones de derecho, como la que en Venezuela provoca la de la *Compañía del Orinoco*, las que hace año y medio sostienen en la infortunada Colombia, *cuyo crimen único es ser la soberana del territorio que atraviesa el proyectado canal de Panamá*, la acritud de un *bellum intestinum* interminable, á que ni el cambio de poderes ejecutivos, ni victorias como las alcanzadas por las tropas leales al Gobierno al mando del General Próspero Pinzón en *Pan de Azúcar*, *Cruz Colorada*, *Palonegro* y *Cúcuta*, han logrado poner el término tantas veces anunciado después.

de tan repetidas derrotas por los insurrectos de Uribe y Uribe, y tantas veces recrudecido por los auxilios y las exhortaciones de fuera. Con todo, como lejos de ser sofocada, la revolución sigue dando batallas á lo largo del río Magdalena y todavía el sábado 12 de Enero las tropas colombianas cerca de Panamá lograron una nueva victoria sobre los eternos perturbadores de la paz pública, *la seguridad de la vida y haciendas de los súbditos norteamericanos* ha exigido del Gobierno de Washington el envío de otros dos cañoneros á los puertos de la República que el Vicepresidente Marroquín no puede reducir á la paz, y la crítica situación que estos sucesos crea para la normalidad de aquel Gobierno no inspira que se le otorguen generosas treguas ni por parte de Inglaterra, que ha enviado desde Jamaica al crucero *Pheasant* para exigir una indemnización de 70.000 pesos por el apresamiento del vapor *Taboga*, que con bandera inglesa conducía auxilios á los revolucionarios, ni por parte de Italia, que renueva la cuestión Cerrutti, porque en el laudo arbitral de Cleveland no se había obligado á Colombia á la liquidación de la deuda por aquél reclamada y haber fallado los Tribunales civiles de Roma que la Cancillería italiana, conminada al pago, sabría cumplir con su deber en lo referente á la República de Colombia.

Si esta es la protección que el sentimiento *panamericano* del Gobierno de Washington presta en su actual situación á sus hermanas menores del Norte de la América Meridional, Venezuela y Colombia, ¿qué se ha de decir de Cuba y su independencia? Aunque de Washington á diario se protesta de que el Gobierno norteamericano de ningún modo desiste de concederle la independencia, y que sólo razones de índole internacional son las que motivan el mantenimiento de una guarnición norteamericana en la isla, ¿el mundo entero no ha leído los discursos del Senador Beveridge y del General Ree, pidiendo la anexión, y no conoce los votos de la opinión popular en este propio sentido, pronunciados concorde y perseverantemente por todos los periódicos de las grandes ciudades de los

Estados yankis? ¿Dejan perder ocasión alguna, los cubanos que se pusieron al frente de la guerra contra la dominación de España y que han tomado asiento en la Cámara cubana, de protestar contra la dirección que los agentes de los Estados Unidos dan á la política que en la isla observan, á fin de conducirla ó á la anexión ó á la incorporación necesarias? En el banquete de la Habana para celebrar el grito de Yara, el General Enrique Loinaz del Castillo decía: «¡Los caballos del Camagüey siempre están dispuestos á la defensa de la independencia de Cuba!» Y Juan Gualberto Gómez añadía: «Si se quiere hacer de nuestro pueblo un pueblo esclavo, lo transformaremos en tierra maldita que consuma el fuego del cielo, para horror de la humanidad y baldón de los que quieren despojarnos de lo que hemos conquistado con nuestra sangre.» Los más ilustres intelectuales, Montoro, Varona, Gálvez, Lanuza, no han querido tomar parte en la comedia preparada por medio de la Asamblea constituyente; y como si la sombra de España arrojara un fatídico resplandor sobre la conciencia vandálica de los que han sido despojadores inicuos del último vestigio de nuestra gloriosa soberanía en América, las autoridades norteamericanas, árbitras de la isla, aguzan disposiciones sobre disposiciones gubernativas con nuestros emigrantes peninsulares que se dirigen á Cuba, con el propósito manifiesto de impedir á todo trance que nuestra raza vuelva á hacerse fuerte en aquel país, en el que el dominio anglosajón no será posible enteramente mientras siga preponderando la población de origen hispánico. Reproduzcamos unas líneas, á este intento, de *El Diario de la Marina* de la Habana: «Se trata—escribía en su número del 9 de Diciembre último—de prohibir á la inmigración española, á la española precisamente, y no á ninguna otra, el acceso á la capital de la isla, obligándola á desembarcar por determinado puerto, en el que no dejarán de aplicarse á los citados inmigrantes medidas de tal naturaleza que casi equivalgan á una nueva prohibición, con lo cual quedaría cerrado este país á las gentes de nuestra lengua y de nuestra

raza. El caso es tan inaudito y revela una tan extraordinaria preponderancia del poder personal, que aquí se sobrepone á todas las leyes y á todas las consideraciones humanas y divinas, que difícilmente se registrará otro igual en los anales de ningún pueblo medianamente civilizado.» ¿Y qué pretexto se daba por las autoridades americanas para estas medidas de exclusión contra las emigraciones españolas? ¡Una medida de carácter sanitario! ¡Que los españoles—*irisum teneatis?*—no fueran importadores en la isla... *de la fiebre amarilla!*

Una revolución promovida por el General García contra el Gobierno dominicano; una expedición filibustera salida de Kingston contra el de Haití para derrocar el Gobierno del General Simón Sam, Presidente de esta República, completarían el cuadro de las influencias *panamericanas sajonas* en las Antillas, en el Centro y en el Norte de la América meridional, si todavía en el Centro no fuera más palpitante la cuestión del Canal de Nicaragua. La cuestión del Canal de Nicaragua, desde 1851, sería cosa que debiera provocar á risa, si se prestasen á la risa las cuestiones demasiado lúgubres en sus resultados, en que pone mano el espíritu *panamericano* de la gran República del Norte. Trazados, exploraciones, proyectos sobre el papel, tratados con Inglaterra, negociaciones con las Repúblicas de Nicaragua y Costa Rica por donde ha de atravesar el Canal, nuevos tratados con Inglaterra, y otras cuestiones que dan eterna curiosidad y eternas dilatorias á este proyecto, siempre ofrecido al mundo de la especulación y de la política, siempre esperado y nunca resuelto; eso debe haber producido ya un archivo documentario más enorme que todo el que España posee desde el descubrimiento, colonización, empresas científico-geográficas, administración y guerras del Nuevo Mundo. Pero lo que todavía no han visto los mortales, es el montón del oro americano, preparado por los opulentísimos Estados Unidos para la realización de esa obra. En la *Memoria* presentada el 7 de Enero al Senado americano por Mr. Morgan, Presidente del Comité de Construcción, el

Senador yanqui se ha pronunciado con cierta energía en el sentido de que se ponga de una vez término á los repetidos incidentes que siempre entorpecen la ejecución del gran proyecto. Pero la cuestión es más ardua de lo que parece. Porque si por parte de los Gobiernos de la Reina Victoria y del Presidente Mac-Kinley se había llegado á acuerdos definitivos mediante la negociación del nuevo tratado Hay-Pauncefote, que abrogó el antiguo Clayton Bulwer, al Senado americano toca la culpa de haber creado nuevas dificultades desde el momento que introdujo modificaciones arbitrarias, en lo que la diplomacia había convenido de acuerdo con los dos Gobiernos que los negociadores representaban. El Congreso de Washington esperaba que las enmiendas hechas al tratado podrían conciliarse por medio de una inteligencia común entre los dos Gobiernos; pero el de Londres, inopinadamente, ha presentado en forma de *litis in jure*, la reclamación que le ha hecho la casa *Forward y Compañía*, la cual es poseedora de un derecho exclusivo de navegación por el río San Juan, de Nicaragua, hasta Setiembre de 1927; y como el río de San Juan forma parte del sistema navegable que en los Estados Unidos se proponen utilizar para la construcción del canal interoceánico; como al mismo tiempo hay que revisar la legitimidad del monopolio obtenido por la casa *Forward y Compañía* en 1897, con la aprobación del Congreso de Nicaragua; y como el Gobierno de Londres ha hecho entender al de Washington que él no ratificará el tratado Hay-Pauncefote hasta que la reclamación de la casa *Forward y Compañía* no haya sido admitida y satisfecha, difícilmente se ve la manera como la moción enérgica de Mr. Morgan, en el Senado americano, pueda conducir á los resultados de ejecución rápida que reclamaba ante estas nuevas dificultades. Aunque el *Daily Mail* había anunciado que el Marqués de Lausdowne había convenido con Lord Salisbury rechazar las enmiendas introducidas en el tratado Hay-Pauncefote por los Senadores yanquis Davis y Foraker, y que el Senador Lodge sostiene con gran ardimiento,

todo el mundo sabe que de estas discrepancias no surgirá conflicto alguno entre la Gran Bretaña y los Estados Unidos, sino *una nueva paralización*, por más que los Gobiernos de Nicaragua y Costa Rica hayan declarado que, ajenos á las inteligencias particulares entre los de Washington y Londres, ellos se encuentran dispuestos á cooperar, por su parte, en la obra de la construcción del Canal.

La sumisión de estos pequeños Estados á la acción coercitiva que sobre ellos ejercen los Estados Unidos, es una demostración más de que el decantado *panamericanismo sajón* no envuelve una idea de protección, sino de invasión, á que la raza de nuestro origen en América debe oponerse por todos los medios de que les escude el derecho. La unión hispanoamericana es una idea que se infiltra de tal manera en el alma de todos los pueblos americanos de nuestra sangre, que Venezuela, excluída como Colombia, como los Estados del Centro y algunos de la banda del Pacífico, de las inteligencias que en la parte meridional prosperan más cada día de las entrevistas de Punta Arenas, y las visitas á Río Janeiro y á Buenos Aires, en un documento oficial suscrito por el Presidente de aquella República, General Castro, y por los Ministros Castillo, Andueza, Pulido, Villegas Pulido, Otañez y Urbaneja, con motivo de haberse colocado un retrato del General San Martín en la sala de actos de la casa del Gobierno de Caracas, se ha dirigido al General Roca, Presidente de la República Argentina, invocando la *confraternidad hispanoamericana* y uniéndose virtualmente á los pactos que cada día estrechan más esta unión.

No se hable de problemas del Pacífico, ni se abriguen serios temores por la proximidad de luchas de rivalidad en que se destrozasen entre sí los pueblos del hemisferio austral, llamados á vigorizar más cada día esta unión. Ya se tienen por acordadas las bases de una inteligencia entre Bolivia y Chile. El Perú discute; pero de la discusión á la vía de hechos hay una gran distancia. Las alianzas que parecían negociarse con un

espíritu provocativo de conflictos armados, cada vez pierden más terreno, y el imperio de la vida legal en la política internacional y la imposición de leyes arbitrales aceptadas por todos los Gobiernos, que cada día gana más terreno, asegura á la América de nuestra sangre en el siglo que ha empezado un horizonte plácido y sereno y de inmensa actividad en que desarrollar sus energías y vigorizar, juntamente con su prosperidad, su poder. Los panegíricos con que en Méjico Porfirio Díaz ha reanudado su alta magistratura; la confianza que la Argentina pone en la sabiduría del General Roca; la fe que en el Perú se ha conquistado Romaña; la normalidad con que dentro de poco veremos llevarse á cabo las próximas elecciones presidenciales en Chile, el Ecuador y el Uruguay, son una prenda más de la realización de los votos que hacemos por la felicidad de la América de nuestra sangre en el siglo que ha comenzado.

IOB.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—CRIMINOLOGÍA: El crimen: sus causas y sus remedios.—BIOGRAFÍA: La Duquesa de Chevreuse.—LITERATURA: La vida y la muerte en las reputaciones literarias.—La novela por el logro del dominio. Escuelas poéticas contemporáneas.—POLÍTICA INTERNACIONAL: La conciencia social y la política.—SOCIOLOGÍA: Exageraciones sociológicas.—IMPRESIONES Y NOTAS: La cuestión del feminismo.—Los mendigos.—Los progresos del wagnerismo.—La fiesta teosófica del loto blanco.—Una novela de María Corelli.—El «Moisés» de Perosi.

CRIMINOLOGIA

EL CRIMEN: SUS CAUSAS Y REMEDIOS.—Tal es el título del interesante libro de César Lombroso, en el que el ilustre pensador italiano expone su pensamiento completo y definitivo sobre el crimen, sus causas y sus remedios, y del que de Greef hace, en *L'Humanité nouvelle*, concienzudo análisis.

«Todo crimen—dice Lombroso—tiene por origen múltiples causas, y si con frecuencia estas causas se encadenan y confunden, no debemos por eso considerar cada una aisladamente, como se hace con todos los fenómenos humanos, á los que casi nunca puede asignarse una causa única, sin relación con las demás.»

Estudiando la etiología del crimen, aparecen, en primer término, las influencias meteóricas y climatéricas; puede formarse, no sólo una geografía, sino un verdadero calendario criminal, á semejanza del que hacen los botánicos para las flores. Después vienen las influencias orográficas y geológicas,

y luego las de la raza, en las que el índice cefálico es de gran importancia, habiendo centros criminales verdaderamente étnicos, como en Italia, por ejemplo. De estos factores primarios pasamos, naturalmente, á la acción producida por el estado general de civilización ó de barbarie, por las aglomeraciones humanas, por la opinión pública, cuyo órgano es la prensa, y cada una de estas influencias crea nuevos crímenes ó transforma los ya conocidos: así la astucia sustituye á la violencia.

La densidad de población, la inmigración y la emigración y la natalidad, ejercen importante acción sobre la prostitución, el infanticidio y el aborto. La alimentación es de influencia decisiva, y los precios del grano y el carbón obran sobre la cantidad y la calidad de los crímenes. El estudio más concluyente es el de la relación de los crímenes con las horas necesarias de trabajo para obtener el equivalente de un kilo de pan; los robos especialmente aumentan á medida que el trabajo dura más horas.

El alcoholismo es un factor especial de suma gravedad, causa principal del pauperismo. El paralelismo absoluto de la instrucción con la criminalidad, como muchos lo comprendían en otro tiempo, debe estimarse como resultado de una generalización errónea; hay una criminalidad especial para los letrados y otra para los iletrados, para los que han recibido una educación media y para los que han llegado á la superior. La instrucción, por sí misma, no es ni un freno ni un acicate del crimen. Y otro tanto sucede con la riqueza; en general, sin embargo, los *condenados* son casi todos pobres; hay que considerar que muchos hechos, inmorales en sumo grado, no son considerados como crímenes mientras que no pocos hechos son estimados delictuosos, aunque no sean atentatorios á la justicia social, sino sólo á las leyes instituídas por la clase rica. Los efectos de la riqueza ó la miseria están frecuentemente paralizados por la acción étnica y climática.

En cuanto á la religión, su influencia es tan compleja como

el estado general de la civilización. Las religiones son ordinariamente moralizadoras en su origen, pero poco á poco se cristalizan y las prácticas rituales ahogan ó absorben el principio moral; las religiones que, como en ciertas sectas, son fanáticamente morales, constituyen un freno para el crimen; las demás ejercen escasa influencia. La educación es factor muy importante, como lo demuestra el crecido número de criminales espúreos ó huérfanos.

La influencia de la herencia es grandísima. Parece que la epilepsia de los padres domina en los ladrones, el suicidio en los incendiarios, el alcoholismo en los violadores y ladrones, la enajenación mental en los incendiarios. La herencia paterna influye mucho más que la materna, lo mismo en los criminales que en las gentes honradas; la madre, sin embargo, posee en el más alto grado el poder de transmitir á sus hijos las facultades emotivas.

Cada edad tiene también su criminalidad específica, y la precocidad en el crimen varía según las razas, civilizaciones, etc.; la perversidad moral se dibuja sobre todo en la edad de la pubertad, y la cifra más elevada de los delincuentes se encuentra entre los quince y los veinticinco años. La proporción de los crímenes es mucho menor en las mujeres que en los hombres, sobre todo no teniendo en cuenta los infanticidios, y llega al máximum en la edad madura; si la prostitución se considerara como delito, entonces la criminalidad sería igual en ambos sexos; las mujeres, por lo demás, tienen una criminalidad específica: infanticidios, abortos, envenenamientos y encubrimientos. En cuanto á estados, la categoría más numerosa de delincuentes la dan los solteros, y es muy de notar que «uno de los mayores factores del crimen es la cárcel».

Estudiando después el *crimen asociado* y los *crímenes políticos*, Lombroso sostiene la tesis de que «el crimen político es una especie del pasional, punible únicamente porque ataca los sentimientos conservadores y misoneicos de la raza humana, particularmente en la religión y en la política».

La segunda parte del libro está destinada al estudio de la profilaxia y la terapéutica del crimen. No basta reprimir el crimen, sino que hay que prevenirlo, ó por lo menos procurar disminuir en el criminal de ocasión, en los adolescentes y en los criminaloides, la influencia de las causas que lo producen. Los llamados por Ferri *sustitutos penales* son medios excelentes para lograr este fin; estos medios preventivos son generales y especiales. Entre los primeros está la organización científica de la política, el perfeccionamiento de los métodos de investigación, etc.; en cuanto á los segundos, contra las influencias alcohólicas hay que acudir á medios curativos; contra los crímenes nacidos de la miseria ó de la riqueza, crear instituciones de cooperación, de socorros mutuos, de beneficencia, de emigración y de colocación. La caridad es insuficiente; los éxitos más seguros dependen de los progresos de la organización social y de la educación. «Ya es tiempo de desentenderse de esta tendencia atávica que nos hace considerar á la religión como panacea universal del crimen». Y lo mismo ocurre con la instrucción. «¡Qué felicidad si Napoleón, Boulanger y Crispi hubieran sido iletrados!»

Pasando revista á las instituciones penales actuales, Lombroso dice que la prisión celular aísla en efecto al criminal, pero aniquilando su pensamiento y su voluntad. El sistema irlandés, que hace pasar al condenado del aislamiento celular á la libertad provisional por estadios graduados, así como la colocación del peculio ganado en la cárcel en otras manos que las del liberado, son expedientes que pueden resultar ventajosos en casos especiales, sucediendo lo mismo con el patronato. La deportación á las colonias es muy costosa y el trabajo agrícola que convendría sobre todo á la enmienda del condenado no es apenas utilizable por ser los criminales, en su mayoría, de procedencia urbana y repugnar el trabajo corporal.

A propósito de los absurdos y contradicciones jurídicos, el autor hace, como Ferri, acerba crítica del Jurado, llegando á considerarlo como una causa de corrupción popular.

La tercera parte está consagrada á la síntesis y á las aplicaciones penales de los análisis y teorías precedentes. El atavismo nos hace comprender actos como la pederastía y el infanticidio, así como la ineficacia de la pena para con los criminales natos y sus constantes y periódicas reincidencias. Hasta el criminaloide tiene relaciones con el atavismo y la epilepsia. «Esos criminales natos, latentes y poderosos que nuestra sociedad venera á veces como á sus jefes, se diferencian todavía menos de los criminales natos, todos cuyos caracteres tienen, perteneciendo á la misma categoría que los locos criminales». Los criminales por pasión forman grupo aparte; los de ocasión, víctimas de las circunstancias, no son en realidad criminales, sino pseudocriminales.

El estudio de las causas obliga á reconocer la *necesidad del crimen* con la salvedad de que las causas pueden en parte neutralizarse y en parte atenuarse. Según la antropología criminal, la penalidad debe transformarse en medidas sobre todo preventivas, reformadoras y de preservación social. Hay que dejar más campo á las multas, á los manicomios, á las casas de incorregibles, á las indemnizaciones, cauciones, escuelas de reforma, etc., sin aplicar jamás tarifas uniformes y preconcebidas, sino acomodando las medidas penales á las circunstancias del criminal.

BIOGRAFIA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEI
MUSEO BARCELONÉS DEI

LA DUQUESA DE CHEVREUSE. — Napoleón tenía el prejuicio de la nobleza; y tanto por vanidad como por el sistema de fusión del antiguo con el nuevo régimen, aspiraba á verse rodeado de nombres ilustres de la antigua nobleza francesa. Siendo Cónsul, tuvo ya empeño en lograr este deseo, consiguiendo que cuatro damas como las señoras de Luçay, de Talhouet, de Remusat y de Lauriston fueran las que hicieran compañía á la señora Bonaparte. Pero proclamado Emperador,

abrió de par en par las puertas de las Tullerías al noble faubourg Saint-Germain, y el faubourg se lanzó por ellas; se empeñó en tener una Larochefoucauld por dama de honor de la Emperatriz y la tuvo; todo era cuestión de precio.

Algunas familias, sin embargo,—dice José Turquan en la *Nouvelle Revue Internationale*—se resistieron dignamente á endosarse la librea imperial. La poderosa casa de Luynes fue de las que más se distinguieron por su hostilidad, y la joven duquesa de Chevreuse, casada con un hijo de los Luynes llevó las cosas á tal extremo, que la policía había llegado á proponer su destierro, á pesar de que hacía poco tiempo que Napoleón había nombrado senador al Duque de Luynes, esperando así conquistar la adhesión de su casa; gracias á la intervención de Talleyrand, la propuesta de la policía se convirtió en un nombramiento de dama de honor del palacio imperial á favor de la joven Duquesa; el astuto ministro pensaba con esto desarmar á la brillante estrella del faubourg, sin lograr otra cosa que meter en la fortaleza al enemigo.

¿Quién era aquella joven aristócrata que se atrevía á desafiar las iras del coloso del siglo? Ermesinda Beranger de Narbona, descendiente de un gran señor español, Manrique de Lara, era una niña mimada, sin grandes atractivos personales, con ojos vivos y piel muy blanca, dominante, autoritaria, atrevida, mordaz, de genio vivo y de lengua acerada; sus cabellos eran rojos, de un rojo subido y vulgar, fuera de moda, razón por la cual ella se los había hecho rapar, sustituyéndolos con una hermosa cabellera rubia; tenía cierta gracia y distinción, más que en su rostro, en sus maneras y en su silueta, y siendo más bien fea que hermosa, atraía por lo imprevisto de sus salidas y lo ameno de su conversación.

Convencida de sus talentos se las echaba de mujer superior, y con el aplomo que dan la riqueza y un gran nombre, se imponía en los salones y en los círculos más aristocráticos, llegando á ser la reina de los suyos; sus dichos se comentaban, sus caprichos se festejaban y sus gustos pasaban á ser moda.

acatada por todos, celebrándose hasta sus excentricidades de mal gusto, pues irreflexiva y ligera, no siempre acertaba á conservar el justo medio ni á dar ejemplo de buen tono. Así una vez se le ocurrió hacer la apuesta de pasearse sola á las once de la noche bajo las galerías del Palais-Royal, y salir al paso de su hermano cogiéndole del brazo, como una buscona, sin que él la reconociese; su hermano, por fortuna, la conoció en seguida en la voz y le riñó severamente hasta hacerla llorar por aquella broma de mal gusto, ocasionada á toda clase de peligrosas aventuras.

Otra de sus bromas más comentada fue la que jugó á su suegro el anciano Duque de Luynes, presentándole en una recepción á un mendigo á quien había previamente disfrazado con un magnífico traje lleno de condecoraciones, enseñándole la lección, como un gran personaje de la corte de Suecia; el mendigo fue traído y llevado por todos, haciéndose todos lenguas de su distinción y finura, y solo al día siguiente, por las carcajadas de la Duquesa, llegó á saberse que el famoso personaje sueco era el mendigo de la puerta de San Roque. Y no sólo mistificaba de este modo á los suyos, sino que no vacilaba en burlarse de los extraños si la ocasión se presentaba: así una vez supo por una de sus doncellas que un especiero retirado esperaba una sobrina, á quien no conocía, por la diligencia de Rouen; la Duquesa se informa de las condiciones de la familia del especiero, de sus parientes, de su vida, y disfrazándose de señorita de pueblo se presenta en casa del pobre especiero como su sobrina Pulqueria, que acaba de llegar de Rouen; tío y sobrina se abrazan, y la supuesta Pulqueria aturde de tal modo al infeliz tendero con su brillante conversación, sus paradojas y su talento, que el pobre hombre, que no contaba con una sobrina tan despierta y tan ultraparisién, se enamora de ella y la ofrece en el acto su rugosa mano lleno de entusiasmo; sólo en el momento en que se dispone á sellar con un beso su promesa, la Duquesa se escapa de sus brazos y se salva riendo como una loca su aventura.

Con su necesidad de hacerse admirar de su blasonada corte, no perdonaba ocasión de obtener el aplauso de sus devotos, poniéndose en evidencia con epigramas lanzados contra el Emperador y su familia, que circulaban en seguida como moneda acuñada en honor á su autora. Sus excentricidades y ocurrencias eran por todos celebradas, y había llegado á considerarse la menor de sus palabras como un oráculo. Como una soberana, no devolvía las visitas, y en sus propios bailes y recepciones no se la veía sino cuando iba á terminar la fiesta; todo se le perdonaba. «Son cosas de Ermesinda», se decía, y con esto quedaba absuelta de todo. A tal punto llegaba en el noble *fau-bourg* la adoración en que se la tenía, que una flor, una cinta, cualquier cosa procedente de ella, se guardaba como una verdadera reliquia. Ella hacía y deshacía las reputaciones con sus elogios ó censuras, y los bailes ó reuniones en los que ella no figuraba resultaban sosos y sin atractivos.

Esta reina de la frivolidad era la que Napoleón quería domesticar haciéndola dama de honor de la Emperatriz, y logrando que aceptara tras largas y misteriosas negociaciones diplomáticas llevadas á cabo por Talleyrand. Para decidirla al sacrificio había sido preciso amenazar á la poderosa casa de Luynes con el espantajo de la confiscación; sabido es que los realistas y los emigrados de regreso no se cuidaban mucho de su dignidad, y que, como dice Chateaubriand, gran autoridad en este punto, «apenas se encontrará un gran nombre histórico que no consienta en perder su honor antes que perder una de sus tierras». La Duquesa aceptó el puesto de dama de honor de la Emperatriz para salvar sus tierras; pero pretendía salvar también del naufragio de su dignidad su rango de reina de la oposición realista, y era difícil sostenerse en cargos tan incompatibles.

El día de su presentación á la Emperatriz se mostró más fría y altanera que respetuosa, á pesar de la cariñosa acogida de Josefina; las princesas imperiales la mimaron también cuanto pudieron, sin lograr romper el hielo de su actitud. Sin pre-

tender que de buenas á primeras renegase de sus antiguas convicciones, Napoleón se lisonjeaba de hacer la conquista política de la Duquesa á fuerza de atenciones y de cuidados, y él, que no se molestaba por nadie, mostraba empeño en hacerse grato á la Duquesa. A veces creía haberlo conseguido, pero no tardaba en convencerse de su error. La Duquesa de Chevreuse es la única mujer con quien Napoleón hizo todo el gasto de su amabilidad, y la única también que le respondía con la más desconsoladora frialdad. Y no obraba así la Duquesa por obedecer á sus principios políticos, sino por puro afán de singularizarse, para hacer hablar de ella y por conservar su popularidad en las tertulias del faubourg Saint Germain.

Napoleón también encontraba simpática aquella mujer que se resistía á su omnipotencia, y que no era «como las demás». Poco acostumbrado al trato de las damas, era con ellas tímido y brusco, y á veces grosero, siendo por lo mismo mucho más de estimar las delicadas atenciones que prodigaba á la Duquesa de Chevreuse sin lograr desarmar su hostilidad; la Duquesa, que se sentía humillada en su papel, comenzó por mostrarse desdeñosa, juzgándolo de buen tono, y acabó por acostumbrarse á obrar así, sin comprender que la dignidad no estaba en cumplir tan mal los deberes de su cargo, sino en no haber aceptado éste.

Un día, después de algunas horas de caza en el bosque de Bolonia, Napoleón se acercó al coche de la Emperatriz, en el que iba también la Duquesa con otras dos damas de servicio; el Emperador estaba de muy buen humor; á poco llegó el Mariscal Berthier y le dijo que el ciervo estaba acorralado. — Y bien, señora — dijo Napoleón á la Duquesa de Chevreuse — ¿qué haremos de ese pobre animal? — A fe mía, señor — contestó la Duquesa con aire impertinente — me es indiferente. — ¡Vaya! — dijo Napoleón algo picado, pero sin dejar ver su impaciencia — puesto que ese pobre ciervo tiene la desgracia de no interesar á la señora de Chevreuse, no merece vivir, ¡que muera!

Por más que redoblara su amabilidad y lo hiciera siempre con tono respetuoso, que excluía todo libertino pensamiento, siempre encontraba Napoleón la misma acogida, sin acertar con el motivo de tamaña obstinación. Una especie de guerra sorda había llegado á entablarse de este modo entre ambos, y en ella pocas veces llevaba Napoleón la mejor parte. Una noche de *grand cercle* en las Tullerías, la Duquesa, vestida, como siempre, de blanco, se presentó resplandeciente de diamantes. Napoleón, al detenerse frente á ella en la vuelta que iba dando al salón, quedó sorprendido por la profusión y belleza de los diamantes y le dijo: «¡Oh, oh! ¡Hermosas piedras! ¿Son todas ellas buenas?» La pregunta no era muy graciosa, ni estaba hecha con mala intención; pero la Duquesa la cogió al vuelo, y contestó con la mayor insolencia: «¡Dios mío! No me he asegurado de ello, señor; pero para venir aquí, bastante buenas son siempre.»

Napoleón se sintió mortificado; seguramente se dió cuenta, una vez soltada su pregunta, de la inconveniencia cometida; pero esperaba que su torpeza habría sido recogida con más corrección, como con frecuencia le ocurría; de este modo se aguzan los ingenios sin saltar jamás sobre las leyes de la cortesía. Así, por ejemplo, en un baile de la gran Duquesa de Berg, el Emperador quiso castigar á la señora Regnault, que daba que decir con ciertos caprichos, y le dijo: «¡Es singular, señora, cómo envejece usted!» A lo que la dama contestó: «Lo que Vuestra Majestad me hace el honor de decir, sería muy duro de escuchar si yo estuviera en edad de incomodarme por ello.»

Pero la Duquesa de Chevreuse no se cuidaba de andar con miramientos; cuanto más resonancia tuvieran sus réplicas, mejor. Napoleón quiso tomar la revancha, y habiendo sabido que la Duquesa tenía el pelo rojo y que los hermosos bucles rubios que caían sobre su frente eran de una peluca, aprovechó la ocasión de otro día de recepción y le dijo, sin medir el terreno que pisaba: «¡Ah, señora! ¡Es singular lo rojos que tenéis los cabellos!» La Duquesa, herida en lo vivo, replicó: «Es posible,

señor; pero es la primera vez que un hombre me lo dice.» José Bonaparte sostiene que su hermano quiso con su frase dirigir un cumplimiento á la Duquesa, y que ésta no lo entendió: puede ser; pero lo cierto es que el cumplimiento no estaba muy bien escogido, y que la réplica dejó cortado al Emperador, que no volvió á entablar la lucha en terreno para él tan peligroso.

La Duquesa suponía que Napoleón no olvidaría nunca su derrota, pero no por eso se contenía, y el Emperador sabía con disgusto por su policía secreta las burlas y sarcasmos que la Duquesa hacía de su corte y de su familia. Pero no paraba en esto su indisciplina; deseosa de tener hijos, había hecho voto de no vestir más que de blanco mientras no los tuviera, y como Dios se los negaba, hizo nuevo voto de no ir á ningún teatro mientras no fuera madre; habiéndole tocado acompañar á la Emperatriz á la Opera, recibió aviso para ello y se negó, alegando el voto hecho; Josefina la dispensó, pero Napoleón lo supo, y le pareció muy mal aquella desobediencia. La creación de la nobleza imperial fue después objeto de las más acres burlas, y la medida de la paciencia la colmó la negativa de la Duquesa á marchar á Compiègne para acompañar á los Reyes de España Carlos IV y María Luisa, que acababan de ser internados en Francia; la Duquesa se negó, y como se le reiterara la orden, rehusó de nuevo, manifestando que «el Emperador podría hacer de ella una prisionera, pero que no la convertiría jamás en carcelera de nadie».

Napoleón no quiso aguantar más. «No quiero más á esa impertinente en mi casa», dijo; y no sólo la destituyó de su cargo, sino que la desterró á cuarenta leguas de París. Así tuvo la Duquesa el gusto de verse compadecida y el orgullo de entrar en la historia. Pero cuando se vió fuera de París, no pudo contener sus lágrimas. Retirada en Caen, no podía resignarse á verse privada de su tertulia del faubourg, y allí murió sin decidirse á pedir su perdón al Emperador, aunque haciéndolo pedir inútilmente por medio de su familia.

LITERATURA

LA VIDA Y LA MUERTE EN LAS REPUTACIONES LITERARIAS.—Es un error cómico de la mayor parte de las profesiones—dice en la *Revue des Revues* Pablo Stapfer—el mirar con desdén todas las demás: el militar desprecia al paisano, el juez se hincha con la idea de su importancia superior, y el profesor piensa que no existe función más alta que la suya. En nadie, sin embargo, es mayor esta vanidad que en el literato, y en ninguna parte el espectáculo de la realidad hace más ridícula y falsa semejante ilusión.

Los escritos de un autor no entran para nada en la estimación en que le tienen durante su vida los que le conocen: nuestra familia, nuestros amigos, nuestros vecinos, nos buscan y nos quieren por nuestras cualidades personales, sin relación con el ingenio y el talento que hayamos desplegado sobre el papel. Para todos los ojos que nos ven de cerca, nuestra literatura se desvanece en la existencia de nuestra propia persona, agradable ó desagradable; todas nuestras líneas adicionales, no valen un comino frente á la impresión que hacemos personalmente sobre nuestros conocidos. Y, sin embargo, para nuestras imaginaciones embriagadas, *nuestro libro* no es sólo el trabajo exterior de nuestro espíritu y de nuestras manos, sino la única parte sólida y duradera de nuestro sér; todo lo demás, hechos y palabras de nuestra vida pública y privada, es sombra que pasa.

El sentido á veces acertado del vulgo estima que los autores, como los demás hombres, valen ante todo por lo que *son*, luego por lo que *hacen*, después por lo que *dicen*, y sólo en cuarto y último término por lo que *escriben* (1). «Sea lo que

(1) Pero, por ventura lo que un autor *escribe*, ¿no es, en general, lo que *hace*, puesto que su labor precisamente, y el empleo ordinario de su actividad es el *escribir*? Y sus escritos, ¿no son, en general, el fiel reflejo

quiera—decía Montaigne—lo quiero ser en otro sitio que en el papel.» Basta muy poco para fundar ó para restaurar una reputación, pero se necesita menos para derribarla. Desde el día en que Cydias se ha comprometido en la más detestable campaña política, sus adversarios han cargado contra él y contra su propia labor literaria, hallando en el público oídos muy dispuestos á tragar la necedad de que el escritor delicioso de ayer no es ya un poeta, un crítico, un novelista exquisito; Arsenio, crítico de gran saber y talento, triunfa con trabajo del prejuicio desfavorable que contra él alimenta su pedantesco orgullo; Julio Lemaitre, que acababa de publicar en la *Revue Bleue* una preciosa novelita, recibía los cumplimientos de Stapfer respondiendo sencillamente: «Me complacéis sobremanera; nadie me ha dicho todavía una palabra de esas páginas, y nadie, sin duda, me la dirá: *nunca me hablan de lo que escribo.*»

Por ignorancia del verdadero estado de las cosas, por malignidad secreta, por fría indiferencia sobre todo, y quizá también por pudor y por desdén sincero por los cumplimientos, *nuestros amigos no nos hablan nunca de nuestras obras*; el convencionalismo corriente supone que nada nos importan los elogios, y que debemós estar saturados de ellos; el hecho, por el contrario, es que el menor elogio nos agrada, porque es obsequio muy raro. No pedimos hipérboles, peores que los malos cumplimientos; deseamos sencillamente que nuestros amigos, cuando hemos logrado interesarlos ó conocerlos, nos lo digan, pero... no nos dicen nada. Pero no basta que ellos parezcan no saber nada de nuestras obras; es preciso que nosotros mismos, por falsa modestia, afectemos olvidarlas, pues seríamos ridículos si hiciéramos la menor alusión á su existencia.

Para agradar y sobresalir, la conversación tiene una importancia y un poder de tal modo superior á la escritura, que

de lo que *dice* y de lo que *es*, con la diferencia de que lo que *dice* sólo es conocido por las pocas personas que lo oyen, mientras lo que *escribe* se extiende indefinidamente en el tiempo y en el espacio?

probar la fortuna de la letra de molde es extrema temeridad en quien reina por los talentos de la palabra hablada. La táctica hábil de los listos consiste en dar á sus conocidos altísima idea de la obra que *podrían escribir*, y no escribirla nunca. Chapelain gozaba de gran autoridad en el mundo de las letras; la publicación de *La Doncella* lo echó todo á perder; los discípulos de Esteban Mallarmé aseguran que aquel maestro era un hombre superior, y sin dificultad los creeríamos por su palabra; desgraciadamente ha publicado algunos versos y prosa, y desde entonces ponemos en duda la realidad de su genio y el buen sentido de sus admiradores.

En suma: el hombre que busca la estima, la admiración, el amor de los demás hombres, debe merecerlos por cualidades sobresalientes y no sólo por sus escritos. Insuficientes éstos para nuestro éxito personal, lejos de servirnos, pueden perjudicarnos. Excitan la envidia de nuestros colegas y la desconfianza instintiva de la sociedad, haciendo sospechosa la realidad de nuestro mérito. Quien fíe demasiado á sus solas obras el cuidado de su fortuna, recogerá la indiferencia del prójimo. Los que recompensa el efecto del mundo, son los seres realmente superiores cuyo talento, que se admira á distancia, es ante todo una virtud moral que irradia en torno suyo, hombres de acción, hombres de fe, hombres de corazón, hombres de bien.

Extendamos ahora el círculo, y veamos lo que pasa lejos de nosotros en el espacio y en el tiempo. Nuestra vanidad de profetas no comprendidos en su país, puede á veces experimentar el placer de creerse escuchados fuera; parece que existimos en Suecia, en Italia ó en alguna ciudad americana, donde algunos curiosos que nos son desconocidos han tenido el capricho de traducir alguno de nuestros opúsculos; excelentes personas, que creían que significábamos algo en nuestro país, no están en el movimiento; los escritores desheredados que adopta el extranjero, no por eso vuelven á ser los hijos de la casa. El cosmopolitismo de París, fábrica central de reputa-

ciones literarias, con sus embobamientos y su fácil entusiasmo por las rarezas exóticas, podrá hacerle admitir en su galería la celebridad abigarrada de algún provinciano hirsuto y feroz, si tal es un día su capricho; pero es preciso para eso, que un barnum bien acreditado haya hecho admirar al soberano las muecas y cabriolas del monstruo.

Hay gran cantidad de ilusión en ese adagio clásico de que «la posteridad es siempre justa». La historia literaria cuenta numerosos ejemplos de reputaciones usurpadas, que duran; pero es probable que este escándalo acabe por desaparecer; desde que no tenemos bastantes nichos en nuestros altares para todos nuestros escritores de valía, el lujo de sostener el culto de las nulidades parecerá un capricho harto dispendioso; los antiguos ídolos seguirán en sus puestos, salvados por la indiferencia misma de los fieles; pero los nuevos dioses falsos tienen pocas probabilidades de conservarse mucho tiempo.

En cuanto á los olvidos injustos, es imposible tenerlos en cuenta, pues no pueden computarse olvidos que se ignoran. ¿No es cosa sabida que en los concursos hay siempre que des- echar muchos pretendientes que valen tanto como los elegidos? Pues lo mismo pasa en literatura. Es ley fatal de las cosas, cuyo rigor aumenta en proporción geométrica, por el exceso de talentos que aparecen sin cesar. Cuando se dice que la fortuna es mujer y sólo sonríe á los jóvenes, se expresa un hecho constante en literatura: á todos los grandes escritores la fortuna les sonríe muy temprano ó no les sonríe nunca. Por regla general, casi absoluta, hay que conquistar joven la gloria literaria, y mantener celosamente esta conquista hasta la muerte, con actividad incesante, progreso sostenido, y continua renovación de las formas del talento. La gloria inmortal no está prometida á nadie, y sólo pueden esperarla los muy raros elegidos que han probado de vivos sus primicias.

Literariamente la muerte mata á todos los vivientes. ¿Cómo no ha de aniquilar á los que ya han muerto ó no han existido nunca? Suele contarse con la muerte para una resurrección;

pero si de vivos no habéis logrado atraer la atención, ¿por qué la muerte ha de producir tan extraordinario fenómeno? La posteridad es el público del porvenir, y el público no es justo, ni injusto; *no es*. Su iniciativa es nula, su conciencia nula, su responsabilidad nula; es formidable como número; pero su existencia, como ser libre y espiritual, es nula. Sigue á sus conductores, y á ellos es á quienes hay ante todo que ganar; apresuraos, porque la vida es corta. Cuando estéis muertos y no tengáis para secundaros, los amigos que os ayudan á cambio de vuestro apoyo, las compincherías de la prensa, los codos que se empujan, las rodillas que se abrazan, las importunidades, las lisonjas, las risitas, los regalitos, los salones y las intrigas de mujeres, cuando no tengais más que vuestras obras, de temer es que se pierda la partida .

*
* *

LA NOVELA POR EL LOGRO DEL DOMINIO.—No hay ya ni uno solo entre los más celebrados novelistas—dice Morasso en la *Rassegna internazionale della letteratura*, de Florencia,—que escriba hoy una novela para satisfacer un espontáneo y prepotente impulso de su espíritu, por atender á un puro motivo de creación estética. El arte de la novela se ha convertido en una profesión lucrativa como otra cualquiera, en la que el individuo se consagra á una labor tenaz y diaria, y produce durante doce meses el número de novelas ó cuentos necesarios para ganarse la vida ó mejorar sus condiciones de existencia, como el sastre hace determinado número de trajes. Y entre los grandes novelistas en boga no hay ni una sola excepción, desde Ohnet á Barrili, desde Zola á Rovetta; unos son mejores que los otros, pero ninguno es artista, ninguno es sincero.

Fuera de este grupo de escritores considerados hoy como los verdaderos novelistas, hay algunos que podían llamarse artistas en cierto sentido, pero que no son ni novelistas ni artistas; porque, si bien es cierto que no tienen como objetivo

principal el lucro, son hombres de lucha y de pensamiento que se valen de su pluma como de un instrumento para difundir sus opiniones, hacer triunfar á su partido y formar su propio pedestal; son tratadistas, articulistas, polemistas, etc., pero no novelistas: Tolstoi, Barrés, Anatolio France y el mismo Annunzio pertenecen á esta categoría.

Entre los sinceros, entre los que en parte son todavía artistas, hay que poner á los principiantes; lo mismo Zola, que Bourget y Annunzio, ejecutaron en sus comienzos algo que era producto libre y espontáneo de su alma, algo artístico. De modo que, en resumen, podría enunciarse la siguiente aparente paradoja: hoy sólo son artistas novelistas los que todavía no han llegado á serlo y los que han dejado de serlo ya, los que quisieran llegarlo á ser y los que no quieren serlo.

Los gustos del público, por su parte, pueden dividirse en varias categorías, correspondientes en general á las diversas clases sociales. Las clases superiores, en el sentido de las más cultas é inteligentes, obligadas á una labor cada vez más áspera é intensa, además de no hallarse en las condiciones de quietud y serenidad necesarias para contemplar y gozar la belleza, han perdido en gran parte el concepto de lo bello, y no lo buscan ni lo gustan en las obras de arte, á las que piden satisfacciones morales, consuelos, auxilios y enseñanzas. Las clases burguesas, ricas y trabajadoras, faltas en parte de educación estética é incapaces de sentir la belleza, y en parte constreñidas asiduamente al trabajo para la producción de medios de existencia, envueltas en una atmósfera de materialidad, de vulgaridad, de perennes preocupaciones, no piden á la obra de arte sino la distracción para los ocios aburridos ó el fácil deleite para las cortas horas de descanso; los más ricos de esta clase quieren un poquito de psicología ó sociología, sin que la parte científica meditativa de la novela pase del oficio de salsa, pues en otro caso arrojarían el libro; los menos ricos no buscan más que el deleite; la hora consagrada al arte, lectura, drama, música ó pintura, es la de la digestión, y en

tales condiciones no se quiere más que el deleite pronto y fácil, sin rodeos ni cavilaciones. Las clases populares, ó no leen, especialmente en Italia, ó leen antiguas novelas de aventuras cuando no tienen las mismas preferencias que la burguesía trabajadora; del pueblo sólo las mujeres leen novelas, en su mayor parte de folletín; la juventud antes, especialmente en los campos, leía *Guerrino y Bertoldo*, y hoy folletos de propaganda clerical ó socialista.

Hay otras categorías de lectores, independientes de las divisiones sociales. Así, por ejemplo, entre los hombres más prácticos, como los ingleses y los norteamericanos, brota una violenta aspiración hacia lo fantástico, lo extraordinario y lo sentimental, que explica el éxito de obras como el *Ben-hur* ó el *Quo vadis*, el *Wonderfus Visit* ó el *Invisible Man* ó las obras maravillosas de Verne, todo lo que puede significar la realización de un sueño ó de una esperanza. Otra categoría la forman las señoras nórdicas y snobs, que gustan de ver representadas las cualidades que pretenden tener y afirmada la superioridad de la mujer sobre el hombre, de donde toda una serie de novelas de propaganda feminista.

La forma de novela más elevada y más típica, como índice de modernidad, es la que desenvuelve un principio político social. La lucha por el dominio individual ó colectivo se ha hecho hoy consciente y gallardísima, renovando todas las violencias antiguas y requiriendo todos los esfuerzos de cada cual para el logro de la victoria. El equilibrio del poder entre antagonistas inconciliables, como el superior y el inferior, el vencedor y el vencido; el fuerte y el débil, el hermoso y el feo, el rico y el pobre,—la mayor de las utopías democráticas—está para caer; en todas partes todo hombre lo quiere todo para sí, dominarlo todo para gozar de todo. El novelista no ha podido salvarse de esta pasión devoradora y universal.

Antes el escritor podía pertenecer á tal ó cual escuela filosófica é informar sus novelas en la escuela opuesta; después no es esto posible, y el escritor que hacía profesión de fe po-

sitivista ó idealista trata de sostener y propagar en sus novelas sus convicciones filosóficas; toda la serie de los *Rougon-Macquart* de Zola pertenece á este período del que es producto típico *El Discípulo*, de Bourget. Pero no basta esto: el escritor podía profesar tales principios filosóficos, y como elector estar afiliado en tal partido político, siendo independiente como artista; la lucha política, que es la verdadera lucha por la supremacía efectiva, ha llegado á tal grado de acritud, que hoy el novelista no puede prescindir de sus opiniones políticas, y se vale de la novela para ayudar al triunfo de su partido. En este punto, y es el del momento actual, el artista y el hombre forman un solo sér, y la evolución es completa: la fe filosófica, científica y política que el artista profesa y sigue como hombre, debe profesarla, seguirla y sostenerla como artista, haciendo de sus obras un medio para el triunfo de sus ideas.

De aquí el tipo definitivo de la novela de nuestro tiempo, la novela político social. Las novelas más recientes tienen tales caracteres, que se dirían más bien tratados de política ó escritos de propaganda que novelas: Zola pasa de *Lourdes*, donde se expresa una convicción científica, á *Roma*, donde se diseña un amplio concepto social y religioso, y á *París*, donde se exalta determinado programa político-social, para llegar hasta *Fecundidad*, donde cesa la novela propiamente dicha, quedando la discusión y la solución de una grave cuestión nacional. Tolstoi, desde la gigantesca concepción de *Guerra y Paz*, pasa en *Resurrección* á señalar determinada norma moral entre las relaciones de ambos sexos. Mauricio Barrés propone y desenvuelve en su trilogía *Bajo la mirada de los bárbaros*, *Un hombre libre* y *El jardín de Berenice*, y luego en *El enemigo de las leyes*, el amplio programa filosófico de la supremacía y la expansión del yo contra la constricción colectiva; formula en *Desarraigados* todo un programa político y administrativo, y especifica todavía más en la *Apelación al soldado* su aspiración política, encarnándola en un hombre real, en Boulanger.

En Anatolio France la evolución desde *El lirio rojo* hasta *El anillo de amatista* es más significativa; y lo mismo podría decirse de Marcelo Prevost, que pasa del erotismo sensual á propugnador del programa feminista en *Virgenes fuertes*; de Octavio Mirbeau por su flagelante *Jardín de los suplicios* y su drama político-social *Los malos pastores*; y de Pablo Adam, que en su libro *Fuerza* traza todo un programa de dinamismo individualístico. Rudyard Kipling, después de su prodigiosa novela de la *Jungla*, ha dedicado su poderosa fantasía á la celebración del imperialismo; como Annunzio ha pasado desde *El placer*, donde predominaba la parte dramática, á *Las vírgenes de las rocas*, donde la concepción filosófico-política ocupa todo el libro.

*
* *

ESCUELAS POÉTICAS CONTEMPORÁNEAS. — Quizá en ninguna época—dice Adolfo Retté en *La Revue*—se han leído menos versos ni se han publicado más que en la actual. ¿Qué queda de toda esta producción y de las polémicas á que ha dado lugar? Unos papeles viejos y algunos restos de lógica flotando entre oleadas de divagaciones: los buenos poetas han seguido cantando bien, como antes, y los malos cantando mal, como antes también.

No todo, sin embargo, ha sido vano en este movimiento. Verdad es que la escuela decadente, patrocinada irónicamente por Verlaine, se ha hundido en el no sér con su barnum Anatolio Baju; el instrumento-evolucionismo de Renato Ghil, poeta robusto, extraviado desgraciadamente por un didactismo fuliginoso, no fija ya la atención; la escuela romana ha dejado de existir, sin que de todos sus fieles, batidos en retirada, quede más que Ernesto Reynaud; pero en cambio la escuela simbolista ha reclutado gran número de adeptos.

Es cosa difícil definir el simbolismo. Así como el romanticismo se caracterizó según unos por el empleo del color local,

según otros por la mezcla de lo serio y lo grotesco, y según Alfredo Musset por el abuso de los adjetivos, así el simbolismo ha suscitado no pocas teorías y explicaciones: unos han visto en él el triunfo del individualismo en el arte, otros una reacción idealista contra el naturalismo, y otros una tentativa para flexibilizar el verso, petrificado en manos de los parnasianos. De todo esto hay en el simbolismo, pero esta escuela pretende á la vez dar la síntesis de todas las emociones detalladas por los poetas anteriores y crear relaciones insólitas de ideas. Los simbolistas volvieron á utilizar los temas de sus predecesores, esforzándose á veces, sin lograrlo, por darles sentido más sutil, interponiendo entre ellos y el mundo un prisma de sueño y produciendo en ocasiones hermosos poemas.

A decir verdad, sólo ha existido un poeta simbolista: Esteban Mallarmé. El caso de este poeta es quizá el único en la historia literaria: es un hombre que ha conocido la gloria *por no haber escrito* la obra que durante quince años han anunciado sus admiradores como resumen del alma humana y del alma universal, y que ha empleado su existencia en reeditar diez sonetos, tres poemas en verso y quince en prosa, una escena de tragedia y algunos fragmentos teóricos. Todo esto no eran más que piedras de asiento de un edificio futuro cuyo plan y alcance explicaba á sus oyentes, pero que nunca quiso ó pudo edificar.

La razón de esta impotencia está en que Mallarmé se declaraba impotente «en todo lo que no fuera lo absoluto»; y lo absoluto no se realiza, se sueña. Intentó, sin embargo, distribuir algunas rajadas de absoluto á los iniciados en su técnica, y sometió para ello la lengua á una serie de deformaciones que sólo dejaban subsistir miembros desparramados. Partiendo luego del principio de que «nombrar un objeto es suprimir los tres cuartos del goce del poema, que consiste en el gusto de adivinar poco á poco», sólo trataba por alusión los asuntos de sus poemas. En cuanto á las palabras, Mallarmé las acusa de no representar suficientemente los conceptos, y si por una par-

te las desprecia hasta el punto de preferir á un texto sublime páginas en blanco con puntos y comas, por otra quiere «que con varios vocablos se rehaga una palabra total, nueva, extraña á la lengua y como encantatoria, que nos cause la sorpresa de no haber oído jamás semejante fragmento de elocución al mismo tiempo que la reminiscencia del objeto nombrado se baña en una nueva atmósfera».

Se consagró á tan imposible tarea sin haber logrado dejar ni siquiera un bosquejo de su sueño. Pero tuvo la extraña fortuna de ser admirado, elogiado, defendido apasionadamente por poetas, ni uno solo de los cuales se cuidaba de aplicar su doctrina. Se alababa con justicia lo ameno de su trato, el encanto de su conversación, y así reinó un cuarto de siglo sobre una pléyade entusiasta que proclamaba sin par sus preceptos y que se guardaba cuidadosamente de practicarlos, demostrando su inanidad.

POLITICA INTERNACIONAL

LA CONCIENCIA SOCIAL Y LA POLÍTICA. — Imaginad por un momento — dice Gaston Choisy en la *Revue Bleue* — que todas las naciones de Europa — con excepción naturalmente de Inglaterra y quizá del temible Portugal — fuesen consultadas á guisa de *referendum* sobre la guerra surafricana; ¿no es verdad que de todas partes saldría un mismo grito: cesación de las hostilidades ó guerra á Inglaterra?

Y, sin embargo, el desgraciado Krüger anda meses hace por Europa en busca de una intervención, y en el Africa sigue la cruenta lucha. Y aquí estamos ciento cincuenta ó doscientos millones de voluntades impotentes contra la augusta obstrucción de cuatro ó cinco cabezas coronadas, que bastan para que una vez más la fuerza venza al derecho, y la ambición y la violencia triunfen.

Ved la perfecta y sabrosa despreocupación con que sus «vasallos» han significado á Guillermo II su franca reprobación

por haberse negado á recibir al infortunado peregrino; de Colonia á Dresde, desde Munich á Hamburgo, ha sido un tolle general. Cuando Krüger hubo pasado la frontera, se reunieron en Leipzig delegados de todos los grandes centros, y desde allí marcharon á La Haya para expresarle — ya que no se le *podía* recibir en Berlín — la admiración y la respetuosa simpatía de Alemania entera.

La sincera expresión de los sentimientos del pueblo alemán se halla en los discursos pronunciados y en los acuerdos tomados por la Asamblea reunida en Munich, á la que asistieron más de 7.000 personas. Su presidente, el Dr. Günther, exdiputado bávaro y profesor de la Escuela de Altos Estudios técnicos, decía en medio de una tempestad de aplausos: «Después de la recepción que en otro tiempo le fue dispensada por Guillermo I y Bismarck, ¿quién de nosotros se atrevería á criticar que Krüger hubiera puesto en el pueblo alemán su suprema esperanza, aun admitiendo que en esa esperanza hubiera algo de candidez? Nuestro deber de ciudadanos nos obliga á deplorar que haya encontrado cerrada una puerta que hubiera estado abierta de par en par para cualquiera otro.» «Esta guerra —decía por su parte Grueber, profesor de la Universidad de Oxford,— que ha removido en sus profundidades la conciencia del mundo civilizado, constituye, desde la declaración de las hostilidades hasta la anexión ilegal de ambas Repúblicas, un crimen monstruoso contra la humanidad y el derecho de gentes, siendo, como ha dicho Mommsem, una infamia brutal.»

Entre los acuerdos tomados, figuran los de «expresar á los boers su admiración sin límites y su simpatía más cordial en la lucha que sostienen con heroísmo y abnegación sin ejemplo», manifestar «la firme esperanza de que las potencias europeas obrarán de modo que se termine cuanto antes la guerra y se mantenga la plena independencia de las dos Repúblicas», y declarar que «la conducta seguida con el presidente Krüger es *una vergüenza nacional.*»

Frente á protestas tan animosas, ¿qué contestan los Go-

biernos? He aquí las palabras del Canciller Bülow con motivo de la interpelación de Hasse sobre el famoso telegrama de Colonia: «Hemos hecho lo que nos convenía y facilitaba al mismo tiempo el sostenimiento de la paz en el mundo; al obrar así, no nos hemos cuidado ni de la aprobación de los unos ni de la irritación de los otros. Bebel ha pretendido que la actitud del Gobierno, á propósito del presidente Krüger y durante la guerra surafricana, se explicaba por las relaciones de parentesco del Emperador; por mi parte, ignoro cómo consideran el viaje de Krüger el Gobierno inglés y la corte de Inglaterra; pero declaro del modo más formal, que ni el Gobierno inglés ni la corte de Inglaterra han dirigido al Emperador ni á mí, como Canciller responsable del Imperio, deseo ni proposición ninguna relacionada con el viaje de Krüger ó con nuestra actitud durante la guerra surafricana.»

«Admitir que el Emperador haya podido dejarse influir por relaciones de parentesco, es mostrar que se comprende muy mal el carácter y el patriotismo del Emperador. Si consideraciones dinásticas de cualquier clase ejerciesen alguna influencia en nuestra política exterior, yo no sería Ministro ni veinticuatro horas más. *Cuando se produce un conflicto entre pueblos extranjeros, no se debe preguntar de qué lado está el derecho: el político no es un moralista; no tiene que defender más que los intereses y los derechos de su país. El idealismo es una noble herencia del pueblo alemán y debemos conservarla; pero no debe venir á mezclarse en las combinaciones de la política exterior ó á comprometer el porvenir del país.»*

Así tratan los Gobiernos á la opinión pública. Pero ¡no importa! Siempre es consolador, frente á tales egoismos, el espectáculo de esos miles de ciudadanos que se vengan del desprecio de los gobernantes á la causa del derecho y de la civilización; siempre es hermosa la frase del Dr. Lipps: «La negativa de recibir al presidente Krüger es una vergüenza para la nación.» Los pueblos no andan con cumplimientos, y la conciencia social se rebela contra los egoismos de los Gobiernos.

SOCIOLOGIA

EXAGERACIONES SOCIOLOGICAS.—Tal es el título de un conienzudo artículo publicado por el profesor Fernando Puglia en la *Rivista politica e letteraria* de Roma.

Partiendo de los datos de la biología, insignes sociólogos han venido á la conclusión de que una sociedad humana es un organismo viviente, con su tejido óseo, sus órganos para la circulación, etc., estableciendo así entre el organismo animal y el social, no una mera relación de semejanza, sino de verdadera homología. A esta escuela, llamada *organológica*, pertenecen sociólogos que llegan hasta la exageración, como Lilienfeld, Bordier, Sergi, etc., y otros más templados, como Spencer, Schaeffle, Worms, etc.

Hay quienes pretenden que Comte debe contarse entre estos sociólogos templados; pero Comte lo que hizo fue aplicar el método de la biología al estudio de las ciencias sociales, sin asemejar por eso unos organismos á otros. Verdad es que distinguió la *estática social* como una especie de anatomía social, y la *dinámica* como una especie de fisiología; pero dió gran preponderancia á la dinámica, que es el objeto principal de la sociología y lo que la distingue de la biología.

Y no se crea que el abuso de la analogía no produzca graves consecuencias, no sólo en el terreno puramente científico, sino en el de la práctica; baste recordar la polémica entre Hæckel y Virchow, y que algunos han tratado de demostrar, partiendo de la premisa de ser la sociedad un organismo vivo, que es legítimo el colectivismo, mientras otros legitiman el individualismo, y otros podrían justificar hasta el despotismo. Debe eliminarse del lenguaje de la sociología el de la biología, y no volver á hablar de *células sociales*, *substancia intercelular social*, etc.; las metáforas perjudican á la claridad de las ideas y son causa de graves errores.

Llámesese *organismo* á la sociedad, pero no se entienda que es un organismo *viviente*, sino que consiste en la unión de individuos que ejercitan *funciones* diversas convergentes al logro de fines individuales y sociales. Pero si no es un organismo vivo, ¿será un *superorganismo*, según los caracteres que le asigna Spencer? En ese caso se daría á entender que el hecho social es más *complejo* que el hecho biológico común, y que entre ambos existe una diferencia *cuantitativa*, no *cualitativa*; y esto, sin resolver nada, tiene los inconvenientes del equívoco antes indicados. También Morselli rechaza la expresión de *superorganismo* por estimarla contraria al principio unitario de las ciencias biológicas.

Es un hecho indiscutible que existen transiciones, imperceptibles si se quiere, entre todas las series de cuerpos orgánicos é inorgánicos; pero es preciso dar á estos seres intermedios, cuya existencia es la prueba más evidente de la ley de *continuidad* ó de *evolución*, valor científico preciso que no impida la clara determinación de las varias series de seres que presentan notables caracteres diferenciales. Ese complejo de cogniciones referentes á los seres intermedios debe constituir una *propedéutica* á la ciencia de los seres superiores. Si encontramos en las especies animales más inferiores fenómenos de sociabilidad, deben estudiarse éstos como parte introductiva de la ciencia sociológica, sin que esto se oponga al concepto de la evolución, pues se admite la distinción del hecho de la sociedad humana y no se niega la *continuidad* que pueda existir entre este hecho y otros hechos naturales. Las sociedades humanas no son organismos vivos ni superorganismos; son formaciones naturales consistentes en la asociación de individuos dotados de razón y de voluntad, que persiguen determinados fines, mejor dicho, la satisfacción de necesidades intrínsecas á su naturaleza.

Siendo esto así, claro es que estas sociedades están sujetas á leyes distintas de las *biológicas*, á leyes *sociales*. La cualidad específica del hombre es la *perfectibilidad*, y el fin último de

su existencia su *conservación y perfeccionamiento*; una y otro presuponen como condición necesaria de desarrollo la vida social, de donde se desprende que las sociedades son *formaciones naturales necesarias*, no artificiales ni arbitrarias; y como los individuos, al desarrollar su actividad, establecen relaciones entre sí que dan origen á los fenómenos de la vida común, el conjunto de estos fenómenos obra sobre cada individuo, estableciéndose así una continua y mutua acción entre el individuo y la colectividad.

Dada la diferencia entre la fenomenología *social* y la *individual*, las leyes de la una no pueden ser las de la otra. Los organismos individuales son organismos *evidentes*, y como tales, están sujetos á las leyes de la *adaptación*, de la *lucha por la adaptación*, de la *selección*, etc., gobernándose por las leyes *biológicas generales*. Considerando ahora la totalidad de las relaciones de los individuos asociados, se tiene como resultado una complejidad de fenómenos que presentan caracteres especiales: así tenemos los fenómenos de la delincuencia, de la prostitución, del desarrollo ó decadencia de las industrias, artes y oficios, instituciones de beneficencia, etc.; luego están los fenómenos de la lucha entre las clases sociales, de la reacción del poder social contra los delincuentes, etc.; los fenómenos *jurídicos* son fenómenos sociales que parecen no tener en general carácter alguno biológico. Quizá por esto ha enseñado Ardigó que la *Sociología* tiene por objeto la constitución de la sociedad civil, y por ende, la *justicia*, que es su función característica.

Entre todos estos fenómenos y los biológicos, hay gran diferencia; se relacionan con la vida, pero no son condiciones necesarias de la vida, en el sentido biológico. Hay, sin embargo, algunos fenómenos sociales que tienen inmediata relación con los biológicos, como los fenómenos económicos; pero son fenómenos de los que suelen llamarse intermediarios, marcando la transición de un orden inferior á otro superior de fenómenos. Por otra parte, el fin de la vida no es sólo la conser-

vación, sino el *perfeccionamiento*, y éste se relaciona principalmente con las funciones *psíquicas*. Hay quienes pretenden que también los fenómenos psíquicos son fenómenos biológicos; pero es por la confusión ordinaria entre cosas que tienen parecido; si los fenómenos psíquicos y sociales se redujeran á los biológicos, no tendrían razón de ser las ciencias especiales, y bastaría el conocimiento de las leyes biológicas para conocer los fenómenos psíquicos y sociales, lo cual rechaza el mayor número de pensadores. La necesidad de la unión sexual por ejemplo, que es un fenómeno biológico, sufre en la vida social modificaciones con las instituciones domésticas, castigándose á los que recurren á la violencia para satisfacer el instinto genésico.

Veamos otra exageración sociológica derivada de la confusión por analogía entre los fenómenos sociales y los psíquicos. De Greef, tratando de las leyes *progresivas* y *regresivas* de las sociedades humanas, sostiene que son leyes *orgánicas*, un grado más elevado que las *psíquicas* y dos más que las *biológicas*, diciendo que se puede aplicar á la vida de las instituciones sociales la ley importantísima de Ribot sobre la *memoria*. Según Ribot, el debilitamiento de la memoria se manifiesta por un principio de degeneración de las células nerviosas, que se extiende luego á los conocimientos científicos, artísticos y profesionales, y más tarde á las facultades afectivas, hasta no quedar intactos más que aquellos hechos de memoria casi enteramente orgánicos. La causa anatómica de este fenómeno de regresión psíquica, consiste en una atrofia que invade poco á poco la corteza cerebral y luego la sustancia blanca, produciendo una degeneración de las células y capilares de la sustancia nerviosa.

De Greef aplica esta ley al organismo social, y afirma que la organización *política* degenera sucesivamente en la *jurídica*, la *moral*, la *científica*, la *artística* y la *familiar* hasta disolverse en la *económica*, tras la cual las sociedades recaen en los modos simplemente automáticos é incoherentes de las for-

mas primitivas. Según esta doctrina, las formas menos complejas y más estables son las más lentas en modificarse, y son precisamente las formas más antiguas y primitivas. Desde luego, como se ve, la ley de Ribot no es puramente *psíquica*, sino *biológica*. En cuanto á las instituciones humanas, ruedan y desaparecen al compás de las necesidades; cuando no ofrecen ninguna ventaja, se modifican ó se suprimen, sean antiguas ó modernas. Para poderse afirmar que la ley de Ribot tiene exacta aplicación á los fenómenos sociales, habría que demostrar que la desaparición de un orden de instituciones sociales era efecto de la atrofia de los estratos de cerebros de los individuos en quienes se conservan los estados psíquicos relativos á aquella institución, y eso ni está demostrado, ni es posible demostrarlo.

IMPRESIONES Y NOTAS

LA CUESTIÓN DEL FEMINISMO.—Hay que entenderse—como dice Rhelin en la *Revue générale*—sobre lo que es el feminismo. Entre los campeones de la mujer, los hay que se limitan á quererla feliz y respetada, tal como la ha formado el cristianismo; la mujer, para ellos, es igual al hombre en naturaleza y dignidad, pero estimando que su papel y sus funciones no son iguales á los del varón, establecen para la mujer derechos y deberes diferentes de los del hombre. Muy distinto de este concepto es el que tienen los que se arrogan el título de feministas: para ellos el ideal de la mujer es el hombre mismo; nada de autoridad marital, ni de matrimonio indisoluble: hay que restaurar la igualdad absoluta en la vida familiar, civil y política.

Estas ideas, que entre nosotros pasan por nuevas, cuentan ya medio siglo de existencia en América, donde las mujeres han conquistado en varios Estados el derecho de votar en todos los asuntos de administración local y hasta en las elecciones

políticas, invadiendo no pocas carreras y empleos reservados en este antiguo continente á los hombres. Ghelin publica una estadística oficial de los progresos realizados en este punto por el feminismo, y en verdad que las cifras son alarmantes:

En 1870 había en los Estados Unidos:	En 1890 había:
995 actrices.....	3.919.
1 arquitecta.....	22.
412 pintoras y escultoras.....	10.810.
159 escritoras.....	2.725.
66 sacerdotisas.....	1.235.
21 dentistas.....	337.
0 ingenieras.....	127.
35 periodistas.....	888.
5 abogadas.....	208.
527 médicas y cirujanas.....	4.555.
414 empleadas.....	4.875.
9 tenedoras de libros.....	27.777.

La educación de la mujer, independiente, atrevida, desmoralizadora por la mezcla de los sexos en las mismas escuelas, está hecha para todo menos para el hogar y la familia; el infanticidio es el gran crimen de nuestra época, y según el Dr. Clarke, si las cosas siguen así cincuenta años, habrá que importar mujeres del viejo continente para que el nuevo no quede desierto. Ghelin recoge todos estos datos, y desea que sirvan de lección á Europa para que no vaya á dar en los mismos extravíos que América.

*
* *

LOS MENDIGOS.—Leggiardi, en la *Rivista de Filosofia, Pedagogia e Scienze affine*, estudia esa clase de personas en quienes la mendicidad es un hecho permanente, un medio normal de existencia, dependiente de condiciones patológicas especiales, tratando de fijar la diferencia orgánica entre estos seres y los demás hombres de quienes tanto difieren socialmente. Al efecto, analiza diversos tipos de mendigos, el criminal nato

epiléptico, el alcohólico, etc., y viene á parar á las conclusiones siguientes:

1.^a Existe un factor biológico de la mendicidad, como de la delincuencia, siempre que una grave lesión incurable del organismo hace á un individuo inepto para el trabajo continuado. 2.^a La mendicidad habitual es en la mayor parte de los casos la expresión de una degeneración regresiva, esto es, una fase de la selección natural, la que precede á la eliminación de los individuos ineptos. 3.^a La temibilidad varía según los individuos y no está en razón directa de la degeneración.

*
* *

LOS PROGRESOS DEL WAGNERISMO. — Las cifras publicadas por el *Literary Digest* sobre el número de representaciones alcanzado en el mundo por las obras de Wagner, demuestran los incesantes progresos que la música del maestro de Bayreuth hace entre los aficionados al divino arte.

En el año último se ha representado á Wagner 1.342 veces en los países de lengua alemana (en lugar de 1.232 representaciones del año anterior), 91 veces en francés, 54 en inglés, 8 en italiano, 5 en español y 2 en ruso. La ópera más frecuentemente representada es *Tannhäuser*, y la menos *Tristan*; por orden de preferencia del público, figuran entre ambos extremos *Lohengrin*, *Los Maestros cantores*, *La Walkiria*, *El Oro del Rhin*, *El Crepúsculo de los dioses*, *Siegfrido* y *Rienzi*.

*
* *

LA FIESTA TEOSÓFICA DEL LOTO BLANCO. — En la *Revue Théosophique française* encontramos la explicación de la fiesta del *loto blanco* que los teósofos celebran el 8 de Mayo.

Esa fecha es la del aniversario de la muerte de la señora Blavatsky, y en memoria de la misma se reúnen los miembros de la Sociedad Teosófica, consagrándose á la lectura y medi-

tación de ciertos pasajes de las obras de dicha señora ó de sus amigos predilectos: un poema sobre el budhismo, *La luz del Asia*, y una traducción poética del *Bhagawad Gita* suelen ser las lecturas favoritas, y á esto suele reducirse la fiesta del *loto blanco*.

¿Quién era la señora Blavatsky? De creer á los teósofos, era una personalidad excepcional. Si la hubiérais conocido — dice el presidente de la Sociedad — hubiérais experimentado esa fuerza extraordinaria que presidía á todos sus actos, y hubiérais comprendido que teníais delante uno de los más grandes agentes morales del mundo, una fuerza comparada á la que, en otro orden de ideas, emanaba de un hombre como Napoleón I; podéis tener ahora muy grandes oradores, muy grandes instructores, pero ninguno de ellos se acerca á la señora Blavatsky; ella no era un orador ni jamás ha enseñado en público, y, sin embargo, aquella energía extraordinaria en que estaba envuelta, no puede compararse á nada de cuanto hemos visto. «Muchos fenómenos extraordinarios se producían á su lado, bajo la influencia, por decirlo así, de su cuerpo físico, y bastaba ponerse una sola vez en contacto con ella para sentir la gran fuerza que de ella se desprendía, á pesar del delicado estado de su salud.» «Todos le debemos todo lo que sabemos de la teosofía, y sin ella jamás quizá habría habido ocasión de que en Europa se hubiera oído hablar de estas cosas; quienquiera que sepa algo del ocultismo comprende lo mucho que debe á semejante instructor.»

«La señora Blavatsky no consideraba la teosofía como una simple recopilación de enseñanzas, sino como una grande y santa causa, por la que era preciso sufrir, combatir y morir si era necesario. Conocía á los maestros, habiéndolos visto cara á cara, y nunca los olvidó.»

*
* *

UNA NOVELA DE MARÍA CORELLI.—Esta escritora inglesa, aunque de apellido italiano, que se había hecho ya notar, entre

otros trabajos, por la publicación de *Barrabás*, novela histórica que hizo bastante ruido y que llegó á ser traducida al francés para una casa editorial católica, acaba de publicar otra novela, *Master Christian*, que ha obtenido y sigue obteniendo en Inglaterra enorme éxito, y que formará época en la historia de las luchas religiosas de la Gran Bretaña entre el ritualismo y el puritanismo.

Baste decir que uno de los primeros personajes es el mismo Jesucristo en figura del niño Emmanuel, que discute con el Papa, ignorante de la calidad de su interlocutor, echándole en cara el haber olvidado los preceptos evangélicos y corrompido la religión. El Papa, irritado, le hace expulsar del Vaticano con el Cardenal que ha tenido valor para presentárselo. La obra está llena de crudezas y de exageraciones, siendo inexac- tas la mayor parte de las acusaciones lanzadas contra la Iglesia, como inspiradas en evidente espíritu sectario para lograr el efecto apetecido de excitar las pasiones contra los partidarios del ritualismo romano.

*
* *

EL «MOISÈS» DE PEROSI.—Esta ópera del insigne compositor italiano ha sufrido, según *La Nuova Antologia*, algunas variaciones, y tal como en definitiva ha quedado, constituye uno de los más preclaros títulos de gloria de su autor. El prólogo, que representaba á Moisés salvado de las aguas, ha sido suprimido para aligerar la obra, que tendrá en escena tres horas de duración. La primera parte es un idilio: Moisés, huyendo de Egipto para salvarse de la ira de Faraón, se detiene en la tierra de Madian, donde encuentra á la dulce y discreta Séfora; la nota dominante en esta parte es místicamente amorosa, y el cuadro se cierra con el episodio de la zarza ardiendo, á través de cuyas llamas manda Dios á Moisés que liberte á los hebreos.

En la segunda parte, Moisés y su hermano Aarón compa-

recen ante el Faraón y le amenazan en nombre de Dios si no atiende las súplicas del pueblo hebreo; las principales plagas que cayeron sobre Egipto en castigo de la resistencia de Faraón, se representan por medios sinfónicos y corales: entre ellos llama la atención el degüello de los inocentes por el contraste que ofrecen, de un lado el coro de los egipcios llorando sobre sus hijos muertos, y de otro el de los hebreos cantando alegremente al verse libres de tan terrible castigo.

La última parte representa el paso del mar Rojo. Es el alba, y Moisés, rodeado por los hebreos, ora y suplica delante del mar. Los hebreos, impacientes é incrédulos, temiendo ser alcanzados por el ejército egipcio, que los persigue, murmuran de miedo, y el profeta los reanima. Tras esto viene el coro de los egipcios, la descripción sinfónica del mar, que se abre, el paso del mar Rojo y el famoso himno de Moisés, compuesto sobre antiquísimos ritmos hebraicos, conservados de siglo en siglo por la tradición.

FERNANDO ARAUJO.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Tribunali umoristici, per Giovanni Saragat (Toga-rasa).—Torino, Roux e Viarengo, editori; 1900.—Un volumen de 222 páginas, 2,50 liras.

Ya se ha hablado en esta Revista de otro libro debido á la pluma del autor del presente. Trataba en él Saragat de la administración de justicia, calificándola—como la ha calificado también Tolstoy—de comedia. Titulábase aquel volumen, igualmente editado por la casa Roux, de Turín, *La comedia de la justicia en el momento presente*. Es probable que haya algunos lectores de LA ESPAÑA MODERNA que lo recuerden.

En *Tribunales humorísticos*—que parece ser el primero de una serie de volúmenes anuales—el autor va haciendo desfilar ante los ojos del espectador una multitud de escenas de la referida *Comedia judicial*, escenas que no dejan, en efecto, de ser cómicas y de hacer reír á veces, aunque con una risa envuelta en amargo escepticismo, porque, leyéndolas, no puede uno por menos de reforzar su convicción, ó de formarla si es que no la profesaba ya antes, de que la «augusta» función desempeñada por los «sacerdotes de Themis» es, hoy por hoy cuando menos, perfectamente inútil en la mayoría de los casos, ya que no precisamente perjudicial en muchos.

El libro de Saragat es una nueva embestida—en los últimos tiempos son ya bastantes las que ha sufrido—contra la ridícula seriedad de que se revisten por necesidad de su propia naturaleza (aunque sólo se revisten por de fuera) los encargados de *tribuere suum cuique*.

De desear es que la obra produzca los resultados que el autor busca al publicarla.

Está bien escrita y muy bien editada.

P. DORADO.

La evolución de la Historia, por Valentín Letelier; segunda edición completamente rehecha: tomo II, 540 páginas, sin indicación de precio.—Santiago de Chile, 1900.

Del primer volumen de este libro se dió cuenta á su tiempo en LA ESPAÑA MODERNA. Con la publicación del segundo, ocurrida hace ya algunos meses, pocos más tarde que la del primero, queda terminada la interesantísima é instructiva obra del docto profesor de la Universidad nacional de Chile, tan conocedor del progreso científico y literario de nuestro país, al que profesa gran cariño.

La evolución de la Historia es un trabajo hecho á conciencia, con mucho dominio del asunto y amplio conocimiento de las fuentes de información relativas á él, singularmente de las francesas y españolas y de las traducidas al francés.

El problema fundamental que el autor trata es éste: cómo debe escribirse la Historia; problema en el cual se incluyen varios otros subordinados, que se refieren: á las fuentes que el historiador ha de aprovechar para el desempeño de su misión; al valor que á cada una de ellas cabe atribuir; á las condiciones que deben reunir los que escriben la Historia; á los hechos que han de formar el contenido de ésta; á la diferencia entre

la Historia escrita por autores antiguos y la escrita por autores modernos; al horizonte que aquélla tuvo ante sí, y el en que puede moverse ésta, y á los medios de información y de crítica de que ambas pueden servirse; á la distinción y relaciones entre la Historia y la Sociología, etc.

Se trata, pues, de una verdadera *Introducción*, consagrada á dilucidar una multitud de cuestiones en las cuales necesita estar muy empapado aquel que quiera desempeñar las funciones, no muy fáciles, de historiador.

Entre los dos volúmenes que componen esta segunda edición (la primera fue un trabajo que llevaba por título *Por qué se rehace la Historia*, y que fue premiado en un concurso abierto hace años por el Consejo de Instrucción pública de Chile) la obra abraza tres libros, divididos en once capítulos. El tomo segundo, que es del que ahora hablamos, contiene los libros segundo y tercero, donde se trata, en otros tantos capítulos, del *testimonio presencial*, sus defectos y su valor, del *testimonio tradicional* (valor histórico de las tradiciones, de los mitos, de las leyendas en general y de las leyendas canónicas en particular), del *testimonio actual* (auxilios que á la Historia prestan la escritura, los documentos históricos, la diplomática, la epigrafía, la numismática, la paleografía, la egiptología y la asiriología), del *testimonio virtual* (aprovechamiento para hacer la Historia, de la arqueología y la etnografía, el folklore, la literatura no histórica, la lingüística, la prehistoria, la paleontología, la geología, etc.), de la *manera como hay que escribir la Historia* (preparación del material; si caben en la Historia los hechos contemporáneos ó sólo los pasados hace algún tiempo; si sólo los que alcancen cierto grado de importancia, ó todos; educación que necesita el historiador; la verosimilitud histórica; la Historia puesta al servicio de ideas preconcebidas; la ley de filiación histórica, y la acción social de los grandes hombres) y, finalmente, de la *Sociología* (naturaleza de los fenómenos sociales, su causalidad y regularidad, las leyes sociales, el método de la Sociología, la cuestión de si

la sociedad es ó no un organismo, y separación entre la Historia y la Sociología).

Con este libro de Letelier y *La enseñanza de la Historia*, de Altamira, tiene lo más fundamental, y casi lo bastante, el estudioso que, sin conocer otra lengua que el español, desee orientarse suficientemente en los problemas que actualmente se discuten por los historiógrafos.

P. DORADO.

OBRAS NUEVAS

- Arniches (C.)—Sandías y melones; sainete. En 4.º, 53 págs.: 1 peseta.
- Bello Sanjuán y Aranda.—El de la urna; humorada cómico-lírica. En 4.º, 29 págs.: 1 peseta.
- Boét (A. de).—Estudio histórico-crítico del socialismo. En 4.º, 38 páginas y 2 estados: 1 peseta.
- Caamaño (A.)—La osa mayor; sainete. En 4.º, 41 págs.: 1 peseta.
- Canalejas (F.)—Poesías. En 8.º, 315 páginas.
- Cañete del Pinar (C. de).—Algo más sobre observaciones de precisión con el Sextante. En 4.º, 71 páginas: 1,67 pesetas.
- Castañón (F.)—Nuevo género; disparate revista cómico-lírica. En 4.º, 29 págs.: 1 peseta.
- Cavestany (J. A.)—La Reina y la comedianta; comedia. En 4.º, 94 páginas: 2 pesetas.
- Clemente de Diego (F.)—Introducción al estudio de las instituciones de derecho romano. En 4.º, VIII-446 págs.: 10 pesetas.
- Criado y Domínguez (J. P.)—Bibliografía de la Cruz Roja Española. En 4.º, 123 páginas.
- Chapado García (E. M.)—Historia general del derecho español. En 4.º, VIII-971 págs.: 15 pesetas.
- Delgado (S.) y Abati (J.)—Lucha de clases; zarzuela en un acto. En 4.º, 41 págs.: 1 peseta.
- Díaz Jiménez (D.)—¡¡Hijo mío!!; cuadro dramático. En 4.º, 15 páginas: 1 peseta.
- Dicenta (J.)—Una mujer de mundo. En 8.º, 155 págs.: 50 céntimos.
- Felis (J.)—El apóstol del Sagrado Corazón; zarzuela en un acto. En 4.º, 32 págs.: 50 céntimos.
- Flores García (F.)—El sustituto; zarzuela cómica en un acto. En 4.º, 33 págs.: 1 peseta.
- García (J. J.)—Quitolis; novela. En 8.º estrecho, 196 págs.: 3 pesetas.
- García Ontiveros (J.) y Fuentes (J.)—Los dragones; zarzuela cómica en un acto. En 4.º, 30 págs.: 1 peseta.
- Gascón (T.)—Cuentos baturros. En 8.º, 221 págs.: 2 pesetas.
- Gener (P.)—Inducciones. Ensayos de filosofía y de crítica, con fragmentos de «El evangelio de la vida». En 8.º, 370 págs.: 4 pesetas.

- González Forte (J.)—Las víctimas de la usura. En 8.º, 2 tomos, 350 y 320 págs.: 2 pesetas.
- Gorosábel (P. de).—Noticia de las cosas memorables de Guipúzcoa. *Tomo IV*. En 4.º, 415 págs.: 5 pesetas.
- Hazañas y La Rúa (J.)—Maese Rodrigo Fernández de Santaella, fundador de la Universidad de Sevilla. En 4.º, 46 págs.: 1 peseta.
- Larra (L. de), hijo.—Gimnasio modelo; pasillo cómico-lírico en un acto. En 4.º, 28 págs.: 1 peseta.
- López Moreno (S.)—Principios fundamentales del procedimiento civil y criminal. En 8.º mayor, 2 tomos, 564 y 720 págs.: 16 pesetas.
- López y Pascual (J. M.)—La clave del dibujo; tratado elemental práctico de dibujo lineal. *Primera parte. Primer año*. En 4.º mayor apaisado: 4 pesetas.
- Llave y García (J. de la).—Balística de las armas portátiles. En 4.º, VIII-276 págs. con grabados: 8 pesetas.
- Medina (J. T.)—Medallas coloniales hispanoamericanas, descritas por José Toribio Medina. Santiago de Chile. Impreso en casa del autor; 1900. En folio, 124 páginas con medallas: 16 pesetas.
- Medina (V.)—Alma del pueblo; versos. En 12.º, 90 y IV págs.: 1 peseta.
- Menéndez y Pelayo (E.)—A la sombra de un roble. 2.º, En 195 páginas: 75 céntimos.
- Menéndez y Pelayo (M.)—Antología de poetas líricos castellanos. *Tomo X*. Romances populares recogidos de la tradición oral. En 8.º, 379 págs.: 3 pesetas.
- Morera (E.)—Tratado práctico de armonía. En 4.º mayor, 172 páginas: 10 pesetas.
- Muzar Penelé.—¿Reformas militares? Consideraciones. En 8.º, 52 páginas: 50 céntimos.
- Negueruela (D. de).—Farsa llamada Ardamisa. En 8.º, VII-77 páginas: 4 pesetas.
- Olmedilla y Puig (J.)—Estudio higiénico de las aguas potables de que se sirve Madrid. En 8.º, 38 páginas: 1 peseta.
- Olóriz (H. de).—Ecos de mi patria; leyendas y poesías. En 4.º, 150 páginas: 2 pesetas.
- Pardo (J.)—El Ermitaño, ensayo de leyenda en verso. En 8.º, 30 páginas: 75 céntimos.
- Parellada (P.)—La güelta é Quirico, pasillo cómico en un acto. En 4.º, 28 págs.: 1 peseta.
- Pérez Galdós (B.)—La novela en el tranvía. En 12.º, 88 págs.: 50 céntimos.
- Pérez Ortiz (E.)—Guerra de partidas. En 8.º, 156 págs.: 2 pesetas.
- Pérez Zúñiga (J.)—La Mallorquina, juguete cómico-lírico en un acto. En 4.º, 33 págs.: 1 peseta.
- Sáenz de Urraca (A.)—La Bandera de Baler, monólogo. En 4.º, 15 páginas: 1 peseta.
- Sanz Caballero (P.)—Manual del herrador y forjador. En 4.º, 388-IV págs.: 6,50 pesetas.
- Tiralaso y Moreno (F.)—El ángel de salvación, drama en tres actos. En 4.º, 76 págs.: 2 pesetas.
- Toro Luna (F.)—¡Día feliz!, diálogo en prosa. En 4.º, 18 págs.: 1 peseta.
- Valdenebro y Cisneros (J. M. de).—La imprenta en Córdoba, ensayo

- bibliográfico. En 4.º mayor, xxxi-721 págs.
- Valladares (P. B. F.)—Tratado elemental de Física. En 4.º, 1.037 páginas, con grabados: 16 pesetas.
- Vergara (M.)—Conferencias de oficiales. Reflexiones sobre educación militar. En 8.º, viii-78 páginas: 75 céntimos.
- Vigier y Díaz Alvaro (F.)—Comentarios á los Salmos. *Tomo I*. En 4.º, ciii-410 págs.: 4 pesetas.

INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>En vano</i> (novela), por Enrique Sienkiewicz.....	5
<i>Viaje de la Embajada española á la corte del Sultán de Marruecos</i> , por Rafael Mitjana.....	35
<i>Fiestas nupciales de la Monarquía española</i> , por Juan Pérez de Guzmán.....	62
<i>La literatura moderna en Francia</i> , por Emilia Pardo Bazán.....	93
<i>Victoria, Reina de la Gran Bretaña, Emperatriz de las Indias</i> , por Nicolás Pérez Merino.....	113
<i>Poetas americanos: ¿Por qué?</i> por R. Benavides Ponce.....	137
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	139
<i>Revista Hispanoamericana</i> , por Iob.....	149
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	167
<i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado.....	201
<i>Obras nuevas</i>	205